DONALD HENDERSON

EL SEÑOR BOWLING COMPRA EL PERIÓDICO



SIRUELA

Donald Henderson

EL SEÑOR BOWLING COMPRA EL PERIÓDICO

Traducción del inglés
de Raquel García Rojas

Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: abril de 2025

Título original: *Mr Bowling Buys a Newspaper*
En cubierta: Café Odeon, Zúrich, 1920, póster
© Lordprice Collection / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Raquel García Rojas
© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-03-5

Conversión a formato digital: María Belloso

Con cariño, para Roses

Capítulo I

El señor Bowling se sentó al piano y allí se quedó hasta que fue anocheciendo, sin tocar, pero con el *Concierto para piano en re bemol menor* de Chaikovski abierto frente a él, por el primer movimiento, y así estuvo frotándose nervioso las manos y con la mirada fija en la ventana que había al otro lado de la habitación en sombras, para ver si ya había oscurecido lo suficiente. La ventana estaba abierta de par en par. Al principio, la tarde estaba un poco verdosa, como uno esperaría del verano en Londres; luego se hizo gris, después cambió a marrón fangoso y, a continuación, se volvió negra y segura. No es que fuera a hacer nada muy especial, pero se ponía de mal humor cuando no le apetecía hablar con la gente. Del mismo modo, a menudo caía en un estado de desesperada soledad, un estado de ánimo que tal vez podría haberse denominado suicida de no ser porque él era un hombre incapaz de cometer suicidio, pues tenía demasiado sentido del humor para un acto tan frío y deliberado. Pasó sin hacer ruido por delante del cuartito del teléfono, se detuvo en la puerta y escuchó. Luego, sigiloso, dejó atrás las dos puertas y la estrecha escalera que llevaban al piso superior y bajó por la escalera principal al segundo y después al primero. Pasó por delante de varias puertas en la planta baja y salió a la plaza y, así, enseguida llegó a Notting Hill Gate. Con su tono de internado, pidió un ejemplar del *Evening Standard*. Como no les quedaba ninguno, dijo que se llevaría cualquier otro; en esa ocasión no le importaba cuál fuera el periódico. No eran noticias sobre la guerra lo que buscaba (eso lo había apartado de su pensamiento todo lo posible).

Le aburría y se sentía con derecho a ello. Aquel podía considerarse un periodo de paz si uno quería, si se tenía una buena imaginación. Fue casi a ciegas, en la oscuridad de las calles sin iluminar, hasta el Coach and Horses, donde el ambiente era alegre y una de las camareras no estaba demasiado mal, aunque al verla decidió una vez más: «¡Nunca volveré a matar a una mujer! ¡En la vida! ¡Trae consecuencias inesperadas!». De todos modos, había tenido que hacerlo, fue una oportunidad providencial. Tenía un no sé qué el sentirse soltero después de aquellos años tan espantosos, de aquella espantosa mujer, pobrecilla; hagas lo que hagas, no te cases demasiado joven. Pidió un *whisky* doble —dos chelines, pero qué más daba—, se lo tomó a palo seco y pidió una pinta de cerveza, mezcla de joven y añeja, murmuró entre dientes unos cuantos comentarios e hizo un gesto rápido con la cabeza, como un hombre educado que en realidad no está escuchando, y se acercó a la barra de la comida. Pidió sopa y unos sándwiches de jamón y se enfrascó en el periódico. Lo escudriñó de principio a fin, de arriba abajo y de cabo a rabo. No había nada. Todo estaba bien. No había nada en absoluto. Echó un vistazo a su alrededor, vio un ejemplar del *Standard* abandonado en un asiento, lo cogió y lo revisó entero y, entonces, hincó el diente a los sándwiches. Se bebió la cerveza de un par de tragos. Su sombra se proyectaba en la pared blanca. La cabeza hacia atrás, las gruesas manos sujetando la jarra, su chaqueta azul, bastante buena. Era su segundo asesinato y se había librado. Tal vez hubieran encontrado el cuerpo y tal vez estuviese en el depósito, pero no se decía nada de nada sobre el señor Watson en los periódicos y ya habían pasado tres días. Se comió los sándwiches y la sopa a la vez, alternando sorbos del líquido marrón y mordiscos de los bocadillos. Después pidió más cerveza; le gustaba la cerveza, aunque le hinchase la barriga. Luego pidió un puro. Le costó un chelín y seis peniques. Entonces se fue y subió a tientas por la cuesta hasta el *pub* que le gustaba, el Windsor Castle.

Le gustaba aquel sitio, era como un *pub* rural, tenía bancos y había dos grupitos jugando a los dardos. Se sentó y se puso a pensar. Se vio reflejado en un espejo y se dijo: «En fin, no sé, creo que parezco bastante decente».

En el otro extremo de la barra había una chica sentada con un soldado y dijo, refiriéndose al señor Bowling: «Ahí está el hombre ese que viene tanto por aquí. ¿No es horrible? Tiene algo raro».

Sin embargo, en Ebury Street, en Victoria, la gente creía que era maravilloso. Queenie solía decir: «Santo cielo, estoy harta, ¡vamos a llamar a Bill! Seguro que él nos anima y, al menos, ¡es un caballero!». Y se ponía a marcar el número 4796 de Park. Lo hizo en ese momento y los demás se sentaron por ahí con las botellas de Watney.

—¿Hola? ¿Podría hablar con el señor Bowling, por favor? Si no es molestia.

Solo que, a veces, alguno de los otros inquilinos cogía el teléfono, en lugar de la criada, pensando que lo más probable era que fuese para él, y se ponía impertinente cuando no era así.

—Ha salido —decía quien fuese sin siquiera llamar a su puerta.

—¿Y sería usted tan amable de darle un mensaje cuando vuelva? De parte de Queenie Martin. Él ya me conoce. Nos encantaría que se pasara por aquí.

… Volviendo a tientas del Windsor Castle, el señor Bowling llegó al número 40 y se apresuró a subir a su habitación. Empezaba a sentirse bastante bien. El entrenamiento durante los bombardeos lo había dotado de una considerable lucidez, y luego tanto tiempo aburriéndose en el Servicio de Ambulancias, hasta que consiguió la invalidez por sus problemas de corazón, así que ahora le costaba mucho sentirse bien de verdad. Se dijo a sí mismo que estaba contento. Empezaba a sentirse soltero otra vez, a recordar lo que era vivir solo en una habitación alquilada, como en los viejos tiempos, cuando tanto lo odiaba. Los hombres se casaban para

evitar la soledad y también para hacer el amor de forma regular, desde su punto de vista, más que por cualquier otra razón. A veces, si tenían suerte, por dinero. Si tenían suerte de verdad, se casaban por amor. Pero claro, unos tenían suerte y otros no. Encendió la luz y se sentó en el diván mientras pensaba: «Supongo que parezco buena gente, aquí sentado, un tipo más bien tranquilo y triste». Sonrió como habría sonreído si lo hubiera estado mirando alguien dispuesto a decir: «¡Pobre Bill! Tranquilo, no pasa nada». Empezó a sollozar. Lloró sobre sus gruesas manos. Había muchas razones para esas lágrimas, desde hacía mucho tiempo. Pensó: «No soy ningún pecador, en realidad. No más que cualquier otro. Estoy dispuesto a ayudar a la gente. Me uní pronto y de buena gana a los trabajos de guerra. En parte por el cambio, a todos nos gusta cambiar, y ya estaba harto de los seguros. Nunca pensé en esto otro, no en aquel momento. No hasta que esa bomba nos alcanzó de lleno y acabamos enterrados y ella empezó a gritar de aquella forma tan espantosa. Le tapé la boca con la mano, muy cerca de la nariz. Y vaya si se apagó rápido, como cuando una vela se queda sin aire. Solo fue asesinato si uno se pone quisquilloso. Había cosas peores. El chantaje era peor. La homosexualidad era peor. ¿Quién ha dicho que el asesinato fuese el único crimen capital? En la Antigüedad no era así. Te lapidaban por todo tipo de cosas. Pobre mujer, pero era una mula, una auténtica mula. Mira que era mula. Pobrecilla. Y, si no hubiera sido yo, podría haber sido el techo al derrumbarse. Quién sabe. En cualquier caso, es algo entre mi Dios y yo». Y se dijo: «Además, por primera vez, tengo un poco de dinero por hacer algo. ¡La indemnización! Ni siquiera se me había ocurrido».

La criada había corrido las cortinas rosas y tapado todas las ventanas para el oscurecimiento. Iba acercándose al piano cuando vio la nota debajo de la puerta. Queenie. Bien podía pasarse a verla. A lo mejor tenía ginebra. Volvió a coger su bombín y, sin perder ni un segundo, salió y se dirigió a la línea de metro de District Railway.

Encontró a Queenie y a un montón de gente riendo a carcajadas —una representación completa de las Fuerzas Armadas, servicios de defensa militar y civil—, y casi no había sitio ni para respirar.

—¡Rediez! —exclamó con su tono de internado—. Aquí falta el aire. ¡Me voy a desmayar!

—¿Desmayarte? —repuso Queenie—. Toma, querido, ginebra. La he guardado para ti.

El marido de Queenie estaba borracho y metido en la cama. Era un hombre aburridísimo que trabajaba en el Ministerio de Información. En eso, todos los que trabajaban con él se le parecían.

Había un par de gemelas, jovencitas, del Servicio Territorial Auxiliar. El señor Bowling se dijo: «¿Qué pensaría esta gente si lo supieran?». Y luego: «Tal vez se enteren pronto. Haré todo lo que pueda».

Pero quizá esa forma de verlo era cosa de la ginebra.

Capítulo II

Antes de matar a su mujer, que en cierto modo no había sido una cosa premeditada, no mucho, el señor Bowling había llegado a tal punto de desesperación con la vida que se le había ocurrido la idea de cometer un asesinato y, más o menos, ponérselo relativamente fácil a la policía para que lo descubrieran y lo detuviesen. Era un pensamiento sincero y se le volvía a cruzar por la cabeza de vez en cuando, cuando le había dado a la ginebra. Con todo lo que había pasado desde que terminó los estudios, las amargas desilusiones y, sobre todo, la monotonía y la pobreza, y su espantoso matrimonio, a menudo había creído con toda honestidad que convertirse en objeto del interés público de esa forma sería mejor que morir en el anonimato y rendido espiritualmente. Su música no había conseguido darlo a conocer y Dios sabía cuánto había trabajado durante tantos años. ¿Por qué no causar sensación así? Por represión, sin duda. Y por hambre de sexo. Hambre espiritual. Por hambre sin más, también. La horca al menos acabaría con todo eso y sería mejor que el suicidio. Y ganar la apelación y que le cayeran veinte años, incluso eso sería mejor. Veinte años sin pagar alquiler y con todos los gastos cubiertos no estaban tan mal. Que se lo preguntaran a cualquiera que supiera de lo que hablaba en aquellos años de entreguerras. ¡Que se lo preguntaran! ¡Qué alegría esa nueva guerra después de la decepción de Múnich! «Por la paz», decían todos los carteles. ¡Qué puñetas, la misma retahíla de siempre, allá vamos otra vez! Y luego el 3 de septiembre. Y luego, al fin, las bombas. Aterrador, sí, pero emocionante. Un cambio. ¿Quién

iba a esperar con ansia la paz y la agonía del frío y de la hambruna que nadie sabía cómo evitar?

Le dio un ataque de tos.

Soltó una blasfemia. Alguien golpeó airadamente la pared.

—Qué asco de vida —dijo. No podía uno ni toser en su propia casa.

De pronto cayó en la cuenta de que aquello apenas era una casa. Lo único que le había ayudado a soportar su matrimonio era el hecho de tener un hogar, la alfombra, una roja y bonita. Y entonces una bomba les da de lleno y todo se esfuma. Cuánto se alegró. Mientras tosía, en aquel momento, en medio del polvo y del caos, había pensado: bueno, gracias a Dios, un montón de recuerdos desagradables ya han desaparecido para siempre: fotografías, libros, adornos, y, efectivamente, incluso la maldita alfombra. ¡Al diablo con todo! Quedaron sepultados, juntos, en una especie de fosa negra, y ella empezó a gritarle en la oreja, y él le tendió la mano.

—¿Estás herida?

—¡No!

—Pues entonces deja de chillar. No estamos atrapados: ahí hay luz. ¡Es la calle! —Era la calle Fulham—. ¿Lo ves?

Pero gritaba como una loca.

Fue fácil hacer que parase.

La indemnización ascendía a mil libras.

No es de extrañar que uno empezase a tener ideas. ¿Y podría decirse que fue por el arte?

Iba de *pub* en *pub* y le gustaba decir: «Ahora llegaré a algo con mi música. ¡Se acabaron las preocupaciones! ¡Se acabó la monotonía! Y nadie podrá decir que no he dado nada por esta guerra. ¡Dos años en defensa civil! Una bomba alcanzó mi casa y se lo llevó todo por delante. Lo he perdido todo, amigo, pero no me quejo. ¡Volveré a levantarme! ¡Mírame!».

Siguió en la empresa y se pasaba por la oficina como de costumbre y era tan paciente como siempre con el señor Watson, su cliente más egocéntrico. El señor Watson lo deprimía muchísimo. Era un tipo gris con sombrero *trilby* marrón y actitud sombría. Creía que debíamos perder la guerra, pues según él ningún imperio tenía derecho a dominar durante más de mil años. Si no era un maldito pacifista, era solo, como él mismo reconocía, porque no tenía la entereza moral suficiente para enfrentarse a un tribunal. Lo único que le preocupaba era si su dinero estaba a salvo y si sus pertenencias estaban bien cubiertas por las pólizas de seguro. Nunca dejaba de pagar una prima, jamás se tomaba una copa y nunca iba con mujeres. Eso decía. Y qué forma de decirlo. Las mujeres eran una especie de comida, pero él nunca tenía hambre. Aunque había estado casado, ya podía uno imaginarse cómo debió de ser. Tal vez solo en Navidad, solo para animar a la pobre mujer.

El señor Watson también vivía en Fulham, en el número 10 de Peel Road, en una de las casas de una fila de casitas rojas. En la parte de atrás había una hilera de jardincillos, ahora ocupados sobre todo por patatas y repollos: economía de guerra. En Fulham las bombas habían derruido bastantes casas, de modo que Londres parecía una vieja sucia a la que le hubieran arrancado un puñado de dientes. Sonreía con una mueca, esperando a que el dentista volviera y le sacase unos cuantos más. Tal vez volviese o tal vez no, pero por lo pronto casi había olvidado su agonía. Los vecinos pensaban: «Sí, pero parece que vuelve a estar aseada. Más o menos». El señor Watson tenía una hija casada, la señora Heaton, que venía de Kingston unas dos veces al año. Llevaba pieles baratas y conducía un Baby Austin. El señor Bowling sentía mucha curiosidad, pues sabía que ella no recibiría ni un penique cuando el señor Watson muriera, aunque ella, ingenuamente, creía que iba a heredarlo todo. El señor Watson le había confiado a Bowling en una ocasión cuál era su última voluntad. El dinero iría a un refugio para perros. El señor

Watson le había tenido mucho cariño a un *spaniel* que ya había muerto y no quería comprar otro, pero le gustaba visitar tiendas de cachorros y se paraba con todos los que se encontraba en los parques, con todos sin excepción, y preguntaba a los dueños por sus simpáticas costumbres. Así que sí tenía algo de humano, como todo el mundo si te esforzabas en buscarlo. Tras el funeral de su esposa en Fulham, y después de haber puesto sus asuntos en orden, de haber preparado y presentado sin ningún percance la reclamación por daños de guerra y de haber elegido su habitación amueblada en Notting Hill Gate, bien lejos de allí, el señor Bowling se sentó en su diván y se puso a pensar en el señor Watson. Pensó en lo horrible que era con el dinero. Era espantoso querer dinero solo para tenerlo guardado en el banco; para eso, mejor coleccionar cromos de los paquetes de cigarrillos: sería igual de útil para ti y para los demás. Un buen motivo se podía perdonar. La tacañería, no. Aquello era, se confesó a sí mismo, un poco como intentar buscar una razón para matar al señor Watson, pero había que admitir que se trataba de una elección justa y razonable. Si fuera un hombre feliz y generoso, a uno no se le ocurriría tramar nada en su contra (eso sería jugar sucio). Y había además otra buena razón: había huido de la ciudad cuando empezaron a llegar los «hunos» y volvió a hurtadillas cuando ya se habían ido. El tipo lo estaba pidiendo. Lo pedía a gritos. ¡Debía morir por el arte! Eso era lo que aportaría. Su muerte ayudaría a publicar un poco de buena música. Dejaría algo para la posteridad, después de todo.

Allí sentado, intentaba pensar en el dinero. No se le daba bien. Era demasiado artista, demasiado creativo, a decir verdad. El mero hecho de pensar en los seguros le daba escalofríos, pero algo había que hacer. Salario y comisiones, a eso se había reducido todo. «Bah, toco por ahí —era lo que les decía a sus amigos—. Algo me saco. ¿Y tú qué, viejo? ¿Tienes seguro de vida? ¿Por qué no vienes a vernos?». No es que ganara mucho, pero le daba para ir tirando.

Apenas lo suficiente para emborracharse, sin embargo, y menos aún para mantener a una esposa. ¡Y qué decir de tener hijos! «No, señor, ¡ni hablar!».

En su nueva habitación del número 40, pensaba: «Si Watson firmara una póliza en la que pusiera que, en caso de que estire la pata, me deja a mí unos cuantos miles, merecería la pena cargárselo. Esa es la clave».

Sí, pero ¿cómo conseguirlo? ¿Una falsificación? No, eso sería juego sucio; uno no era un delincuente.

Pensó: «Un bote de cola. ¿Y si pego la póliza que él creería estar firmando sobre la real, dejando solo el espacio para la firma? Así firmaría la que me interesa a mí y el vapor de la tetera haría el resto. ¡Diantre, sí! Creo que funcionaría. ¿O se daría cuenta?».

Se quitó los zapatos de dos patadas y se recostó. «No lo sé», pensaba.

La historia del señor Bowling apenas llegaba a ser una historia en realidad, hasta tal punto que para ilustrarla se necesitaría un ciclorama. Era más una pintoresca mezcolanza de gente en sitios desastrados. De haber tenido un hogar, habría sido una historia dickensiana, pero ese hogar fue, sobre todo, una sucesión de habitaciones alquiladas y algún que otro piso. *Sir* Hugh Walpole escribía sobre duquesas y bailes y casas señoriales, sobre las colinas y los lagos de Cumberland. El señor Bowling se había relacionado con gente de alcurnia una vez, pero la vida lo había alejado de aquello cuando era niño y lo situó, a falta de una descripción mejor, con los modernos, aunque no los modernos de Noël Coward. No bebían cócteles, sino cerveza —o sidra de barril cuando se veían muy apurados—, y se dejaban caer por las casas de Hammersmith ya bien servidos de cualquiera de las dos cosas o de vino barato aderezado con metanol. Nada de pisos como palacios y cada vez

menos trajes de etiqueta. No iban al teatro. Iban a los *pubs* y a conciertos, engañaban o seducían a las caseras y fueron los que importaban cuando Inglaterra entró en guerra. Conocían las oficinas de empleo y los hospitales militares mejor que la mayoría. No tenían influencia ni contactos a los que recurrir y se decían unos a otros: «Creo que están contratando gente por cuatro libras a la semana. ¿Por qué no nos pasamos a ver? Sé que no es lo tuyo, pero será mejor que esto». Entonces ibas y el tipo que había allí era buena gente, pero veía que eras un caballero y se avergonzaba un poco. Mucho se temía que era un trabajo sucio y duro. «Verá, no hay puestos de oficina. Están todos cubiertos». En la oficina de empleo pensaban que un actor, un escritor o un músico temporalmente necesitado de dinero solo podía encajar en un puesto de oficina, y no había ninguno. «¿Conduciría una camioneta de reparto de Sainsbury's? —preguntaban a veces—. Aunque no creo que sea lo suyo. Supongo que no lo contratarían». Y ni siquiera podías cobrar el paro porque no habías estado un mínimo de seis meses como trabajador asalariado. Tenías que hacer cola con la escoria de la tierra (cosa que nunca hacías) e ir a la parroquia. Muy apetecible. Pero ¡qué diferencia cuando el mismo Gobierno que te humillaba de esa forma decidía ir a la guerra! «Ahora somos puñeteros héroes. —El señor Bowling se reía de buena gana con Queenie cuando hablaban de ello—. Ya no hay nada demasiado bueno para nosotros, ¿eh?». Se lo tomaba con buen humor. Del mismo modo, cuando presentó su reclamación por daños de guerra, se dio cuenta, con cierta conmoción, de que había perdido todas sus composiciones musicales, el trabajo acumulado de años y años.

—Vaya, tenía hasta un disparate que escribí en la escuela, cuando tocaba el órgano en la iglesia —se lamentó entre risas—. Lo he perdido todo… Pero, cielo santo, ¿cuánto puedo decir que valían? Jamás publiqué nada, ni clásico ni moderno. No valen más que el papel donde están escritas. ¡Para la campaña de salvación! Mire —

decidió, en un arranque de extravagancia—, le regalo el trabajo de toda una vida a mi país, no voy a reclamar nada por ello. Y, si eso no es patriotismo, ¡no sé qué lo será!

Soltó una simpática carcajada y el funcionario casi pareció admirarlo; al principio no le había gustado su aspecto, como le pasaba a mucha gente.

—Muy bien, señor —le dijo—. ¿Esto es todo, entonces?

—Sí. La casa era alquilada. No se me ocurre nada más que no esté en la lista. En total, suma la bonita cantidad de cuatrocientas setenta y ocho libras. Y no le engaño —lo desafió.

No había hecho trampa en absoluto. Ya se lo habían advertido: «No están pagando el valor íntegro, ya sabes. Yo lo inflaría un poco. Después de todo, piensa que tendrás que esperar hasta después de la guerra (¡unos veinte años!)».

Tremendas carcajadas.

Cuando le escribieron ofreciéndole dos tercios de lo que había reclamado, aceptó de inmediato, a pesar de que suponía una auténtica pérdida y, también, la pérdida de su música. ¡Qué más daba! Tendría unas trescientas libras que esperar con impaciencia cuando acabase la puñetera guerra, si ganábamos, claro, y si sobrevivía a los bombardeos nocturnos. Era suficiente, y uno nunca había sido quisquilloso. No en cuestión de dinero. Era la idea general de una holgada seguridad, sin más pobreza, lo que anhelaba. Quería algo realmente sólido. Se acabó lo de perder el tiempo. Un hogar decente de verdad, una casita independiente tal vez, pero en la ciudad, por supuesto (que se quedase otro lo de cazar, pescar y disparar); una casita de aire rural en el barrio de Knightsbridge o en el de Belgravia, sí, en Belgravia (lo que quedaba de él), o, si no, un piso bien respetable. Ese era el camino.

Tumbado en su diván, mientras urdía la desaparición del señor

Watson, intentaba calcular cuánto dinero debía conseguir antes de dejar aquel juego. En verdad sería más fácil ocuparse de una o dos de sus viejas clientas, que eran crédulas y a menudo se prendaban de él, además de estar forradas. Pero no volvería a matar a una mujer. Había sido espantoso; uno nunca pensaba en los detalles más desagradables. Watson era un cliente algo taimado, cosa que era más bien un acicate y lo hacía un acto más deportivo. Conseguir que firmase la puñetera póliza ya sería bastante difícil, pero además tenía que pensar en la gente de la oficina. Tendría que matar a Watson el mismo día, o en todo caso al día siguiente, antes de que los compañeros anotaran y verificaran los datos. Sin embargo, ¿qué iban a decir?, ¿«Eres un tipo afortunado, ¿eh, Bowling? Menudo golpe de suerte»? Ya, no iba a ser tan fácil, ¿verdad? Aunque había muchos primos por ahí, en la oficina no eran tontos, y el señor Watson no era ningún ingenuo. Si estuviera bebiendo ginebra, curiosamente, Bowling habría pensado: «¿Y qué más da, de todas formas? Si me pillan, ¡me han pillado! ¿Qué importa? Preferiría que me juzgaran en el tribunal de Old Bailey. ¡La verdad es que sí!». Se oía a sí mismo repitiendo aquello con la ginebra imaginaria en la mano y se preguntaba por qué y si era lo que pensaba en realidad. Los hombres son seres extraños, se dijo. Y lo susurró en la habitación vacía:

—Los hombres son seres extraños. —Luego siguió murmurando—: ¿Cuánto dinero necesitaré para hacer que la vida merezca la pena, para publicar mis composiciones? Esas cosas se consiguen si puedes tentar a la gente adecuada con una bolsa de oro. ¿A cuántos tendré que matar?

No lo tenía claro. Pensó que lo mejor sería intentar hacerse con diez mil libras, pero parecía una cantidad desmesurada cuando estabas más acostumbrado a los billetes de diez chelines. El dinero lo aburría y nunca pensaba mucho en ello. Los detalles también lo aburrían. Debería ser fácil para la policía, se dijo. Si no pueden

pillarme a mí, nunca pillarán a nadie. Se olvidó del dinero y de los detalles del asesinato de Watson y de pronto pensó: «Rediez, ¿me acordaré de todas mis composiciones? Menudo trabajo, tener que escribirlas otra vez. Ya no tengo tanta energía como antes». El señor Bowling tenía treinta y siete años. El día que mató al señor Watson en Fulham cumplió los treinta y ocho. En casa de Queenie esa misma noche, cuando ella le preguntó cómo había pasado su cumpleaños, estalló en carcajadas, pero Queenie observó que tenía las manos sudorosas.

Las manos le sudaban siempre que algo lo conmovía o lo alteraba de verdad; no era grave. Los nervios, podría decirse. El día de su boda le habían sudado y también su primer día en el internado. Cuando murió su padre, una semana antes de su decimocuarto cumpleaños, las manos le sudaban mientras pensaba en la mala suerte que tenía: ahora estaba atrapado con su madrastra, que lo detestaba. Había dos clases de madrastras —cosa que la gente tendía a olvidar—: la mujer de éxito rotundo y la sádica y cruel. La suya era de estas últimas; de lo contrario, no la habría criticado por detestarlo. Bueno, en realidad se detestaban el uno al otro, aunque mostraban una tolerancia cortés muy forzada. Su padre había sido un hombre despistado, como lo seguía siendo el hijo, y no había hecho testamento, de modo que su madrastra se apropió de todo. Era una mujer «de ideas» y dejó que siguiera con su educación en el internado, pero lo despachó a vivir de manera definitiva con una pariente que tenía una casa cerca de la escuela. Esta última no era mala persona, pero sí aficionada a la botella. Él prefería aquello mil veces antes que quedarse con su madrastra. El mayor inconveniente, y muy cruel, fue la separación forzosa de su hermana: estaban muy unidos y era el único afecto verdadero de su vida, tanto entonces como ahora. Ella se escapó de casa, se casó y

murió al dar a luz, pero aún era tan real para él como si siguiese bailando en este sórdido mundo, sobre todo cuando hacía un intento por interpretar el *Claro de luna*. Ella se le aparecía junto al piano, muy cerca, y él sonreía con tristeza y le hablaba. Cualquiera que entrase en ese momento pensaría que estaba loco. En la escuela pensaban que estaba loco. Le daba por hacer cosas extrañas, aunque en realidad era para intentar ganarse a la gente; tenía lo que llamaban complejo de inferioridad, un nombre absurdo pero útil que significaba que lo habían tratado a patadas de pequeño, física o psicológicamente, y que aún no había recuperado la confianza; tal vez no la recuperaría hasta los cuarenta o más años, o quizá nunca. Un tipo así, por supuesto, necesitaba ayuda. Necesitaba amor. De nada servía mofarse de ello (eso solo demostraba tu puñetera ignorancia). En fin, ¿qué era peor, eso o tener complejo de superioridad? El primero iba bastante bien con la creación artística —podías trabajar sin descanso en la oscuridad del anonimato, sin público y, con el tiempo, tal vez conseguir lo que querías y emerger para descubrir que el complejo había desaparecido—; el segundo encajaba con los actores y los políticos, necesitabas todo el ego y la vanidad que pudieras gestionar y que el cielo te amparase si entonces no lograbas salirte con la tuya. En la escuela él estaba dispuesto a hacer todo aquello a lo que los otros chicos lo desafiasen, como trepar a la torre o pasar arrastrándose junto al dormitorio del director de la residencia para llamar a la puerta de la criada y gemir: «¡Uuuuuuuu!», como un fantasma. Cuando esta gritaba y a él lo pillaban y lo azotaban con la vara, mostraba orgulloso las señales y se reía a carcajadas. Tenía la cabeza bastante grande, como un renacuajo, y la cara rosácea. Los demás lo admiraban, en cierto sentido: tenía agallas, era generoso cuando tenía algo con lo que ser generoso, pero no les «caía bien». No se echó ni un solo amigo. Casi siempre se le podía ver sentado, con una revista, sonriendo a un lado y a otro con la esperanza de ver si

ese día conseguía algo de aceptación o no. Era un inútil en matemáticas, se le daba bien el francés, era valiente en el boxeo, en natación y en gimnasia, un buen corredor de larga distancia y, curiosamente, religioso. A su profesor de Música le cayó en gracia, pero era complicado porque el tipo tenía la peculiar costumbre de sobar a los chicos. Era peligroso estar allí arriba con los fuelles. «Bowling —le gustaba decir—, es usted un buen chico. Me gusta. Debería aprender a tocar el órgano». Y eso hizo, con natural agilidad y ataques de risa tonta cuando le hacía una caricia o le daba un beso. Era todo tan absurdo… Compuso un solo para órgano que interpretó en la ceremonia de entrega de premios, un momento único en su vida. Aquel día sonreía a todo el mundo, triunfante, y oyó a Colton Major, un joven escuálido al que siempre había odiado, decirle a su madre:

—Ese es Bowling. Lo ha compuesto él. ¡Ya te lo había dicho, mamá! Es un tipo bastante decente.

Más tarde, en broma, cogió al esmirriado de Colton por el cuello, entre los arbustos, y le dio media vuelta a aquel escuálido cuerpecillo. Fue fácil. Le tapó la boca con la mano, muy cerca de la nariz, y se divirtió oyendo sus gritos ahogados. Eran más como gruñidos de cerdo. La cara se le iba amoratando y al final se le puso un poco negra. Sería mejor soltarlo.

Colton se quedó allí, jadeando e intentando respirar.

—Eres un… puerco, Bowling —dijo con voz entrecortada.

—Puede que sí.

—¿Por qué has hecho eso?

—No sé. Porque se acaba el trimestre. ¡O por otra razón igual de insustancial!

—Eres un bicho raro. Y un canalla. Podrías haberme matado.

—¿Y qué?

—¡Habría sido un asesinato!

—Bueno, hay cosas peores que el asesinato, Colton. Como hacer

trampas. O menospreciar a tus padres. Cosas así.

—No volveré a dirigirte la palabra —decidió Colton aún jadeante—. Durante el tiempo que nos queda aquí.

Bowling estalló en carcajadas.

En la cama, aquella noche, estaba en el banco de los acusados. Sonreía con confianza y los miembros del jurado lo miraban y pensaban: «No es culpable. ¿Acaso no se ve que es un caballero?».

Al juez también le caía bien.

Pero las pruebas estaban en su contra y, aunque el juez y él habían ido a la misma escuela (era el señor Juez Colton), este se puso el birrete negro y lo sentenció a la horca. No importaba mucho. Todo el mundo sabía que él no era el típico criminal y, cuando llegara la hora y no hubiese indulto, aún podía venir Angel a despedirse, pues ella lo amaba.

Angel tenía una preciosa melena rubia y carácter afable. Era demasiado hermosa para tocarla, incluso aunque estuvieras casado con ella. Solo podías sentarte a sus pies y no te atrevías más que a acariciarla como a un gato.

Capítulo III

Angel iba al instituto que había subiendo la calle. Los chicos se asomaban por encima del muro y le decían cosas. Tenía el pelo largo y dorado y llevaba un palo de *lacrosse* y un vestido de gimnasia azul. Un día él la siguió hasta su casa, pero era demasiado maravillosa para hablarle. Él estaba demasiado asustado. Era mucho más seguro hablar con Dios. Así que caminó los tres kilómetros de vuelta y se metió en la iglesia a rezar. Le daba miedo rezar sentado en los bancos, por si alguno de sus compañeros pensaba que era un santurrón, así que subió a la tribuna del órgano y fingió que se preparaba para tocar, cosa que no podría hacer, en cualquier caso, a menos que alguien accionara los fuelles. Creía que Dios era real, una persona de verdad, y que lamentaba tener que hacer que la gente pasara aquí setenta años más o menos —menos si lo merecías— como una especie de castigo indescifrable. A pesar de toda la belleza y la felicidad que podía encontrarse en la tierra, nunca fue capaz de ver que la muerte era algo cruel; ¿cómo podía ser otra cosa salvo un auténtico descanso del trabajo duro y las preocupaciones, las guerras y penurias? Y aun así había gente que le tenía miedo a la muerte. Lo cierto era que él no la temía y veía detrás de todo aquello una especie de plan inmenso que nuestras cortas mentes no estaban capacitadas para imaginar. Había alguna muy buena razón para el sufrimiento y la miseria que probablemente nunca conoceríamos; tal vez no debíamos conocerla. Solo debíamos apañárnoslas como mejor nos pareciese e intentar no agotarnos demasiado en poco tiempo. Pronto entendió que el amor era la

clave; el matrimonio, lo más cercano a la felicidad mientras estuviéramos aquí. Y encarnó esta idea en Angel, la chiquilla del otro lado de aquel muro. Allí arriba, en la iglesia, se alegró de no haber dicho ni pensado nunca cosas groseras de ella, como sí hacían los otros chicos, y rezó por tener a su lado a alguien así. Estaba sediento de amor, amor espiritual, y amar a Dios no parecía suficiente. Uno quería una melena femenina, larga y dorada, que acariciar. Él ni siquiera había tenido una madre a la que amar. Había muerto muy pronto. «Al verte a ti, supongo», bromeó su madrastra una vez; una broma que le dolió, como era su intención. Creció preocupado por su aspecto, intentando convencerse de que no estaba mal. Pero se lo temía: «¡Me temo que nadie me amará!». Por eso sonreía y se reía tanto, con la esperanza de que la gente pensara que era agradable.

—Hola —decía siempre con una gran sonrisa. Se frotaba las manos despacio—. ¡Me alegro de verle! Caramba, ¿no?

La gente o se avergonzaba de él o le resultaba cargante.

—Buenos días, señor Bowling. ¿Cómo está usted?

Haciendo énfasis en el «usted».

Excepto Queenie. Ella era distinta.

Queenie detestaba a los mojigatos. Había estado con muchos hombres e incluso se atrevió a romper la barrera racial. Y te mandaba al infierno si sacabas ese tema. Decía que era tan reprochable como la doctrina de la raza de los nazis. La humanidad era lo importante. Todos éramos carne y huesos, y o bien la carne y los huesos estaban bastante bien, o estaban bastante mal y, en el último caso, uno debía hacer algo al respecto por las personas. Ella andaba necesitada de dinero cuando era adolescente y contestó a un anuncio de solicitud de amistad. «Y he sido amigable desde entonces —te desafiaba—. ¿Y qué?». Le gustaba guiñarte el ojo. «Al

final, tropecé con algo de dinero regular y me casé con él. ¿Y qué? ¿Mi corazón no está donde debe?».

Bowling no se cruzó con Queenie y con su gente hasta que tenía unos treinta años. Lo había pasado bastante mal hasta entonces. Dejó el internado con las manos literalmente vacías. La Gran Guerra —así se llamaba entonces— había terminado y llegaba la amarga paz del desempleo.

¿Trabajo? No había trabajo. A menos que fueras peón industrial o abacero u operario de mecanizado.

La única y remota posibilidad para un caballero era un espanto denominado «representante comercial».

Cuando se vio desesperado, se puso a buscar algo de aquello. ¿Y escribir música? «No me hagáis reír —le decía a todo el mundo—. Eso depende de a quién conoces, no de lo que sabes hacer». Era un pianista bastante bueno, pero los agentes ni siquiera lo recibían. ¡Como para vender nada!

«Es inútil —pensaba, andrajoso y hambriento—. ¿Para esto ha servido toda mi educación?».

Ojalá se hubiera colocado como aprendiz en un taller en lugar de ir tantos años a la escuela. Para arreglar pinchazos y cosas así.

Le echó un vistazo al *Morning Post*. No había nada. Sí, sí había: estaba la sección de «representantes comerciales». Aspiradoras. Revistas especializadas. Guías de viaje para amas de casa. Te cerraban la puerta en las narices (en Margate, Sheffield, Maidstone o Tunbridge Wells). Lo entendías. No ibas a sacar comida de aquello, ni ropa, ni cerveza, ni cigarrillos, ni belleza, ni mujeres.

La vida era un completo infierno. Solo los que habían pasado por ello sabían hasta qué punto eso era el infierno en la tierra para un hombre educado, con sentido del humor, sentido de la paciencia y sentido de Dios, que es como decir sentido de valentía. Y un artista, además, cuya mente y cuyo corazón respondían a los acordes secretos de la buena música.

Se tumbaría en divanes andrajosos y pensaría en ello. Intentaría reírse.

—De nada sirve sucumbir, rediez. De nada en absoluto. ¿Acaso no lo sabes? ¿Verdad que no?

Conoció a Queenie en un *pub*, el Plumber's Arms, cerca de Ebury Street. Entonces no estaba casada. Era una mujer amigable. Él solo tenía cuatro peniques (¿de qué servía guardarlos?). Acababa de caer en la trampa de los seguros, solo comisiones, y quizá las cosas mejorasen pronto un poco. Después de rebuscar un tanto, encontró una pensión con desayuno donde ya debía cinco semanas, pero la casera vio que era un caballero honesto que estaba pasando una racha de mala suerte. Le dijo sin tapujos que le gustaba su sonrisa y cómo se reía. Sin embargo, las cosas no podían seguir así. «Lo sabe, ¿verdad?». Vio que Queenie lo miraba y sonreía. Él le devolvió la sonrisa, pero se lamentó de la mala suerte de la mujer si buscaba que la invitara a una copa. Estaba algo colorada, pero tenía una cara bonita y la piel tersa. Queenie recurrió a la técnica habitual y le preguntó si no lo había visto antes en algún sitio. Él contestó como de costumbre: sí, ¿dónde habría sido?, pero enseguida añadió que estaba sin blanca, lo sentía muchísimo.

—No pasa nada, cariño —dijo ella de inmediato—. Tómate una conmigo. ¿Un Haig doble?

—Vaya, así que doble, ¿eh? —repitió el otro, deseando que en lugar del *whisky* le pidiera un sándwich de dos pisos.

—¿Por qué no? —repuso Queenie con ternura. Bowling notó cómo le daba un discreto repaso a su ropa—. ¿Casado?

—Sí.

Empezaron a charlar. Con algunas personas era muy fácil. Él le habló de su matrimonio, de cómo se había largado de su casa y de cómo ya estaba derrotado y listo para volver.

—Echo de menos mi piano. ¡Y la alfombra! —dijo entre risas.

—¿Dónde?

—En Fulham.

—Pobrecillo.

—Bueno, es suyo. Casi todo. Era ella la que tenía dinero cuando nos casamos. Ese fue mi gran error. Es una dama, pero rara. En fin, no sé. Yo apenas tenía veintiún años.

—¡Vaya!

—Ella es un poco mayor que yo, bastante. Sus padres la desheredaron (yo no les gustaba). No hace más que sacarlo a relucir; nunca me deja olvidarlo. Insiste e insiste, año tras año. No sé, al final he terminado explotando. Es inevitable, antes o después, ¿no crees?

Se echó a reír.

—Vamos a tomarnos otra —propuso Queenie.

Él se rio otra vez. Avergonzadísimo, se puso rojo y le dijo:

—Querida, sinceramente, ¿te importaría pedirme un sándwich?

Queenie se hizo con media botella de *whisky*, un par de botellas de cerveza Bass, unos cuantos cigarrillos y un puro y lo empujó a la calle.

—Tengo comida en casa. Vamos.

—Eres un encanto. Esto es estupendo, pero Dios, me siento un verdadero canalla.

—Cierra el pico.

—Eres un cielo.

—Aquí es…

—Ojalá hubiera una puñetera guerra o algo, ¿verdad?

Se echaron a reír y subieron a trompicones por la estrecha escalera hasta el último piso. Era un sitio bastante teatral. Las cortinas parecían de felpa roja. Notó un ligero olor a cebolla, no del todo

desagradable. Había dos habitaciones, atestadas de muebles y con ropa tirada por todas partes, y la bañera estaba en la cocina, con un tablero encima abarrotado de verduras y otras cosas. Queenie le enseñó el calentador del agua y dijo que le había estado sacando brillo esa misma mañana y que luego podría darse un baño si quería. Se envolvió en una bata blanca y él se sentó a fumar mientras ella metía algo en el horno. Cuando terminó de trajinar, Bowling la besó y se quedaron los dos ahí quietos, sonriéndose, ella de pie y él sentado en el borde de la bañera, medio divertidos, pero con una expresión triste que decía: «Este viejo mundo, ¿qué se puede hacer con él salvo reducirlo a añicos?». Cuando hubo comido algo, se pusieron a hablar sobre la mojigatería y la hipocresía de la gente y a discutir qué demonios era en realidad el pecado, dónde empezaba y dónde terminaba y qué era a fin de cuentas la moral. Al pobre Hatry le tocó pagar el pato mientras que Fulano de Tal, un verdadero granuja donde los haya, seguía siendo diputado por No sé dónde, con los bolsillos bien llenos a cuenta del armamento. Y al fin llegaron a si, una vez de acuerdo en lo que era el pecado, el castigo se imponía en este mundo o más tarde. Era un tema apasionante, y a él siempre le había fascinado de un modo particular, pero Queenie se quedó dormida en el sofá —con aquel cálido y voluminoso cuerpo suyo bajo el brazo de Bowling— y, como ella no creía en Dios, era improbable que llegaran a ninguna conclusión. Fuerte como un león, a pesar del hambre que había pasado durante tanto tiempo, la llevó a la cama y luego empezó a desvestirse. Aquel amago lo había afectado de un modo extraño, pero ella estaba frita, así que se arrodilló junto a la cama y, sin dejar de mirarla, rezó el padrenuestro en voz alta, todo un cuadro. Tenía el pelo teñido, un poco descolorido en las raíces, pero parecía rubia y pensó de nuevo en Angel. Cuando se metió en la cama, comprobó que no le quedaba mucho espacio y además tuvo que salir otra vez para apagar la luz. Más tarde, tuvo que levantarse otras dos veces durante la noche, y

las dos veces se olvidó de apagar la luz al volver a la cama, de modo que aquellas horas fueron como una especie de carrera de obstáculos, saltando por encima del rollizo cuerpo de Queenie e intentando no clavarle una rodilla en el estómago en medio de la oscuridad. Le hizo el amor por la mañana, en cuanto ella se despertó —fue un impulso repentino e impaciente—, y luego se quedó un poco cabizbajo. Pero ella le dijo:

—Cariño, ¡no te preocupes por mí!

Mientras desayunaban, Queenie recurrió al sentido común.

—Sé sensato y vuelve a casa. Lo soportarás, cielo. ¿No es mejor que esto? Vuelve a verme cuando te hartes demasiado, ¿quieres?

Él insistió en decirle que jamás le habría sido infiel a su mujer si ella hubiera jugado limpio.

—Te aseguro que estoy siendo de lo más justo —siguió—. Te prometo que nunca creí que hubiera algo peor que una mujer infiel, Queenie. Pero lo hay.

—Da igual —repuso ella—. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Es un dicho bastante cierto. Pórtate bien y vuelve. O me preocuparé.

—Es inmoral vivir con una mujer a la que no amas.

—Pero a ella no le haces el amor, ¿no? ¡Sed como vecinos! Enemigos amistosos.

Y se echaron a reír de nuevo.

Más tarde, esa mañana, cogió el metro y volvió a casa. Notaba, sin embargo, una nueva y extraña alegría en el corazón, la sensación de haber encontrado al mismo tiempo amor y una buena amiga. Era ya un sentimiento tan fuerte que quería divorciarse de Ivy y casarse con Queenie. No estaba nada seguro de que Queenie fuese de las

que se casaban y, en cualquier caso, ella ya le había dicho que solo se casaría por seguridad económica cuando tuviese la oportunidad y por nada más; estaría loca si no lo hiciera. Pero había sido tan feliz con ella que era lo bastante vanidoso como para pensar que él podría hacerla ceder. Estaba muy decidido, aunque por la tarde ya se le había pasado, cuando cayó en la cuenta de que no era una dama. Se trataba de una postura práctica; no era afectación: parecía poco probable que un caballero pudiese vivir felizmente casado con alguien tan diferente. Aunque Ivy era una dama y mira.

Era todo un lío.

Entró en casa.

Su mujer estaba allí, como bien sabía él que estaría, y se comportó del modo en que él bien sabía que se comportaría: no hizo ni dijo nada en absoluto, y se limitó a quedarse sentada con esa expresión tan suya en la cara.

Tenía el rostro demacrado y siempre había sido de piel algo cetrina, como amarronada pero no por el sol. Había algo en ella que hacía que su nombre, Ivy, como la hiedra, pareciese seco y duro y muy apropiado. Tenía el pelo negro y reseco. En aquel entonces tenía treinta y ocho años, como él ahora, pero aparentaba más. Pobre Ivy. No era culpa suya, no más de lo que nada era culpa de nadie. Y era igual de infeliz. Casi no tenía amigas, solo algunas visitas, y ninguna relación con sus padres. Fue mala suerte. Pero ya hacía mucho que habían pasado la fase de intentar consolarse el uno al otro. Ya habían recorrido ese camino y estaba desgastado. Había heridas profundas y ahora cualquier palabra solo llevaba a los gritos, y los gritos no servían de nada. Así que entró sin más y allí estaba ella, que siguió cosiendo sentada mientras él daba vueltas por la habitación. Acabó en el piano. A última hora de la tarde tendrían una buena bronca. Él tendría que contarle lo del dinero que debían a la casera, y ella tendría que pagarlo; luego ella volvería con la vieja cantinela de que siempre pensó que iba a hacer maravillas con su

música, y él replicaría que una mujer debía ser la inspiración del hombre y no un estorbo. Y todo lo demás. Después él sacaría a relucir de nuevo el tema del divorcio y recibiría el habitual y desafiante «No». Desafiaba sus creencias («¿No decías que eras religioso?»), y fin de la conversación. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

—Nos casamos por la iglesia, ¿verdad?

—Sí, Ivy. Pero el matrimonio nunca se ha consumado, ¿o sí? Hasta el papa lo vería con buenos ojos.

—Bueno —decía ella entonces con voz tranquila—, ¿y por qué no lo intentas por ahí?

—No tengo dinero.

—¿Qué pasa con la asistencia social?

—Vamos, Ivy, sabes de sobra que la he solicitado y han rechazado mi petición.

—Pues ahí lo tienes.

—Reciben tantas solicitudes que solo pueden aceptar un pequeño porcentaje; lo sé de buena tinta. Eso no significa que no tenga motivos para pedirla.

La expresión de su mujer, triunfante, continuaba el diálogo sin necesidad de palabras. Le parecía algo cruel y él nunca era cruel, siempre pensaba en qué sería de ella si él lograra hacerse con algo de dinero y divorciarse. ¿Dónde iría?

Esta vez, la bronca fue más o menos como de costumbre. No hubo lágrimas (eso ya estaba superado). Ella sabía que volvería con el rabo entre las piernas, suponía que él estaría hambriento, que se habría acostado con otras mujeres.

Al final, Bowling cerró la puerta de un portazo y se fue a la cama con su biblia.

Como no tenía dinero para emborracharse, Bowling tocó el piano como loco durante una hora y luego cerró la puerta con otro portazo y se fue también a la cama, no con la biblia, sino con una caja de

cerillas y veinte cigarrillos Gold Flake. En otros tiempos, habría oído un llanto en la habitación de al lado. Habría entrado.

—Vamos, Ivy, esto no está bien, querida. ¿No podemos arreglarlo?

Pero no había nada que arreglar. Simplemente no estaba hecha para los hombres.

Cuando la conoció —y se conocieron por mera casualidad, una tragedia en sí misma—, le había parecido tan afable, educada y discreta que se enamoró de ella en el acto. «Es perfecta para mí». Tenía una sonrisa un poco forzada y los labios demasiado finos, con una pelusilla oscura por encima, pero su mirada era franca y luminosa, los ojos, azul oscuro. No era Angel, pero tal vez era la Angel morena. Lo había llevado a ver un espectáculo musical aquella tía con la que vivió cuando estaba en la escuela, pocos meses antes de que la pobre mujer falleciese. Ella había quedado en verse con una amiga en el teatro. Cuando llegaron allí, esta amiga acababa de encontrarse con el señor y la señora Faggot y su hija. «Esta es nuestra hija, Ivy». Habían formado un grupito y consiguieron que les cambiaran las butacas en taquilla para poder sentarse todos juntos. Y, si no se hubieran cruzado con los Faggot, jamás habría visto a Ivy. Pero, en fin, ¿no estaba la historia hecha de aquellos «y si»? Ivy y él parecían haber congeniado. A los viejos él no les había gustado mucho, pero uno no puede llevarse bien con todo el mundo.

—No, lo cierto es que tengo ambiciones musicales —le confió a la chica en el entreacto—. Pero me temo que no de este tipo de música. Y es una pena, porque aquí hay dinero.

—¿Clásica, entonces? —le preguntó ella, que parecía interesada.

—Bueno, sí. No digo que desprecie lo demás. Sería infantil. Pero quiero componer. Y tocar también, claro.

—¿El violín?

—No, el piano.

Fueron juntos a varios conciertos y una noche de verano, detrás del Albert Hall, él descubrió que nunca la habían besado. Se quedó

bastante espantada ante aquel ataque en plena calle, por llamarlo de alguna manera, pero él se echó a reír.

—No le des tanta importancia, Ivy. ¿Qué otra opción me queda? Tus padres no me quitan ojo; me temo que no les gusto nada.

—Sí que les gustas —mintió ella.

—Entonces, ¿no quieres besarme? Aquí no nos ve nadie.

—No seas tan vulgar, William. Yo sé que no eres vulgar, pero no deberíamos comportarnos como criados.

Él se echó a reír de nuevo.

—¿Por qué no? Si no nos sentimos criados…

Su primera pelea fue cuando le dio un cachete amistoso en el trasero. No es que tuviera esa costumbre con las mujeres; solo pretendía hacerla un poco más humana. Para su sorpresa, ella se dio la vuelta lívida de ira y humillación y se desmayó. Cuando recuperó el conocimiento, él no pudo evitar reírse porque, a decir verdad, nunca le dejaba tocarla en otro sitio. Se rio y se lo dijo.

El primer golpe al darse cuenta de que no sabía nada de nada, literalmente, fue bastante duro. Las novelas victorianas y todo eso, se dijo. Pero pensó en la estúpida estirada de su madre y la sorpresa desapareció. Ya solo estaba enfadado. Pobre chica.

—Mira —le dijo mientras se incorporaba en la cama—, no tienes que preocuparte, querida. No soy un sinvergüenza. Es que no tenía ni idea, de verdad.

Se dio cuenta de que lo creía, pero estaba demasiado avergonzada para hacer nada salvo acurrucarse entre las sábanas de hotel como si fuera un hada demasiado frágil y vieja a la que acabase de violar un hasta entonces virtuoso gnomo.

—Vamos, Ivy, podemos hablar, sin más. ¿O prefieres que me vaya? Lo que tú digas, cariño. Me vestiré y me iré a dar un paseo por la playa, ¿vale?

Estaban en St Leonards, en el sitio más dejado de la mano de Dios, en el hotel Criole, una construcción espantosa en lo alto de una colina. Su madre lo conocía, huelga decirlo, y prácticamente se empeñó. Vieja bruja. Pero él se había reído; ya se sabía cómo era esa clase de mujeres.

—¡Lo que usted diga, señora Faggot!

—Será lo que diga mi hija, espero —replicó aquella víbora.

Caray, y pensar que ese tipo de personas vivía sin problema más de setenta años y luego moría tranquilamente en la cama.

Pero él se rio.

—Hastings —confirmó Ivy, y Hastings fue, aunque por lo menos allí parecían llamarlo St Leonards, pero para la mayoría de la gente era lo mismo.

Fue algo difícil explicarle a Ivy, con sus mejores modales de internado, de dónde venían los niños. Parecía saberlo, pero no lo sabía. Juraba que lo sabía.

—¡Por supuesto que sí, Bill, pero…!

—Pero ¿qué, querida? —Sonrió—. ¡Anda, boba!

Ella se sorbía la nariz y sollozaba.

—No importa. No pienses más en ello.

Se lo dijo con ternura y se esforzó como nunca por ser amable y considerado durante meses y meses.

—No tiene tanta importancia —fingía.

Cuando decidió que ya era hora de dejar de fingir, estaban en la casa de Blythe Road, en Fulham, que tenía un sótano y dos plantas y otra familia viviendo arriba. El matrimonio ya estaba herido de gravedad: discutían, el pelo se le caía a puñados en la bañera y sufría otros trastornos nerviosos demasiado desesperantes para mencionarlos, pensó. Se dio cuenta de que tendría que haber acudido al doctor Elliot hacía años, para consultarle sobre ella, aunque el doctor Elliot solía estar demasiado borracho para consultarle sobre nada que no fuera un dolor de codo. Aun así, fue a

buscarlo y lo abordó en el *pub*.

—Oye —le dijo—, en confianza, amigo, quiero hablarte de mi mujer. Me está volviendo loco.

Se echó a reír, un poco avergonzado, pero al menos el viejo Elliot no le enviaría la factura; esa consulta solo le costaría una pinta de cerveza, ocho peniques.

Volvió a casa exultante y, aunque habían tenido un ligero rifirrafe esa tarde, se mostró muy amable y considerado.

—Ivy, querida —le dijo con dulzura al tiempo que se sentaba junto a ella—. Te he traído una cosa. Creo que aún podríamos salvar nuestro matrimonio. —Le dio el volante que le había dado Elliot, para un hospital local—. ¿Irás? Irás, ¿verdad? Es tu deber, después de todo, ¿no?

Ella le echó un vistazo al papel, colorada, giró en redondo y le dio un tremendo bofetón.

Él se enderezó de inmediato y se fue.

Tenía la cara ardiendo en un lado y fría en el otro. Se le quedó el corazón helado por completo, por dentro y por fuera. ¡Maldita sea! Mujeres. ¡Caramba, sí que tendría sus ventajas la homosexualidad, después de todo! Había acabado con las mujeres. ¿Acabado? Nunca había empezado. Solo se había casado con una, una que ni siquiera estaba dispuesta a ir al médico a que la examinaran, quizá a someterse a una pequeña intervención. Se acabó.

Caminó por los jardines de Kensington, sin saber cómo había llegado hasta allí, y fue dándose cuenta, poco a poco, de que no tenía dinero para volver de otra forma que no fuese andando, y con unos zapatos que se le calaban con la nieve.

El parque tenía un aspecto triste, pero bonito: todo blanco, los árboles estaban desnudos y pálidos y la gente se deslizaba por el hielo del estanque como indecisas sombras heladas.

El sol era de un rojo borroso y sin forma definida allá arriba, en el cielo gris oscuro que anunciaba más nieve; parecía una herida a medio cicatrizar.

Cuando volvió tenía los pies fríos y mojados y estaba agotado. Estaba demasiado cansado para decir nada de lo que había decidido decir. ¿De qué servía decir que iba a dejarla? ¿Dónde iría? ¿Dónde iría ella?

¿Y qué diría Dios sobre sus obligaciones?

Lo que Dios dijera o no sobre las de ella no era asunto suyo. Tenía la cabeza llena de teorías espirituales y de automejora y le gustaba creer que el matrimonio conducía a dos personas hacia un objetivo.

¿Qué podía creer ahora?

Ella estaba cosiendo y le dijo:

—Siento haber perdido los nervios. No debería haber hecho eso. Discúlpame.

Esta vez fue él el que se sentó sin decir nada.

—Debes entender, William —continuó Ivy—, que una mujer es diferente, tanto física como mental y espiritualmente, de un hombre.

—Empiezo a darme cuenta —repuso Bowling en voz baja.

Capítulo IV

Se armó una buena la primera vez que salió a la luz que le había hecho el amor, como ella decía, a una muchacha que iba a limpiar la casa. Era una chiquilla traviesa y sus formas se le hicieron irresistibles. En vano se decía a sí mismo que no estaba jugando limpio y, con gran lealtad, se negaba a permitirse pensar: «Es todo culpa de Ivy». No lo era. Era culpa suya y era culpa de Elsie. Elsie tenía dieciséis años y el problema era que tenía hermanos mayores. No hacía más que ponérsele en medio en el pasillo y sonreírle y sonrojarse. Tenía un cuerpecillo cimbreante que era imposible ignorar. Cuando Ivy se fue al West End una tarde de invierno, él se fue detrás de Elsie, que no dejaba de sonreír y, como ella misma dijo más tarde, «Le dejé tomarse ciertas libertades conmigo, pero no me importó. Al menos el señor Bowling es un caballero». En la cama, la ropa no fue un problema, pues la desgraciada chiquilla no parecía usar mucha. Tenía los labios suaves y unos dientes bonitos y ni Cleopatra parecía llegarle a la suela del zapato. Y, aunque abominó de sí mismo por canalla y pensó en la moral y todas esas cosas, repitió la función a la hora del té y muchos otros días después de aquel. Era algo agotador, tener que hacerlo estirando el cuello hacia la ventana del sótano para ver si Ivy volvía. Y no hace falta decir que la pobre se preñó, como decía ella, a los tres meses exactos. Esto al menos les hizo perder cierta reserva y se entregaron a su escarceo a brazo partido mientras la cosa fue bien. Había recuperado la salud, volvían a gustarle las mujeres, pensaba en Angel e incluso consideró la idea de casarse con la lujuriosa Elsie. Aquello no duró mucho, sin

embargo, y volvió a vender seguros con renovado ánimo, oficio que de vez en cuando cambiaba por hacer de figurante en los estudios Elstree, donde su acento en raras ocasiones le conseguía una línea de texto o su esmoquin un papel entre el público de una escena de cabaré. Entonces, un día volvió a casa y oyó, olió y hasta vio como saltaban las chispas. No pudo resistirse:

—Ivy, querida, te lo has buscado tú. ¿Qué puedo decir?

Por supuesto, ella contestó:

—¡Típico de los hombres! Eres un canalla y una bestia y espero que vayas a la cárcel.

—¿A la cárcel? —repitió el otro, sorprendido, y se quedó de piedra cuando descubrió que Elsie había mentido sobre su edad y de hecho era apenas una polluela de quince años, al menos «en el momento del presunto incidente».

Ya hacía un tiempo de aquello y se puso a hacer cálculos, inquieto. Elsie estaba allí de pie, sorbiéndose la nariz y sollozando, con más aspecto de fulana que nunca, como para acrecentar su vergüenza, y pensó: «Bueno, tal vez ahora sí he conseguido el divorcio, ¡algo es algo!». Pero de eso nada. No conseguiría la libertad, y la amenaza de la cárcel se cernió sobre él durante algún tiempo, junto con el desagradable rumor de que el padre de Elsie, de los muelles, iba a presentarse allí en cualquier momento para partirle la crisma. Temeroso ante semejante perspectiva, fue corriendo a ver a Queenie, se lo confesó todo y aguantó un buen rapapolvo por su falta de prudencia. Mereció la pena, sin embargo, porque ella cogió el toro por los cuernos y fue a arreglar el asunto de dónde daría a luz la joven, insistiendo con firmeza en que diera en adopción al niño justo después, y el horizonte empezó a parecerle un poco más seguro. La vida con Ivy era entonces penosa de verdad. Se lo echaba en cara en todas las comidas, como le echaba en cara el asunto de la música («Para lo que haces…»), y le echaba en cara el asunto del dinero («Para lo que ganas…»). Las broncas eran

desquiciantes, se cerraban la puerta en las narices y no soportaban ni la idea de tener que verse. A veces él se sentaba al piano, exhausto, y componía una triste y sencilla melodía que resultaba ser bastante buena. Sin embargo, cuando iba a presentársela a los editores de música, estos se limitaban a fumar puros y echarle el humo y le hacían algún cumplido, pero era obvio que estaban pensando en otra cosa. Un invierno consiguió un buen trabajo tocando en una revista musical en Eastbourne, pero algo pasó, una pelea o lo que fuera, y pronto estuvo de vuelta recogiendo las migajas de los próceres de los seguros.

«No tengo ni idea, está claro. —Eso era lo que pensaba sobre la vida. Y se reía, impotente—. No sé, me pasaré a ver a Queenie, a ver si de verdad se va a casar».

Después de pasar un buen rato con Queenie, y de averiguar que iba a casarse con un muermo de hombre porque tenía una renta fija de cinco libras aparte de su sueldo, se fue con la libra que le había metido en la camisa y se tomó un par de copas en Victoria Station. Volvió a casa, con Ivy y el silencio, se metió en la cama y, mientras fumaba un cigarrillo tras otro, leyó unas cuantas páginas de *Si llega el invierno*, el único libro que había por allí.

La vida pasaba despacio, Ivy envejecía, él se sentía a veces viejo y a veces joven y se preguntaba qué sentido tenía todo aquello. ¿Para qué nacer caballero si no se te permitía vivir como tal? Era el peor castigo.

Y lo acusaba más cuando tenía que pasar por la oficina. Siempre le parecía que molestaba. Cuando al fin entró en la lista de asalariados, notó que, en su sección, en concreto, también molestó. Aparte del encargado, que por lo general era demasiado importante para dirigirle la palabra, había solo dos tipos a los que les concerniesen en algo sus asuntos, el señor Nash y el señor Rosin. Eran dos fenómenos. Los dos tenían siempre comentarios agudísimos sobre los señoritos de internado y sobre lord Baldwin y el señor

Chamberlain. Y las cosas que comentaban parecían, de algún modo, ser culpa del señor Bowling. El señor Nash era flaco y avinagrado, y el señor Rosin tenía cara de idiota, una cara achatada, como un queso sin cortar. El auténtico hombre común y corriente, decidió el señor Bowling, era un tipo agradable, pero aquellos dos pertenecían a la especie de ni una cosa ni otra; descendían en verdad del hombre vulgar, pero se consideraban superiores y a la vez les fastidiaba la deplorable clase de los privilegiados. Disfrutaban cuando alguno de ellos iba a la cárcel y se tomaban la molestia de recortar la noticia del periódico para cuando él volviera por la oficina. «Ahí lo tiene, señor Bowling. —Y le ponían el recorte delante de las narices mientras se guiñaban el ojo—. Ahí tiene a uno de los suyos. ¡Vaya, vaya!», demasiado bobos para darse cuenta de que, en cualquier momento, él mismo podía recortar una noticia sobre Winston Churchill y decirles: «Y ahí tienen ustedes, señor Rosin y señor Nash, ¡ahí tienen ustedes a uno de los suyos! ¡Vaya, vaya!». Pero uno no iba a rebajarse a eso.

Cuando fue a recoger las mil libras, los señores Rosin y Nash se habían mostrado muy distintos, casi admirados.

Tal era el lamentable poder del vil metal.

—Dinero, dinero… —suspiraba una y otra vez.

No se podía ignorar aquel miserable asunto.

Y era complicado si a uno se le daba mal.

Le gustaba reflexionar sobre la falta de lógica en relación con el dinero. Te pagaban por hacer lo que se consideraba un «trabajo», pero que a menudo no era más que estar de brazos cruzados. En cambio, por el auténtico trabajo duro, como crear y escribir algo, la mayoría de las veces sacabas nada y menos.

Y decían que, cuando tenías dinero, pensabas incluso más en ello, por si lo perdías.

En el caso del señor Watson, al menos, era cierto.

El día que mató al señor Watson se levantó temprano. Pensar en ello le había impedido pegar ojo en casi toda la noche y aun así sentía una especie de euforia. Había pegado una póliza encima de la otra, con sumo cuidado, y no quedaba demasiado mal. Había un salto al final, desde luego, que el viejo Watson notaría de inmediato, pero le daría una explicación: «Hay que economizar papel, amigo, espero que no le importe». Y al señor Watson no le importaría porque le gustaba aparentar que hacía algo por contribuir a los esfuerzos bélicos, de lo obvio que era que no estaba haciendo nada. «De acuerdo», diría. Y, si no, pues se acabó. Tendría que pensar en otra cosa.

Durante el desayuno, el señor Bowling se sintió un poco inquieto. Aquellos días llevaba una vida ociosa. Se había fundido ya parte de las mil libras, tampoco mucho, pero sí un poco. Era agradable poder regalarle algo a Queenie después de lo generosa que había sido ella cuando él estaba de capa caída. Le regaló un gato. Treinta libras costó. Estaba encantada. Le dio un beso y él se echó a reír.

—¡Solo es un gato!

—Pero ten más cuidado la próxima vez que te cases, cariño —le dijo Queenie—. ¡Ven a verme antes!

Además, había dado una fiesta, allí en el número 40, sí, con las bombas aún silbando. Solo se muere una vez, ¿no? Se armó un buen bullicio y tocó el piano y cantaron y el tipo de arriba bajó a quejarse. Se dedicaba a la química o algo así, había ido a Oxford y mostraba interés por el señor Bowling. Le pareció un poco pelmazo, aquel primer día que lo paró en el vestíbulo de la planta baja.

—Me llamo Winthrop. Alexandra Winthrop. He oído que se muda con nosotros.

—Sí. Yo soy Bowling.

—Me lo ha dicho la señorita Brown, señor Bowling. Creo que bombardearon su casa. ¡Qué mala suerte! Sí, me lo ha contado ella.

Lo siento muchísimo.

—Ya, bueno…

—Ahora no debe estar solo. Yo puedo pasarme a verle, si quiere. Y usted debería subir algún día. —Frunció el ceño—. Estará ocupado. ¿Eton? —aventuró.

—No.

—Ah. Mmm, bueno, espero que nos veamos. El agua de la bañera siempre sale caliente —le informó la señora Winthrop, que se despidió con una amistosa inclinación de cabeza y se fue.

El señor Bowling subió a su habitación. No quería conocer a aquella gente. Winthrop ya parecía saber que Ivy había muerto.

Frunció el ceño y cerró la puerta, preguntándose quién más viviría allí.

Con los planes que tenía en mente, prefería la soledad.

El día del asesinato de Watson, Winthrop llamó a su puerta y entró sin esperar respuesta. Fumaba en pipa y llevaba una chaqueta Norfolk.

—Ah. Mmm, buenos días, Bowling.

El señor Winthrop no era más que un hombre solitario de mediana edad. Y un poco entrometido.

Parloteaba y observaba a su alrededor. Ya tenía seguro, así que era una absoluta pérdida de tiempo. Echaba miraditas por toda la habitación. Dijo que los muebles allí eran mejores que en la mayoría de las pensiones de ese estilo, que la señorita Brown era un encanto («es una dama, claro»), y comentó que el señor Bowling parecía haber comprado muchas cosas, trajes y camisas, y que, según creía, muy pronto habría cupones para ropa. Dijo que tenía que ser horrible perderlo todo y compartió con Bowling lo que pensaba sobre el Servicio de Ambulancias, la Guardia Nacional, la Brigada Antiincendios y el Servicio de Primeros Auxilios. Se balanceaba de los talones a las puntas de los pies, calzados con unos zapatitos marrones, pero parecía estar cargando demasiado peso. Tenía la

cara redonda y el gesto contrariado. Era un hombre soso. Le contó todo sobre la gente que vivía en el edificio, que a veces cambiaban cada semana, pero la señorita Brown prefería a los que llegaban para quedarse, siempre y cuando fueran «caballeros como nosotros». Arrastró al señor Bowling a su «guarida», una habitación cuadrada con amplias vistas al Londres bombardeado y atestada de cables y conductores y de botellas de ácido y libros de química. Cuando al fin pudo salir eran las once y el esfuerzo de ser educado con el señor Winthrop le había atacado los nervios. Con las pólizas en la mano, fue en autobús a Fulham para su entrevista con el señor Watson. En el trayecto pensaba: «¿Soy yo el que está haciendo esto? ¿De verdad voy a hacerlo?». Sin duda era una mañana radiante para un asesinato.

Dejó de pensar en lo que iba a hacer.

Simplemente siguió adelante.

—Buenos días, amigo —saludó al señor Watson mientras subía por el caminito embaldosado.

Watson estaba en la puerta mirando al cielo. Tenía un aspecto de lo más saludable y vivo. Llevaba el bigote gris muy arreglado, como si acabara de volver del barbero.

—¡Ah, bien! ¿Cómo está, señor Bowling? Llevaba tiempo sin verle. Lamento su pérdida.

—Ya, bueno…

El señor Watson tenía la costumbre de mascar siempre algo, real o imaginario, como si estuviera terminando una comida especialmente agradable, y le brillaban los ojos al hacerlo.

Retuvo a su interlocutor en el pequeño porche un rato, hablando de esto y de aquello, de que no le gustaban los galeses y en realidad tampoco le caían muy bien los ingleses y luego cambió de tema, como acelerado, y empezó a hablar de los geranios. Señaló varias

plantas metidas en unos cajones, como si estuviera seguro de que al señor Bowling le gustaban las flores, sin importar que hubiesen florecido o no.

El señor Bowling le siguió la corriente.

—Caramba, qué interesante —repuso cuando le contó que había varios insectos que se comían las hojas y no sé qué más—. ¡No me diga!

—Pero las fumigo —continuó explicando sin tregua el señor Watson.

El señor Bowling se preguntaba si sería probable que se le cayeran los dientes, que se los tragara y le obstruyeran la epiglotis. Tal vez así no parecería un asesinato.

La conversación se desvió de nuevo hacia los bombardeos.

—Sí —dijo el señor Watson—, me quedé horrorizado cuando supe lo de su pobre esposa.

—Ya, bueno…

—Yo sé lo que es eso. También perdí a mi mujer de repente, un sábado por la tarde —añadió, más bien como si se hubiera despistado mientras estaban de compras.

—¿De veras?

—Un autobús…

—¡Vaya! Lo siento, qué barbaridad.

—¡Pero son cosas que pasan! Es triste. Triste. Pero todos hemos de irnos en algún momento.

—Muy cierto.

—En fin, pase al comedor. Tenemos que ocuparnos de varios asuntos y supongo que querrá mi firma.

Entraron en el comedor. Estaba muy ordenado y había una fotografía de la hija casada del señor Watson, sentada en una silla de playa en Margate y con las piernas al aire, unas piernas espantosas. Toda una alegría para la vista, sin duda. En la rejilla de la chimenea había una planta y sobre la mesa estaban las plumas y

el papel secante del señor Watson, todo muy pulcro y bien organizado, cada cosa formando un ángulo recto con todo lo demás. Aquel hombre era como una vieja solterona. Se sentó, muy diligente, con su traje jaspeado, y empezó a refunfuñar sobre el dinero y sus pólizas de seguro y sobre el curso de la bolsa en general. En cuanto vio la póliza que el señor Bowling tenía planeado hacerle firmar, la cogió con aquellos dedos huesudos y se quedó mirándola.

Bowling se puso a su izquierda, apenas detrás de él.

—¡¿Qué demonios es esto?! —exclamó el señor Watson—. Esto es inaceptable —añadió y, acto seguido, la rompió en pedazos.

Se giró hacia el señor Bowling como para pedirle otro impreso y este extendió una mano. De pronto, y con cierto aire de sobriedad, le puso la mano sobre el bigote y tiró de la cabeza del señor Watson hacia atrás hasta apoyarla en su propio pecho, la silla se venció y no le resultó difícil arrastrarlo fuera del ángulo de visión de la ventana-mirador. Cuando dio con las pantorrillas en el sofá de felpa roja, se permitió decir en voz baja:

—Si no se resiste, será muy rápido.

La expresión del señor Watson, si es que era posible interpretarla, parecía la de un niño desconcertado al que estuvieran obligando a jugar a un juego que no conocía y que no le gustaba demasiado.

Se debatía en el medio del aire, en la silla inclinada, en todo momento con el generoso apoyo de su compañero, hasta que la silla volcó del todo y cayó de lado al suelo con un golpe sordo. Se oían algunos pasos que subían o bajaban por la calle.

El señor Watson había empezado a hacer cosas asombrosas con las manos. Cogió al señor Bowling por las orejas y logró retorcérselas bastante fuerte durante un rato. Después le tiró del pelo.

Cuando vio que aquello no funcionaba, empezó a farfullar y a babearle la mano y se las arregló para agarrarse como una especie

de cangrejo a su trasero.

Había un intenso olor a geranios. No era desagradable. Bowling pensó varias veces: «¿Qué está pasando en realidad? ¿Estoy soñando?».

Si estaba soñando, el sueño continuó.

Volvió a tocar el sofá de felpa roja con las pantorrillas. El señor Watson intentaba liberarse desesperadamente con una serie de rápidas sacudidas. Sacudía la barriga de un lado a otro y se retorcía. El señor Bowling se permitió sentarse y buscar un mejor agarre, pues pensó que con Watson podía tardar bastante más que con Ivy. Los ojos grises del señor Watson empezaron a traslucir una clara mezcla de estupefacción y creciente terror y se retorcía y estiraba las largas piernas con su pantalón jaspeado y se las arregló para coger algo de aire por la nariz. Bowling presionó más fuerte hacia arriba y a contrapelo del bigote, que pinchaba un poco. La actitud del señor Watson era un pelín obscena. Al señor Bowling empezaron a cruzársele por la cabeza varios pensamientos, a toda velocidad, que se iban haciendo sorprendentemente claros. Pensó, en fin, que aquello era en verdad asombroso, no había perdido el tiempo y después de todo lo estaba haciendo, pero ¿por qué? Ya no iba a sacar dinero de ello, ninguno; entonces, ¿por qué esa idea era tan reconfortante? ¿Por qué? Bueno, pues porque el fraude, suponía, era algo muy poco honrado; incluso si el dinero pertenecía a una empresa que manejaba millones, seguía siendo un fraude. Y otra cosa: ¿se le había ocurrido que podía haber alguien más en la casa en ese momento? ¿En la cocina, tal vez? Y otra cosa: ¿de dónde había sacado ese método? Era bastante efectivo. Burke y Hare lo hacían así. ¿Lo había leído primero, o se le había ocurrido antes y lo había leído después? El subconsciente era una cosa muy interesante. ¿Se daba cuenta la gente de que a veces los lugares estaban embrujados por el futuro al igual que por el pasado? ¿Y él…?

Nada detenía el vertiginoso ritmo de sus pensamientos. Instantes

de su vida volvían a toda velocidad, desordenados. Estaba sujetando a Colton detrás de la iglesia. Ahora era de nuevo el señor Watson. Ahora la pobre Ivy.

Ahora era el señor Watson.

¿Por qué? ¿Por qué lo estaba haciendo? ¿Y por qué ahora sabía que iba a cometer varios asesinatos más? ¿Asesinatos? No lo llames así, es una palabra muy vulgar.

Entonces se dio cuenta, de repente y con toda claridad, de que lo hacía porque estaba tan completamente decepcionado consigo mismo y con su vida que quería que lo pillasen.

Era lo que quería.

De pronto el señor Watson consiguió dar una violenta sacudida.

Pero no significaba nada. Tenía la cara negra, la cabeza se le había caído, el cuerpo sufrió una especie de convulsión y el señor Bowling lo sostuvo unos segundos más y luego lo dejó caer bocabajo en el cojín rojo. Le subió las flácidas rodillas, las soltó sobre el sofá y se levantó. Estaba jadeando.

Acto seguido, el señor Bowling se enderezó el cuello de la camisa, cogió su sombrero y sus papeles y salió de la casa.

Sonrió bajo el sol del verano y decidió ir al cine.

Fue al Metropole, en Victoria; de algún modo se sentía más en casa en Victoria que en Fulham (estaba más cerca de Queenie, donde quizá iría más tarde). De momento, ansiaba el silencio y la oscuridad, pero no el silencio y la oscuridad de la soledad.

Quería meditar a fondo sobre todo aquello.

Pronto llegó a la conclusión de que era un zorro. Buscaba que lo persiguieran, suponía que lo atraparían e incluso lo deseaba. Quería que los cazadores tuvieran todas las de ganar.

Era uno de los inadaptados de este mundo. Un inepto con dinero y con años por delante; un pobre diablo con alma de artista echado a

perder por la educación. Maldito, o bendecido, con un corazón débil y por tanto inútil para su país en cuestiones de guerra; un simple pelele. Sí, sí, pensaba en el cine, cuanto antes me cojan mejor, aunque nadie lo entenderá jamás. Ni una sola persona.

Estaba sentado en su butaca, con los ojos cerrados, sumido en una gran agonía mental.

A mitad de la película principal se quedó profundamente dormido. Cuando se despertó, la gente reía a carcajadas. Él se echó a reír también, hasta que se le saltaron las lágrimas.

Luego se escabulló y corrió a comprar el periódico.

Capítulo V

Queenie lo estaba esperando en el piso nuevo que Rodney y ella acababan de escoger. Seguían fieles a Belgravia, era la costumbre, era su hogar y conocían a todo el mundo en el barrio.

Su familia era gente del barrio.

Queenie estaba buscándole esposa al señor Bowling. «Al querido Bill», como ella lo llamaba.

—Tengo que explorar el terreno —le dijo a Rodney con sus simpáticas formas.

—Dudo que debas tomarte tanta molestia —repuso él. Ese tal Bowling le había causado una impresión bastante negativa.

—¿Y puede saberse por qué? —lo pinchaba Queenie de vez en cuando.

—Detesto a los cínicos —comentaba Rodney, que argüía que el tal Bowling lo era, y mucho.

Ella no estaba de acuerdo y decía que el pobre Bill solo quería que lo entendiesen.

—¡Pues entonces será que yo no lo entiendo!

—Y creo que le pasa algo —añadía Queenie. No era muy concreta y, por lo general, desechaba la idea con una carcajada.

A Rodney le gustaba decir que Bill había sido bastante grosero con él al comentar que la Administración pública tenía una «mentalidad departamental», que se daban coba unos a otros de una forma oportunista para tratar de ascender y luego se apuñalaban por la espalda. Toda individualidad, declaraba el señor Bowling, se sacrificaba sin vacilar en aras de seguir cobrando un sueldo.

Además, ese Bowling se había achispado un poco una noche y, según le dijeron, pensaba de él que era el «típico ejemplar» del Ministerio de Información. Si te ofrecías para algún trabajo de guerra allí (según Bowling), te hacían pasar un examen y, solo cuando lo habías superado, de pronto se les ocurría preguntarte por tu estado de salud. Si decías que tenías reconocido un grado uno, dos o tres, contestaban: lo siento, no podemos contratarlo a menos que sea grado cuatro, amigo, y te miraban sonrientes, ¡casi orgullosos de la pérdida de tiempo y el desperdicio de papel que suponían la correspondencia preliminar y el examen! Y Bowling había dicho: «Es el trabajo perfecto para el bueno de Rodney; le va como anillo al dedo».

Queenie parecía ponerse del lado de Bowling y era su más leal defensora. Era categórica.

—Querido. —Se reía—. ¡Es que tú no lo conoces! Es honesto y sincero como un libro abierto. ¡Fiel a sus creencias! Que ya es más de lo que se puede decir de algunos… ¡No me refiero a ti, plumín! —Solía llamarlo «plumín» por su trabajo en el Ministerio de Información. Le tomaba el pelo diciéndole que era solo una pluma y un trozo de papel—. Intenta ser amable con él, ¿quieres, cariño? Ha tenido mala suerte. Se casó demasiado joven. Sin dinero. Esta vez debe tratar de encontrar un buen partido. Es lo que importa para un hombre de su temperamento. No es ninguna vergüenza, es lógico, y lleva la música dentro.

—No es muy bien parecido, ¿no?

—¡Mira quién fue a hablar! ¡Ni tú tampoco, plumín!

—Es que siempre parece que está… representando un papel. Como si no estuviera en su ambiente.

—No está en su ambiente. Pobrecillo. Debería vivir en su mansión de campo. O heredar posibles y un título de alguien. Seguro que haría maravillas por la beneficencia y escribiría una sinfonía o algo así.

—Sí, claro…

—Te voy a dar yo a ti claro, cariño. Deja en paz a mi amigo. Es completamente honesto. Y desde luego religioso. Tuvimos algunas charlas muy extrañas en nuestros tiempos. A lo mejor a Doris le gusta. Es guapa. Y afable. Bill debería estar con alguien un poco maternal.

Cuando Bowling llegó, Queenie se dio cuenta de que le sudaban las manos. Pensó que estaría nervioso por ver a Rodney allí.

—Caramba —dijo Bill admirando el nuevo piso—, esto es muy elegante, ¿no?

Rodney Wellington lo vio entrar. Pensó que parecía lo que él llamaba «bien vestido». Chaqueta deportiva y pantalones grises de franela, con la raya bien hecha. Se inclinaba un poco cuando daba la mano, modales refinados, muy en su sitio. Cabello rubio un tanto ralo, algo canoso, bien peinado hacia el lado izquierdo, puños blancos que sobresalían un poco en las muñecas. Recordaba a un afable maestro de escuela. Y aun así había en él algo un poco… ¿grotesco? Tenía la cabeza rara —los barberos debían de estar fascinados con él—, como una especie de remolacha forrajera, quizá. Y el color de la cara… Demasiado rosa, como quien bebe *whisky* a escondidas y en exceso.

Pero él no hacía eso, ¿o sí?

Lo lamentaba, pero era imposible que le cayera tan bien como a Queenie, ah, educado, de acuerdo, no en la universidad, pero…

—¿Qué tal, Rodney?

—¿Cómo está? ¡Me alegro de verle!

Mentiroso, pensó el señor Bowling, pero se rio con cordialidad de algo que dijo Queenie. De pronto se sentía muchísimo mejor. Normal otra vez. Había sido una tarde espantosa. Un bache hondo y oscuro.

Llegó Doris.

Llegó un montón de gente. Era un piso amplio y, sin pensarlo, el señor Bowling le estaba diciendo a Doris que quería uno igual. ¿Por qué seguir viviendo en una habitación, por el amor de Dios?

Doris era simpática. Era una mujer alegre y le gustaba lucir su esbelta y firme figura. Siempre con una amplia sonrisa y bien vestida. Había trabajado en teatro, en cine, en la radio, en tiendas, en clubes como azafata, en vuelos comerciales y ahora iba a dedicarse a las municiones. No establecieron ningún tipo de conexión en particular, más allá de una mutua curiosidad. Ella había decidido que le gustaría acostarse con él y que lo haría si se lo pedía. Pero más tarde, después del póquer, la sorprendió cuando le dijo que no encontraba satisfacción alguna en la promiscuidad y que estaba en contra del amor libre. Al principio se sorprendió mucho, pero luego, al observarlo de nuevo, ya no tanto. Tenía un aire de honestidad, como había dicho Queenie. Se mostraba alegre y no parecía uno de esos hombres temperamentales, aunque era imposible asegurarlo nada más conocerlo. La miró a los ojos una vez, con una expresión bastante triste, y, aunque nunca volvieron a verse, ella lo recordó durante mucho tiempo. Más tarde le dijo a Queenie:

—No es habitual conocer a un hombre interesante. Me ha caído bien.

… Cuando Bowling volvió a casa ya era tarde y no había necesidad de subir de puntillas por temor a que alguien lo molestara; Winthrop estaría arriba, metido en la cama, rodeado de sus botellas de ácido, sus cables y sus libros de química, y la vieja señorita Brown —sin duda con el sombrerito puesto, pues jamás la había visto sin él— estaría dormida en una de aquellas habitaciones de abajo (nunca estaba seguro de cuál era la suya). Alice, la criada, estaría en el sótano con la gata.

Se rio entre dientes y subió a su cuarto. Entró y tuvo cuidado de no encender la luz; se había dejado las ventanas abiertas y sin tapar,

pese a las protestas de Alice. A Alice le gustaba cargar con su voluminosa figura por todo el edificio para correr todas las cortinas y demás, porque si no la policía empezaba a llamar al timbre «y la señorita Brown se altera».

Avanzó a tientas y se desvistió a oscuras, dejando caer la ropa al suelo sin prestarle mucha atención. Se apoyó sobre una sola pierna en la ventana abierta y olió el calor de la noche; estaba tan oscuro que no se veía ni una estrella. Los lentos pasos de un policía que hacía la ronda se acercaron calle arriba, se detuvieron, reanudaron la marcha y volvieron a alejarse despacio. Y Bowling pensó:

«Cuanto antes vengan a por mí, mejor. Sí, cuanto antes termine todo este puñetero asunto, mucho mejor. ¡Qué desastre el apaño de la póliza! No he nacido yo para maleante. Ser siempre uno mismo, esa es la clave. ¿Habrán encontrado ya al pobre Watson? No sé si he dejado algún rastro. Espero haber dejado algo. Será un caso interesante, con todos sus malditos trastos en perfecto orden ¿y no falta nada? En fin, amigo, con la cara hundida en ese cojín, los médicos podrían pensar que ha sufrido un infarto y que se ha asfixiado él solo. ¿O pueden saberlo? Supongo que podrán saber algo así. Hoy en día son muy listos. ¿Huellas dactilares? Seguro que he dejado una o dos. Tienen que venir a por mí. Alguien me habrá visto yendo a su casa o saliendo de allí. Pobre Watson, espero que no haya sido demasiado desagradable. Yo no quería hacer sufrir a nadie, pero no tendría que haber tardado tanto».

Se alejó de la ventana saltando a la pata coja mientras se quitaba un calcetín. Se puso el pijama y se acostó. Alice le había abierto la cama. Esa pensión era mejor que la mayoría: había una clara intención de ofrecer comodidad y refinamiento. De todas formas, la idea era hacerse con un bonito piso amueblado como el de Queenie, de tres o cuatro habitaciones, y así podría invitar a amigos a jugar a las cartas o a disfrutar de un poco de música. Mañana iría a esa condenada oficina y diría: «Lo siento, amigos, me bajo del tren de

los seguros. Vuelvo a defensa civil o buscaré cualquier trabajo de guerra. Ya lo hice una vez». Los señores Rosin y Nash, a no ser que ya los hubieran llamado a filas, podrían quedarse con su pequeña clientela. Además, tal vez tuvieran noticias de Watson.

—Eh, Bowling, uno de sus clientes estiró la pata ayer, ¿se lo han dicho? El viejo Watson, de Peel Street, en Fulham.

—¿Sí?

—Sí. —Y tal vez dirían—: Asesinato, Bowling. ¿Qué le parece? Al pobre tipo lo estrangularon o algo así. La policía está en su casa.

O tal vez dirían:

—Ah, aquí está, Bowling. Creo que lo busca un inspector de policía. ¿Cuándo vio a Watson por última vez? Se lo han cargado.

Alargó un brazo en dirección a la radio y la encendió, mientras pensaba: sí, creo que me quedan unas ochocientas libras. Será suficiente hasta que termine todo esto. Por supuesto, es una forma de suicidio, en realidad, pero una forma de lo más interesante y honorable, será un periplo emocionante, lo mires como lo mires.

Sin embargo, cuando fue a la oficina al día siguiente nadie dijo una sola palabra ni sobre Watson ni sobre nada; ni siquiera sobre los señoritos de internado. Recibieron con soberano aburrimiento la noticia de que dejaba los seguros; ya se habían marchado demasiados, ¿qué importaba uno más?

—Bien, pues adiós —se despidió sin ningún entusiasmo.

Y pensó: «Santo cielo, y que os haya aguantado tanto tiempo, miserable panda de…». Bajó en el ascensor y salió con optimismo a Holborn, donde paró un taxi. Qué gusto gritar para parar un puñetero taxi. Volvió muy animado a casa, a ver si había pasado algo, lo que fuera, respecto a Watson, pero nada de nada; era rarísimo. Se le ocurrió que el tipo podría quedarse allí, bocabajo sobre el sofá, durante semanas. Pero a esas alturas alguien tendría

que haber alborotado ya el avispero, ¿no?, el cartero o el lechero… Era bastante molesto. Aquello interfería en sus planes. ¿Qué sentido tenía mudarse a un piso nuevo si iban a detenerlo al cabo de uno o dos días? Durmió, se levantó, tocó el piano, fue al parque a sentarse al sol en las sillas de playa, fue al cine, visitó a Queenie y se arrastró de *pub* en *pub* durante tres días más. No pasó nada en absoluto, nada de nada. Una mañana se despertó de buen humor y vio que tenía una carta que le habían reenviado desde la oficina. Era de la hija de Watson, de Kingston, y se echó a reír a carcajadas, a la vez divertido y liberado de pronto de la tensión. La mujer «lamentaba informarle» de que a su padre le había «dado un ataque» y el funeral se había celebrado el día anterior. «Estaba bien cuando la asistenta llegó a las diez y a las once ella se fue a hacer la compra. No estuvo fuera más de veinte minutos y, cuando volvió, ya estaba muerto». Aquello hizo que se estremeciera. La asistenta podría haber entrado en cualquier momento y haberlo visto todo. Si eso no era dar una ventaja deportiva a los cazadores, ya me dirás. «Pero en realidad le escribo para preguntarle si mi padre le dijo alguna vez algo sobre su última voluntad. Quiero impugnar el testamento, pues me temo que no estuviera en su sano juicio al hacerlo, ya que ha legado hasta el último penique a un refugio para cachorros, y he pensado que tal vez podría reunir pruebas respecto a su estado mental. Sé que a él le gustaba hablar con usted. Le agradecería mucho que me escribiera y, por supuesto, mi esposo y yo estamos encantados de remunerarlo por las molestias: le adjunto un sello. Se me hace muy difícil, como entenderá, porque estábamos muy unidos y ahora tengo que mantener la casa y el coche, y son tiempos angustiosos. Atentamente, Fanny Heaton. P. D.: Esperaré anhelante su respuesta, al igual que mi marido, que le envía un cordial saludo».

Bowling estalló en carcajadas.

—¡Bruja! —rugió.

Y encendió la radio a tiempo para escuchar las noticias de las ocho.

Se levantó de la cama y empezó a prepararse el desayuno. Allí cada inquilino debía cocinarse lo suyo y salir a comprar lo que quisiera. A veces él engatusaba a Alice para que lo liberase de todo eso, pero hoy debía de estar ocupada. En las noticias decían que habíamos derribado un buen número de aviones alemanes mientras que, de los nuestros, solo habíamos perdido una tercera parte, al igual que Rusia. También informaban de que las recientes pérdidas en barcos equivalían tan solo a un tercio de las del enemigo. Después de las noticias habría una charla sobre formas interesantes de cocinar arroz, y esa noche y al día siguiente tendrían a un polaco, un eslovaco y un noruego hablando de lo que cada uno desayunaba en su país. Mientras se freía el tocino, cambió de emisora para escuchar algo de música y, en conjunto, la hora del desayuno estuvo animada por *Handel in the Strand*, *Molly on the Shore* y noticias en alemán, que seguía, más o menos, mientras pensaba: «El alemán es casi igual que el inglés. Sorprendente». Y se decía: «Tanta variedad de programas, a cualquier hora del día y de la noche, arruina la propia capacidad de discernimiento». Se sentía en buena forma. Con un nuevo estado de ánimo, de alivio. Después de todo, era de justicia que un zorro tuviera un poco de paz entre cacerías y tiempo para relajarse de ese panorama de belleza y fealdad y cambios de humor: el que te llevaba a lo más alto y el que te hundía en el fango de la miseria. Sí, seguía siendo un zorro, una criatura bastante agradable a la vista, bien arreglado, pero en realidad no era más que una amenaza y una aberración sobre la verde y amarilla faz de la tierra.

De repente estaba abatido, lamentando otra vez el ser libre para seguir como antes.

Parecía que Dios no lo quería con él, ni siquiera en tan pobre condición.

… Por toda Inglaterra, los moradores de imponentes casas

solariegas estarían sentados alrededor de largas mesas, desayunando lo que se les servía en bandejas de plata.

—¿Hígado frito, *sir* William?

—¡Vaya, gracias, James! Sí, tomaré un poco.

—Y el coche le espera en la puerta, *sir* William.

—Gracias, James.

La ciudad y el hogar. El ministerio y el hogar.

Hogar e hijos.

Religión, el futuro, nietos.

Pero en Londres los días empezaban con el lúgubre chirrido de un apestoso autobús. La radio decía:

—Atención, trabajadores que deberían estar pensando en llegar a las fábricas, o a cualquier destino similar, debo recordarles que quedan solo seis minutos para las ocho. Entretanto, aquí tienen a Bing Crosby interpretando *Take me back to my boots and saddle*.

El señor Bowling pensó: «Bueno, me la jugaré con lo del piso nuevo. Tengo que pensar».

Seguía allí sentado, abatido, envuelto en su bata roja, cuando Alice llamó a la puerta y entró con un enorme plato de tocino y dos huevos, tostadas, mantequilla y un poco de mermelada de verdad. Le sonreía con expresión radiante.

Bowling había acabado ya con la mitad del desayuno, pero le devolvió la sonrisa con educación por su amabilidad y le guiñó un ojo cuando ella le dijo que la señorita Brown no debía enterarse de aquello bajo ningún concepto. En fin, fingió que seguía teniendo un hambre atroz y le pidió que dejara el plato en la mesa. Al inclinarse, la mujer se permitió el atrevido gesto de ir a besarlo en la cabeza, donde ya le clareaba un poco el pelo.

Un día, en el vestíbulo, él había cometido el nefasto error de darle un beso; estaría de buen humor por cualquier cosa, alguna tontería,

y Alice era un encanto. Pero había sido un tremendo error de juicio y al parecer había soltado los últimos cabos del amor que la amarraban en el crepúsculo de su vida.

Ahora le gustaba rondarlo, corpulenta, estirada y sin hablar, con esa cara roja y fea y los labios resecos, poniendo morritos, cosa que a él le disgustaba sobremanera: el amor, si existía, estaba en los labios; uno podía abrirse paso hacia la felicidad en un beso, o recular y caer en algo muy distinto. Alice parecía la nodriza de *Romeo y Julieta*, pero creía que aún tenía tiempo de ser Julieta una vez más y sin duda pensaba que él era Romeo. Era muy violento. Y, por otra parte, parecía tan siniestra como lady Macbeth. Se mostraba muy simpática con los policías y a veces se la veía, entre las sombras de la plaza, apoyada contra la verja en brazos de la ley. Si pasabas por allí y tardabas dos horas en volver, los encontrabas en el mismo sitio, inmóviles. ¿Qué haría ahora que el Gobierno había requisado las verjas? Era una gran preocupación en toda Inglaterra, se dijo. ¿Tenía el Gobierno alguna previsión al respecto? ¿Se podría solicitar alguna bonificación especial?

Lo único que podía hacer con Alice era bromear, tomárselo todo a guasa y esperar que sus obligaciones la alejaran pronto de allí. El problema era que seguía rondándolo. Siempre con esa gran sonrisa, esa mirada de cariñosa admiración que decía «es usted único» cuando le arreglaba la habitación. Nunca hablaba mucho. «¡La habitación, señor Bowling!» o «¡Su ropa, señor Bowling, pchs!», y le guiñaba un ojo y lo recogía todo. Se le salía un poco la dentadura postiza. Decía que le gustaban sus trajes, el azul, el gris y el marrón. Decía que le gustaba más el bombín («No se ponga el de fieltro, querido»). O decía que le quedaba bien el pijama de rayas y decidía que eso le daba pie a guiñarle un ojo y añadir algo más.

—Vamos, vamos —bromeaba él avergonzado—, es una muchacha muy traviesa, Alice. ¡A su edad!

Gran sonrisa.

—Pues ¿cuántos años cree que tengo?

—Más que ese agente con el que la vi anoche. ¿Con quién estuvo usted anoche? —canturreaba mientras seguía afeitándose—. ¡Oh, ¿con quién estuvo usted anoche?! No me explico cómo se las arreglan, ahí de pie, ¿eh?

Ella se puso como un tomate.

—¡Pero bueno, señor Bowling! No es propio de usted hacer un comentario como ese.

—Discúlpeme…

—¡Qué tontería!

Y se fue a toda prisa muy tiesa, y él sabía que estaba encantada. Un día que estaba echándose una siestecita, se coló en su cuarto y se puso muy pesada.

—Vamos, vamos, Alice, ¿es que nunca va a madurar?

La mujer tenía la cara radiante como el sol y se sentó en la cama.

—Es usted el caballero más agradable de todos los que he atendido en mi vida —le dijo—. Y han sido muchos.

Sonreía y no se levantaba.

Entonces Bowling pensó, igual que volvía a pensar ahora: «Santo cielo, tengo que librarme de esto».

En ese momento el señor Winthrop llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

A Alice no le caía en gracia y se apresuró a marcharse. «Siempre le va con cuentos a la señorita Brown», refunfuñaba haciendo pucheros cuando se refería a él.

Capítulo VI

El señor Winthrop aceptó la silla que Bowling le ofrecía junto a la chimenea. Estaba deseando saber si este querría subir a tomar un café con él y con unos amigos el jueves. Dijo que aún quedaban tres días y que pasarían una tarde de lo más interesante y que seguro que no se aburriría y que el café se lo enviaba desde Sussex una tía suya cuyo marido había tenido cafetales en Ceilán. Le preguntó si iba a enrolarse en la guardia nacional. Solo había que presentarse una vez a la semana y luego, cuando llegara la invasión, tenías un trabajo fijo. Dijo que eran todos buenos tipos, sobre todo, hombres de negocios, aunque se temía que algunos estaban «metidos en el teatro», asunto que le hizo fruncir el ceño y empezar a balancearse sobre sus zapatitos marrones como si fuera la torre inclinada de Pisa. Parecía desinflado y aburrido y, a propósito de su comentario sobre el teatro, de pronto le confió que estaba casado y que su mujer era actriz, «o lo era la última vez que supe algo de ella». Entonces hizo una mueca y cambió de tema y siguió parloteando —«¿No le estaré aburriendo?»— sobre lo que haría él si fuera ministro de Aprovisionamiento y lo que haría si le dejaran hablar cinco minutos con Stalin y lo que haría con Japón y con sus generales y cómo aconsejaría al presidente Roosevelt. En ningún momento se dio cuenta de que llevaba desabrochado uno de los botones más importantes, detalle que habría privado a todas aquellas entrevistas de cualquier dignidad y trascendencia. Lejos de encontrarlo divertido, sin embargo, el señor Bowling de repente se hizo consciente de que no habría ninguna reunión en la habitación

del señor Winthrop el jueves y, por tanto, podía aceptar la invitación sin riesgo. Un pésimo estado de ánimo se había apoderado de él y permanecía allí sentado intentando tan solo no fulminar con la mirada el botón abierto. Winthrop, del todo ajeno a lo fatídica que aquella intrusión resultaría para sí mismo, se balanceaba y trataba de dirigir la guerra mundial y de llevarla a una conclusión satisfactoria para la democracia, la libertad y, por supuesto, el capitalismo.

—¿Y qué es la libertad? —se oyó preguntar el señor Bowling. Estaba mirando por la ventana.

En la plaza había dos chiquillos, un niño y una niña, jugando con unos aros sobre la hierba. Winthrop los vio y enseguida elaboró una pomposa y nítida explicación: luchábamos para que esos niños pudieran seguir jugando con sus aros y para que, pasado el tiempo, tuvieran hijos que pudiesen a su vez jugar con los aros en lugar de ser esclavos atados a una mina o a un torno en un mundo controlado por los nazis. Y siguió y siguió y siguió, y todo estaba muy bien, pero el señor Bowling ya no escuchaba: su mente había ido mucho más allá de la visión de Winthrop y contemplaba la esclavitud que soportaba el mundo, incluso cuando había alcanzado aquello que ingenuamente llamaba libertad: la esclavitud del alma atada por la fuerza al cuerpo.

«Con Ivy —pensó—, ¿qué podía ser mayor servidumbre que aquella?».

Había mil formas de esclavitud en nombre de la libertad. ¿Debería perfeccionarse ese nombre? Y tal vez en el horror de la esclavitud hubiera una gran parte de libertad, belleza y descanso. Aquello era aterrador. Debía pensarlo. ¿Y dónde, entonces, estaba el término medio?

El señor Winthrop estaba cargado de razones, por supuesto. Era todo cierto, etcétera. Pero bastante trillado y exasperante.

—Amigo mío —le dijo entonces con pesimismo—, si ganamos esta

guerra, y seguro que lo haremos, ¿qué ocurrirá? Pues que estaremos otra vez donde empezamos.

Su mal humor crecía y estaba deseando que llegara la oscuridad de la noche. ¿A qué hora se acostaría ese Winthrop? ¿Tenía madre y padre?

—A menudo me pregunto —seguía el otro, incansable—, cuando pienso en esas espantosas atrocidades, qué clase de precauciones puede tomar la gente. Cuando se sabe que vienen los bárbaros, me refiero. En fin, las mujeres y las niñas. Es demasiado insoportable para pensar en ello.

—Es necesario pensar en todo —repuso lúgubre el señor Bowling —. En lo que respecta a la vida y a la muerte.

El señor Winthrop pensó: «Qué tipo más raro, este Bowling. Deprimente. Creo que no le caigo muy bien». Luego se sonó la nariz y dijo:

—Ah… ¿Música?

Y fue al piano. Empezó a tocar y a cantar *No suspiréis más, señoras*, con voz de eunuco.

El señor Bowling seguía rígido y parecía bastante pensativo.

Se quedó allí sentado una hora más después de que el señor Winthrop se marchara diciéndole:

—¿El jueves entonces, Bowling? Pongamos a las ocho. No podrá haber comida, con este maldito racionamiento, pero en estos tiempos ya nadie la espera.

—Habré cenado.

—¡Espléndido! Jugará al *bridge*, claro.

—Sí y no.

—Ya veremos. Espero que no se aburra. Podemos conversar.

Le dio una calada a la pipa con aquellos labios húmedos, sonrió no demasiado cómodo y se retiró. El humo del tabaco permaneció

flotando en el aire unos momentos, azulado, ascendiendo en círculos hacia el Paraíso.

Bowling estaba sentado, muy serio, observando la habitación. Era bonita, sí, y acogedora, de buen gusto. Por la ventana abierta llegaba el olor a hierba y a alquitrán, así como los agudos chillidos de los niños.

Pero en esa habitación también había cientos de fantasmas.

Fantasmas de hombres y de mujeres y de muchachas que la habían alquilado antes que él: los solitarios, los hambrientos, los desgraciados, las asustadas, los suicidas, las posibles deshonradas, los viles, los tranquilos.

Estaban sus ojos. Ojos que tal vez habían vuelto a los lejanos días del hogar y de la madre y que ahora se clavaban aterrorizados en la cocina de gas, en la pequeña tubería de cobre que iba hasta la llave, y se decían, temerosos de Dios: «¿Me atreveré?».

Tal vez los satisfechos mirasen también, pero ¿quién podía estar satisfecho aquí?

No, el ambiente era posmoderno; se resumía en una palabra: «desazón».

Había huellas de su paso en la pared y en el cabecero del diván. Se habían sentado allí a escribir cartas. «Estimado señor, escribo en respuesta a su anuncio en el *Daily Telegraph* de hoy. Me eduqué en un internado, tengo treinta y ocho años, hablo francés y un poco de alemán. Estoy…».

El señor Bowling se puso en pie de un salto y decidió que no soportaba estar en ese lugar ni un día más. Debió de perder el juicio para acabar allí. Sin embargo, en fin, uno actuaba en cada momento según las circunstancias, su estado de ánimo y sus decisiones, ¿no? Algo te empujaba por detrás y saltabas.

Esta vez saltó al cuarto de baño. Se lavaría para sacarse este lugar de la piel, encontraría un piso amueblado y viviría cómodamente el tiempo que el destino le tuviera reservado. No era probable que

fuese mucho.

Mientras se bañaba, el picaporte de la puerta se movió cuatro veces. El puñetero edificio parecía estar lleno. Alice había dicho que estaba vacío, pero supuso que hasta los prudentes consideraban seguro volver a la ciudad.

Apenas tenía idea de quién vivía en la casa. Había visto entrar y salir a varias mujeres, a un tipo alto y calvo y a otro que llevaba un sombrerito de paja.

Antes de cenar ya había encontrado un piso amueblado bajando la colina, a un trayecto de un penique y medio en autobús. Estaba en un bloque moderno, un poco más lejos que el resto de Addison Road. Se enamoró de él a primera vista, estaba en la quinta planta. Desde allí se veían casitas y jardines, el parque de Shepherd's Bush Green y docenas de *pubs*. Lo habían pintado hacía poco, y las cortinas, las pocas que hacían falta, eran nuevas. Tenía tres habitaciones grandes, una cocina, un cuarto de baño que daba gusto y una terracita para salir a tomar el té. El propietario estaba en Irlanda, en un trabajo de guerra. Los muebles eran amarillos y de aspecto moderno, los armarios y las luces estaban empotrados en la pared, había cristalería, vajilla y ropa de cama de sobra y dos ascensores amarillos que manejabas tú mismo. Estaba tan entusiasmado que lo veía todo y no veía nada. El único inconveniente era que el gerente lo sentía mucho, pero no podría mudarse hasta dentro de una semana porque estaban revisando los desagües. Cuando salió de nuevo a la calle, le apetecía dar un enérgico paseo. Disfrutó de una especie de perversa excursión caminando con paso vigoroso hasta el boquete que había sido su hogar con Ivy: en una pared seguía colgado el espejo frente al cual se había afeitado todos los días y desde donde se giraba para gritar a su mujer: «¡Por los clavos de Cristo, querida!, ¿quieres dejar ya las monsergas? De verdad, Ivy, ¡me estás volviendo loco! ¡Te lo juro!». Habían retirado los escombros del fondo y se veía el agujero, ahora

de tierra, al que Ivy y él habían caído en ese fatídico momento y, aturdido, había pensado que, de toda la gente a la que se le debería permitir morir, iba a ser él el elegido —tal vez con la pobre Ivy como finalista en la carrera—, pero no, una pareja como ellos tuvo que sobrevivir a un impacto directo destinado a matar a los dos tortolitos que vivían arriba. Y ellos tendrían que seguir como siempre, y ella tenía que gritar, seguir con la maldita farsa, y él tuvo que preguntarle con su acostumbrada rabia:

—¿Estás herida?

—¡No!

—Pues entonces deja de chillar.

Y luego le tapó la boca con la mano en medio de la oscuridad y la asfixiante polvareda.

Y luego las sirenas de los coches de bomberos.

Y luego el ruido de las maderas y de los ladrillos que caían, una o dos tejas de pizarra rotas y la sensación de humedad en los pies y en las rodillas, y notó el pobre y desdichado cuerpo de su mujer escurriéndose hasta sus pies, en actitud de súplica; por fin había sido liberada; esa era su libertad.

—¡Te he liberado, Ivy! Mi pobre niña, ya eres libre, ¿eh, querida? Buena suerte. Espero que la próxima vez tengas una oportunidad mejor… Adiós, Ivy, querida.

De pronto las lágrimas le cegaron los ojos. ¿Por qué diantres había ido allí? ¡Ahora iría a casa de Watson!

De repente echó a correr como un loco por la desastrada calle.

—¡Taxi! ¡Taxi!

En el taxi iba recostado en el asiento, rígido como una estaca. Si se hubiera mirado en el espejo, se habría visto la cara pálida y demacrada.

Parecía enfermo.

Sin embargo, consiguió recuperarse un poco y ya volvía a ser él mismo, en apariencia, cuando llamó a la puerta de la señorita Brown y entró a darle la semana de preaviso.

Se sentía como drogado. Se veía hablando con la señorita Brown, que estaba tomando el té con su sombrerito, rodeada de fotografías, cuadros y adornos, y con una enfermera que sonreía y llevaba una bonita cofia azul; oía sus voces, la suya propia y la de las dos mujeres, y el cortacésped fuera y al lechero y un carro tirado por un caballo.

—Esta es mi sobrina, señor Bowling. La señorita Brashier. Trabaja en el Hospital King Charles. ¿Quiere tomarse un té con nosotras? ¡Qué lástima que no tenga tiempo ni para una tacita…! Puede hablar delante de la señorita Brashier; sé que a ti no te importa, Ivy… —¡Ivy!—. ¿Que nos deja, señor Bowling? Vaya, qué disgusto me da. Y también se disgustará el señor Winthrop (siempre está hablando de usted).

—Ya, bueno. Necesito un sitio más grande y…

—Al pobre señor Bowling lo bombardearon, Ivy. Fue muy triste.

—Lo lamento —dijo la voz de la señorita Brashier. Y lo dijo en un tono adecuado si se tiene en cuenta la cantidad de casos similares con los que había tenido que lidiar, así como la cantidad de bombas de acción retardada que había visto caer con un zumbido en los jardines del hospital cuando ella estaba dentro, al otro lado de las ventanas—. ¡Pero esperemos que eso ya haya quedado atrás! Dicen que ahora nuestras defensas antiaéreas son maravillosas.

Bowling subió a su habitación, se olvidó por completo de la cena y del alcohol y estuvo un buen rato sentado al piano, tocando con suavidad unas piezas de Brahms. Fuera se fue haciendo de noche.

Los pasos del señor Winthrop empezaron a subir desde la planta baja. Bowling los oyó detenerse en su puerta, vacilantes. Pero nadie llamó. Los pasos se reanudaron y siguieron subiendo por la serpenteante escalera hacia la ruidosa cisterna.

El señor Bowling saltó hasta la puerta como un gato y la abrió muy despacio.

El señor Winthrop buscó a tientas el interruptor de la luz en lo alto de la estrecha escalera e intentó no hacer ruido para no despertar a la señorita Hull, una nueva inquilina de su planta. Sabía que se iba a la cama temprano y que se molestaba si ponían la radio demasiado alta.

Creyó oír un ruido detrás de él y se detuvo.

Luego le pareció que alguien respiraba a su espalda.

Acto seguido notó el desagradable roce de una mano que lo cogía por detrás y le tapaba la nariz y la boca. Ya había encontrado el interruptor, pero lo dejó a toda prisa para tirar de esa mano peluda que lo sujetaba en un yugo asfixiante. Un ladrón, pensó de inmediato, y no le importó en absoluto si robaba mucho o poco, siempre que lo dejara respirar. Tiraba de él hacia atrás, como si quisiera hacerle dar una lenta voltereta; sintió otra mano en el pecho y supuso que buscaba su cartera.

Entonces empezó a sacudirse y a retorcerse. Aquello ya pasaba de castaño oscuro, iban a estallarle los pulmones. El intruso tenía una fuerza desmesurada. Winthrop intentaba girarse y retorcerse, tirar de él y empujarlo, se golpeaba contra la barandilla y contra la pared y poco a poco fue doblándose sobre sí mismo, como si le cargaran un gran peso en los hombros, y con la cabeza —que ya le daba vueltas— mirando escaleras abajo. Pataleaba, pero parecía que daba patadas al aire. Se escurrieron los dos un par de escalones.

En ese momento pensó que, después de todo, aquello no podía ser un simple robo. Era algo muy diferente. Los pulmones estaban a punto de reventarle y ya no tenía fuerza en las manos para tirar de aquellas otras que, despiadadas, habían empezado a nublarle los sentidos. Rezó. Una sola bocanada de aire y gritaría de tal forma

que despertaría incluso a los muertos.

Pero no había aire, sino tan solo un silencio negro y asfixiante y el ruido de un espantoso resuello que envidiaba.

El señor Winthrop supo entonces que iba a morir y dijo para sus adentros: «Vera, querida, tienes que perdonarme. Me he comportado muy mal contigo, lo sé, pero ahora estoy pagando por ello. Ojalá pudiera terminar la carta que había empezado a escribirte y que está ahora mismo sobre mi mesa. Por favor, créeme…».

Sus pensamientos se rompieron y se desintegraron en miles de fragmentos. Solo quedaba Vera, que fue buena con él hasta el final, como siempre había sido. Sentía un dolor agudo y punzante: estaba en el fondo del mar, aunque seco, y el peso del océano le impedía subir a la superficie y respirar de nuevo el precioso aire del Señor y oler el humo de los cañones que lo impregnaba. Enseguida acabaría todo, la cabeza le explotaría y podría hundirse más y más y más; podría descansar.

Su cuerpo empezó a destensarse.

Al notar cómo cedía, el señor Bowling sintió un gran alivio. No quería que el pobre tipo sufriera demasiado. El cuerpo del señor Winthrop se quedó flácido y se escurrieron los dos en la oscuridad un par de escalones más.

De pronto, en algún sitio, se abrió una puerta. Hubo una larga pausa y se imaginó que había alguien escuchando. Esperó, intentando no hacer ruido, pero con la respiración agitada.

Luego la puerta volvió a cerrarse despacio.

Puso la mano en el pecho de Winthrop: el corazón no latía. Se levantó. Lo dejó allí, tirado bocabajo. Bajó las escaleras y regresó a su habitación. Al acercarse a la puerta, le sobresaltó ver que dentro había luz. La había dejado apagada y no había tapado las ventanas. La policía llegaría en cualquier momento.

Entró a toda prisa y se detuvo en seco.

—¡Hola! —dijo una joven—. He tapado las ventanas. Pareces

acalorado; ¿estabas dándote un baño?

La chica sonrió y se sentó.

Bowling sacó su pañuelo y se enjugó la cara. Encendió un pitillo y repuso bastante calmado:

—Creía que te habías mudado.

Ella soltó una risita y dijo algo de que volvía a vivir en la habitación de al lado y que era como su hogar. La pobre boba se puso muy seria de repente con todo aquello, diciendo alguna tontería como que aquello era amor y que ella no se había dado cuenta hasta que se fue. Al encenderse el cigarrillo, Bowling se fijó en que tenía el dorso de la mano lleno de arañazos, como si lo hubiera atacado la gata. Acto seguido pensó: «Esta vez sí, encontrarán restos de piel debajo de sus uñas». Sintió la emoción de la caza. Bien podía hacerlos sudar un poco.

—No tendrás yodo, ¿verdad, Joan? La maldita gata.

La joven bajó corriendo al armario del baño y regresó. La casa estaba tan silenciosa como un cementerio. El señor Winthrop yacía donde lo había dejado, solo en la oscuridad, esperando a la primera persona que subiera o bajara por esa escalera. Podría ser la señorita Hull si bajaba al retrete en mitad de la noche o la señorita Brown haciendo una de sus rondas nocturnas o, lo más probable, la pobre Alice a primera hora de la mañana.

Bowling extendió la mano izquierda.

—No podías estar bañándote —observó Joan—; no había humedad en el cuarto de baño. ¿Por qué venías tan acalorado? Ay, pero cómo tienes la mano, Bill, qué arañazo tan feo. ¿Dónde se ha metido esa gata, cariño?

Le ponía el yodo y parloteaba, sin esperar nunca una respuesta. Bowling pensó: «No tendría que haberme molestado en lo del piso».

Y sacó el *whisky*.

Capítulo VII

—Toma —le dijo a la joven—. Y luego vete a la cama. Sé una chica razonable, estoy cansado.

Pero no, estaba decidida a quedarse. Apenas la había visto unas cuantas veces cuando se alojaba en la habitación de al lado. Se cruzaban cuando él llegaba y ella salía de su cuarto, o en el cuartito del teléfono. La segunda vez lo invitó a pasar a tomar un jerez, y por supuesto él le devolvió la invitación otra noche y le ofreció una copa de oporto. En esa ocasión se había puesto un poco pesada, y dos o tres días después también. Pero él había aguantado el tipo con cordialidad y la había despachado.

Ahora nada iba a moverla de allí. Se comportaba como una cría, se quitó la bata azul que llevaba y saltó a la cama, que era roja. Soltó una risita y se sentó, abrazándose las rodillas, mientras lo miraba inquisitiva.

—No —dijo Bowling en tono amistoso.

—¡Oh, Bill! —protestó ella. Luego alargó un brazo, delgado y blanco, y apagó una de las dos luces.

Se tumbó y se acurrucó. Tenía el cabello rubio y rizado y le caía como una lluvia de oro sobre la almohada. Pero no había nada más, pensó Bowling, ni corazón ni cerebro, solo un cuerpo bastante soso que probablemente necesitaría un baño. Llevaba un pijama bastante bonito, eso sí; quizá era lo único.

Y, sin embargo, no era desagradable tenerla allí en ese preciso momento; cada vez le ponía más nervioso la soledad. Aunque se había acostumbrado a ella, había llegado a convertirse en una

sensación casi física cuando lo invadía. Enseguida lo empujaba con Queenie, o a la calle, o a los *pubs* abarrotados donde la gente gritaba y escupía. Ella también se sentía sola; ese era su problema, como el de la mayoría de la gente de un modo u otro; o eras Joan, y estabas muy sola, o eras el rey Carlos y eras el hombre más solo del mundo. O estabas atrapado en Berchtesgaden, anhelando una cafetería con terraza en la calle y un solo amigo de verdad con el que hablar (ni siquiera podías hablar con Dios).

Tuvieron una pequeña riña. Ella tenía los dedos largos y afilados y toda clase de ideas y promesas. Pero él se levantó y empezó a preparar una silla a los pies del sillón.

—Así dormía en el puesto de ambulancias —le explicó—. Bien puedo volver a hacerlo. Y allí solo tenía una silla de playa.

Después de apagar las luces y destapar la ventana para que entrase algo de aire, Bowling se acomodó. Hacía un calor sofocante. Joan empezó a imitar el ruido de un búho que se oía fuera. Él se recostó y se puso a hacer lo mismo. Era ridículo. El pobre Winthrop muerto y cabeza abajo allí en las escaleras y ellos dos riéndose y sin parar de hacer: «¡Uu-uuu-uu! ¡Uu-uuu-uu!».

—Sigo trabajando en Smith's —parloteaba la chica—. ¿Lees mucho últimamente?

—Dejé de leer cuando estaba casado —repuso Bowling con los ojos cerrados—. Mi querida y desencaminada esposa creía que los libros solo servían para acumular polvo. Tendré que empezar de nuevo. Tal vez sea eso lo que me pasa.

—A ti no te pasa nada.

—¿Estoy loco?

—¡Loco! ¿Tú?

—¿Lo estoy?

La voz de Joan tenía un tono juvenil y musical. Puede que tuviera

algo de sangre irlandesa.

—¿Loco? Yo diría que eres la persona más cuerda que conozco. Y la mejor —añadió muy seria—. ¿Sabes qué creo que te pasa, Bill? Que estás demasiado solo. ¿Por qué no te casas conmigo? Así volverías a tener un hogar. Eres de esa clase de hombres que se encuentran perdidos, a menos que tengan un hogar y unos cuantos niños. Serías un padre maravilloso.

Él se echó a reír, soñador.

—¡La familia ha levantado esta nación! ¡Cierto! Y probablemente volverá a levantarla cuando esta guerra haya terminado de reducirla a cenizas… Pero mucho me temo que no para mí.

—Sí, «temes», ¿por qué tienes miedo? ¡Sería la clave de tu felicidad!

—Joan, querida, ¿se te ha ocurrido pensar que, para eso, uno primero tiene que amar… y ser amado?

La joven saltó de la cama, se arrodilló a sus pies y lo rodeó con aquellos brazos largos y blancos. En la oscuridad, Bowling se imaginaba su cara redonda alzada hacia él y sus pechos alargados, que recordaba haber visto al aire en una ocasión anterior, y siguió escuchándola distraído.

—¿No lo ves, Bill? ¿No ves que yo te amo, de verdad, y que podría hacerte feliz, que la vida podría ser plena, en lugar de vacía, y que merecería la pena vivirla?

Era inútil. Él le dijo que lo volvería loco en una semana. Un matrimonio se construía sobre algo más profundo y más sólido que lo que ellos podían darse. Además, hacía falta dinero. Antes no lo creía, pero vaya si ahora estaba convencido. Ella empezó a dar rodeos diciéndole que toda su familia había muerto y que lo único que le quedaba era su trabajo en Smith’s. Creía que alguien debería escribir un libro sobre «la gente como nosotros», y él le aseguró que se habían escrito cientos y que se escribirían otros cientos, «así que métete en la cama y duérmete. Sé buena. Estoy cansado».

—¡Yo podría escribir un libro sobre mi vida, Bill! ¡En serio! Cuando veo algunas de las cosas que se publican…

—Cállate. A dormir.

—No, a menos que vengas conmigo a la cama.

—¿Por qué no vuelves a tu habitación?

—Es deprimente y horrenda y la odio. Quiero quedarme contigo. —Se sentó en silencio un momento y luego siguió—: Supongo que tendrás muchas aventuras. Claro que sí.

—No creo en las aventuras, como tú las llamas.

Joan lo había cogido de una mano y estaba intentando levantarlo del sillón. Sin ningún esfuerzo, él tiró de ella hacia abajo y se imaginó que era el pobre Winthrop.

Se echó a reír y enseguida la soltó.

—¡No, Bill! —protestó la chica con una risita—. ¡Casi no podía respirar! Qué manazas tienes, ¡parecen de acero! Venga, querido, a la cama. —Y tiró otra vez de él.

Al fin, Bowling cedió.

—Bueno, me rindo, como de costumbre, pero nada de tonterías.

Enseguida la tuvo acurrucada en el hueco del brazo izquierdo, cubriéndole la cara de oro. Pensativo, se liberó de esa mata de pelo, buscó las manos de la chica y se las sujetó con fuerza.

—Ahora cállate y a dormir.

—¡Pero Bill…!

—Eres un maldito incordio —le dijo él de buen humor—. Nunca conseguirás marido con una táctica tan empalagosa. Deberías aprender a ser fría y distante.

—Ese método es peligroso —repuso la otra con interés—. Demasiados hombres se lo toman en serio.

—Tú inténtalo. Dale una oportunidad. Te prometo que dentro de seis meses estarás casada.

—¡Ojalá estuviera casada!

Se oía el tictac del reloj.

El Big Ben dio las doce campanadas de medianoche.

Bowling pensaba: «Esta vez se sabrá que hay algo turbio. Está muy claro. Scotland Yard se hará cargo del caso. Interrogarán a toda la casa. Si digo que he pasado la noche aquí, con Joan, la dejaré en mal lugar. ¿Se me habrá caído algo junto al cuerpo? Un botón, un hilo… Tonterías como esas te mandan a la horca, ¿no? Y además está lo de sus uñas y los arañazos que tengo en la mano, con yodo, y Joan ha llegado y ha dicho: "Pareces acalorado, ¿estabas bañándote?". No, porque no había vapor en el cuarto de baño. Ha sido la gata».

¿Dónde estaría la gata esa noche? Lo mismo la habían atropellado dos días antes.

Ya se veía sentado en el banco de los acusados. Bien arreglado. Los caricaturistas aprovecharían la ocasión mientras se decidía su destino. Los reporteros escribirían: «Su refinado acento y su aspecto de hombre culto han impresionado sin duda al jurado y al tribunal. Sus encantadores modales y su aparente sinceridad, junto con la ausencia de motivos para el crimen, hacen de este uno de los juicios más interesantes y espectaculares hasta la fecha. La señorita Brown, en el estrado, ha dicho que jamás había conocido a nadie tan agradable y…».

Pero daría igual. Tenían su piel bajo las uñas del difunto, a la joven Joan, los arañazos y el yodo, la gata a la que habían atropellado el día anterior al suceso…

Sin disimular las lágrimas que le corrían por las mejillas, el presidente del jurado lo sentenciaba, en efecto, a muerte. Las pruebas eran concluyentes. El juez lo condenaba, pues, a morir en la horca: debían llevarlo de vuelta a prisión y de allí al lugar designado para la ejecución. Los letreros del *Evening Standard* proclamarían: «¡Señorito asesino, a la horca!».

¿Y qué significaba eso? Bueno, ¡significaba la felicidad! Significaba, de hecho, libertad.

—Lo hice por la libertad —se atrevería a decirle a Queenie, tal vez, cuando fuera a hacerle la última visita—. Por mi propia libertad.

Y acabaría con una triste y lánguida carcajada. Ella lo miraría desde el otro extremo de la larga mesa con ojos amables y angustiados.

—¡Oh, Bill…!

¡Pobre Queenie!

Los celadores serían tipos muy decentes. Jugarían al *whist* y al ajedrez y se darían cuenta de que él estaba por encima del típico asesino, no en el fondo, pero sí en las formas. Puede que incluso le dejaran cerrar la puerta del baño y le confiaran una cuchilla de afeitar o su corbata de la escuela.

—Es un tipo honrado —dirían—. ¡Que me aspen si de verdad fue él!

El capellán estaría fantástico. Iría para interceder por él ante Dios.

—Quiero que quede en paz con el Señor —le diría emocionado—. ¿Puedo darle la mano, Bowling?

Y él contestaría:

—Claro, ¡eso mismo quiero yo, amigo! —Y le estrecharía la mano sin reservas—. ¡Eso es justo lo que quiero! ¡De eso se trataba! —Y se hundiría en el catre de su celda, con la cabeza entre las manos, y lo diría muy en serio, igual que se había sentado tantos días y noches infelices en tantas camas destartaladas de Londres pensando en ello y diciéndolo en serio e intentando descifrar el misterio—. Y luego bombardearon mi casa —seguiría diciéndole al clérigo—, pero ¡ni siquiera entonces Dios me quiso! Y decidí que haría que me quisiera. ¿Lo entiende?

Y, si por casualidad no lo entendía, al menos vería su sinceridad y su angustia.

Y luego, al fin, la última escena de todas. Una soga y un apretón

de manos y un breve sufrimiento. Estaría de pie, erguido, sobre la plataforma cuadrada de madera.

¿Qué era un dolor tan breve como aquel, eh, Winthrop, Watson, amigos? ¿Ivy? ¿Qué era eso comparado con todo el sufrimiento de este mundo, los horrores de la paz y de la guerra, sobre todo, de la paz?

Y luego cara a cara con el mismísimo Creador.

Una mano inmensa, la suya, hecha de vello y acero, señalando desafiante, y suplicante al mismo tiempo, a Dios, que tenía el poder sobre todos nosotros.

—¿Que qué tengo que decir? ¿Qué no? ¿Qué hace falta decir? ¡Tú lo sabes todo!

Y su expresión cambiaría como las sombras sobre la pared de un verano que se agota, verde, amarillo, rojo, como un semáforo: para, continúa, para.

El sonido de un trueno, como el que había retumbado tras la crucifixión. Un estruendo tremebundo.

Se despertó dando un grito, sobresaltado, y se sentó muy tieso.

Alguien estaba aporreando la puerta.

La primera luz de la mañana se filtraba difusa por la ventana.

Alice entró corriendo.

«Esta noche estarás conmigo en el Paraíso», habían sido las veladas y neblinosas palabras que atormentaban su cerebro mientras dormía, y recordaba a un clérigo que le decía que esas palabras en realidad solo significaban que Barrabás estaría con Cristo esa noche en concreto, y no lo que te enseñaban en la escuela; a saber, que el pecador Barrabás había conseguido, con su pecado, lo que Cristo había conseguido con su sufrimiento y bondad: ascender al cielo. «Solo esa noche», mientras que Cristo gozaría de la gloria absoluta. Era interesante, y su cerebro quería que siguiese soñando, pero el

trueno y el pánico irrumpieron como hombres con un ariete golpeando las puertas del infierno para que se abrieran delante de él.

Alice tenía la cara salpicada de ronchas blancas. Parecía como si primero se hubiera quedado pálida y luego se hubiese sofocado debido a un intenso arrebato. Los labios, resecos, le temblaban y aquellos ojos bovinos parecían a punto de salírsele de las órbitas por el miedo.

Aun en tal estado de pánico, sin embargo, la mujer distinguió los mechones de cabello rubio que él intentaba ocultar bajo las sábanas y Bowling vio el nubarrón de celos que le cruzó el rostro como una sombra de escarnio mientras, con la otra mano, sujetaba a Joan para que no se levantase, pero la chica se revolvió y preguntó con voz ahogada:

—¿Qué es ese jaleo…? ¿Bill?

La rabia y los celos desaparecieron del rostro de Alice para dar paso a un espasmo de indignación y repugnancia y entonces volvió a su ser.

—Señor Bowling, ¿podría acompañarme? Ha ocurrido algo espantoso… ¡El señor Winthrop…! —Se cubrió parte de la boca con un pañuelo para contener el torrente de lágrimas que esperaba obediente su turno.

Alice siempre lloraba cuando alguien moría y, si parecía una muerte sospechosa, tenía que mostrarse así de asustada. El reloj de abajo empezó a dar las siete. De alguna parte, a través de una pared, llegó una voz familiar que anunciaba las noticias y quién las iba a dar.

Costó bastante hacerse con Winthrop. Estaba tirado cabeza abajo en las estrechas escaleras y con los brazos extendidos en un ángulo absurdo, como si declamase en sueños algún fragmento de

Shakespeare. Alice tenía miedo de tocar lo que ella llamaba «su desdichado cuerpo» y parecía que ver la cara de Winthrop fuese a hacerla vomitar. La señorita Hull oyó el alboroto que estaban montando y salió de su habitación, envuelta en una especie de turbante, con un aspecto bastante demacrado: los ojos hinchados y ese olor como a vinagre de la loción que le gustaba echarse en el pelo canoso. Tampoco quería tocar a Winthrop, y Bowling tuvo que bajar a buscar a un tipo, un tal señor Gunter según Alice, que se alojaba en la segunda planta. Llamó a su puerta y una voz asustada y somnolienta contestó: «¿Sí?», tan sorprendida como si jamás hubiera ido nadie a verlo y solo pudiera ser la policía. El señor Bowling entró y tuvo tiempo de ver que el señor Gunter dormía sin pijama y sin la dentadura. Tardaría un poco, así que se quedó allí de pie, esperando, mientras el cuerpo anaranjado del señor Gunter se iba cubriendo con unos pantalones de rayas y una chaqueta marrón y mientras rescataba sus dientes de lo que parecía un vaso con solución salina. Bowling le dijo que sentía muchísimo molestarlo, pero que el pobre tipo del piso de arriba la había espichado y se había caído por las escaleras, o algo así.

El señor Gunter se tapó aquellos extraños pezones con la chaqueta marrón y lo miró muerto de miedo. Bowling se preguntó si lo que le asustaba sería que lo hubieran visto sin ropa o que alguien supiese que no tenía pijama o el hecho de oír que alguien había muerto.

—¡Vaya! —repetía una y otra vez mientras se abrochaba los botones—. ¡Por Dios, qué espanto…!

—Yo no puedo moverlo solo, y las mujeres están nerviosas.

—¡Caray! Muerto, ¿eh?

Subieron juntos, el señor Gunter con la boca medio abierta y el rostro medio pálido. Seguía repitiendo:

—¿Y dice que de verdad ha muerto?

—Venga, vamos —dijo Bowling.

Llevaron a Winthrop a su habitación y lo pusieron sobre la cama.

Seguía teniendo los brazos en aquella grotesca postura y la cabeza torcida en un ángulo forzado. Las piernas se le habían doblado hacia dentro y tenía una mancha ahí abajo.

Sobre el escritorio, el señor Bowling vio una carta inconclusa.

> Querida Vera:
> No sabía bien cómo contestar a tu última carta y he decidido dividir mi respuesta en dos partes. En primer lugar, mi querida Vera, quiero explicarte mi…

«Santo cielo —pensó apenado el señor Bowling—, ¡qué carta tan tediosa habría sido!».

Con voz triste musitó:

—Será mejor que baje a avisar a la señorita Brown. Y tendríamos que llamar a un médico. Es una mera formalidad, desde luego, pero hay que hacerlo.

Y salió de la habitación.

Alice, la señorita Hull y el señor Gunter se quedaron, como en un corrito, mirando el cadáver sobre la cama. Alice ya sollozaba sin freno y decía que siempre le había tenido un gran aprecio, lo que era la clase de tontería que se esperaba que dijera en aquellas circunstancias.

La señorita Brown despertó de un agradable sueño con jazmines amarillos floreciendo en el muro del jardín de su casa, y su querido padre sentado allí en su hamaca fumando un cigarrillo turco, y oyó la grata y educada voz de aquel encantador señor Bowling que le decía con mucho tacto y en tono de disculpa:

—Siento muchísimo importunarla, señorita Brown. ¿Estaba despierta? Me temo que el pobre Winthrop ha fallecido esta noche…

Bowling estaba de pie frente a la sartén y se percató de que lo

inundaba una especie de emoción. En el fondo lo lamentó porque no le parecía cortés disfrutar de una sensación así a costa del pobre Winthrop, pero qué demonios, pensó, uno no podía evitar los sentimientos que nacían del subconsciente.

Era la emoción de la caza. La cacería había empezado y, si el final era tan grave como se imaginaba y esperaba, tal vez tenía derecho a sentir esa exaltación mientras durase.

Se oían voces extrañas en la casa y unos pasos desconocidos habían subido las escaleras. Joan había entrado dos veces en la habitación de Bowling para susurrarle casi con pánico que se temía que la vieja Alice podía haberla visto en la cama con él y, como todo se lo soplaba a la señorita Brown, estaba muy preocupada.

—Preocupada ¿por qué? —le preguntó él, distraído, y le dio la vuelta a la loncha de tocino.

—¡Porque me echará! —exclamó enfadada la joven. Luego volvió a irse.

Alice fue tres veces a decirle ¿no es horroroso? y a decirle que el doctor Gilestone estaba allí y a decirle que el doctor Gilestone se había ido y a decirle que no había hecho ni el más mínimo comentario sobre la causa de la muerte, pero que había estado muy serio.

La señorita Brown pasó, con su sombrerito puesto, para decirle cuantísimo sentía que la vida de sus inquilinos se hubiera visto alterada de aquella forma y que esperaba que la señorita Hull no dejara la casa, porque estaba bastante pálida.

Bowling movía pensativo el bacon. Su cocina era una especie de armario con cuatro estantes en lo alto y un fogón a media altura, en precario equilibrio sobre una neverita. Lo tenía todo por pares: tazas, platos, jarras para la leche, cuencos, cucharas, tenedores y cuchillos, y la sartén solía estar colgada de un clavo, como ahora lo estaba el cazo. El denso humo del tocino cargaba la habitación y salía por la ventana. Por lo general, comía de pie porque para

hacerlo sentado tenía que acercarse a la mesita redonda que estaba en la otra punta de la habitación y que tenía la mala costumbre de desarmarse, y entonces tenías que empezar otra vez desde el principio. Y, cuando no se caía, pues te habías olvidado de algo y tenías que volver a cruzar toda la habitación para coger lo que quiera que fuese.

En otro rincón había un biombo marrón detrás del cual podías lavarte con agua corriente, aunque era imposible afeitarse porque el espejo estaba demasiado bajo y acababas con lumbago. Además, tenía una especie de pátina marrón en la superficie y estaba colgado de tal forma que cualquiera de las luces te daba de lleno en la nuca y lo oscurecía todo.

Estaba allí de pie, comiendo, y decidió:

—Hoy me afeitaré en el baño. Condenado espejo.

Y se preguntó cómo se afeitaría uno en prisión. ¿Lo mandarían a la cárcel de Scrubs, o dónde iban ahora los delincuentes? ¿A Pentonville?

Con un suspiro, pensó: «¡Cuanto antes acabe esto, mejor!».

Luego se quedó muy quieto, escuchando.

Capítulo VIII

Estaba fregando los platos cuando llamaron a la puerta.

Enseguida fue a abrir, sin soltar siquiera el trapo de cocina con la raya roja ni la taza blanca y con la típica expresión de angustia e inquietud de «¿Cómo está el enfermo?» o algo similar y, al ver allí al agente de policía —aunque vestido de paisano, tenía todo el aspecto de ser policía—, lo miró con cara de «Me temía lo peor. Lo siento mucho».

—Hola, amigo —dijo en voz tan baja como si estuviera en un funeral.

La expresión del policía cambió a los dos segundos de ver al señor Bowling. Parecía estar pensando: «Ah, un caballero».

—Buenos días, señor —contestó como en tono de disculpa.

Bowling, muy serio, lo invitó a entrar.

—Gracias, señor. Se trata del desafortunado incidente de arriba, ya sabe…

—Claro, claro.

—El caso es que el médico no quiere firmar aún el certificado de defunción y, como se va a hacer una autopsia, tenemos que hacer unas preguntas.

El señor Bowling lo miró con gesto grave e indignado y el policía se presentó y le mostró la fotografía de su identificación, que parecía un pasaporte. Una fotografía, pensó Bowling, en exceso halagadora, y se sintió obligado a decirlo. Se rio.

—Sé que no es momento para hacer bromas —añadió mientras la risa se apagaba—, pero me ha impresionado.

El policía se rio en silencio. Aparentaba unos veintiún años, pero debía de tener más.

Le explicó que solo necesitaba saber quién estuvo en la casa esa noche y cosas así. El señor Bowling dijo que lo entendía perfectamente y que él estuvo allí toda la tarde y toda la noche. Preguntó por qué el médico no quería firmar el certificado de defunción y el otro repuso que al señor Winthrop lo habían asfixiado.

—¿Asfixiado?

—Nos preguntamos si pudo entrar algún extraño. O si el finado tenía enemigos.

—Me resulta imposible creer que tuviera enemigos.

—Dicen que era un hombre agradable e interesante.

—Un buen tipo.

—¿Amigo suyo, señor?

El señor Bowling dijo que Winthrop solía ir a su cuarto a charlar y que, de hecho, había estado allí ayer por la mañana para invitarlo a jugar al *bridge* el próximo jueves y que él había aceptado.

Cuando el agente se fue a interrogar a algún otro, Joan volvió a colarse en la habitación con una absurda perorata sobre si la policía pensaba que ella había asesinado al señor Winthrop.

—¿Tú?

La chica estaba asustada.

—Bueno, creen que ha sido un asesinato. Yo diría que ha tenido que ser un ladrón o algo así. No me imagino al señor Gunter haciéndolo, ni a nadie que viva aquí. Y Alice dice que creen que lo mataron anoche sobre las once, justo cuando yo entré en tu habitación y tú estabas… O yo creí que estabas bañándote. —Se quedó mirándolo, como atontada—. ¿Dónde estabas?

—Paseando —repuso Bowling, que estalló en carcajadas.

Joan, acelerada, continuó poniéndolo al día:

—Así que, por si pensaban que fui yo, he dicho que estuve aquí contigo toda la tarde y que me quedé toda la noche. Me da igual si la señorita Brown se escandaliza. No creo que ella sea virgen tampoco.

Y volvió a marcharse con cara de preocupación.

A él se le cayó la suya hasta el suelo.

Cuando el agente volvió y le dijo:

—Tengo que preguntarle si estuvo usted solo ayer, señor, por la tarde y por la noche. Siento mucho…

Bowling respondió cortante:

—¿Y por qué no iba a estar solo?

Pero el tipo, de pronto, le guiñó un ojo.

—Lo cierto, señor, es que Alice la vio entrar aquí. ¡Aunque no está segura de la hora!

Otro guiño y se marchó.

El señor Bowling se sentó y se quedó mirando al frente, al vacío, mientras lo invadía la rabia.

¿Alice? ¿Merodeando por la casa de noche y vigilando sus movimientos? Bueno, ¿y qué más podría haber visto? Habría una discrepancia de unos cuatro minutos, ¿o más?

Tenía sentimientos encontrados: primero creía que la policía nunca sospecharía de él y se sentía satisfecho y superior; un segundo después estaba seguro de que Alice lo delataría, de que lo había visto todo… y se sentía resignado y abatido.

Allí sentado, esperó.

Había empezado a llover. Era una agradable lluvia de verano que hacía caer las primeras hojas marrones de los árboles. Silbaba somnolienta sobre la calle asfaltada allí fuera.

No pasó nada más y la casa parecía tranquila.

Alice volvió por la tarde. Tenía la cara congestionada por el llanto, y

los ojos, ya de por sí hinchados, como dos empanadas de Cornualles. Le llevaba el té, y Bowling pensó: «Ahora me enteraré. ¿Cuándo vienen a por mí?».

Pero la mujer, con un mohín, le dijo:

—Espero que esté avergonzado, señor Bowling. ¡Enredarse con una fresca como esa! La vi colarse en su habitación anoche, cuando estaba corriendo las cortinas en el descansillo de abajo. Jamás pensé que se enredaría usted con una fresca como esa, señor. —Sonaba medio a queja, medio a burla—. ¡Y luego vengo esta mañana y la veo en su cama…!

Apartó la cara e hizo un puchero.

Bowling removió el té con desgana y pensó, agotado: «Si esta mula no deja el tema, creo que voy a vomitar».

—¿No me oye, señor Bowling? —insistía ella con el tono severo de una madre.

Él sonrió, cordial.

—¿Qué opina la policía? —le preguntó—. Uno no se tropieza con un asesinato todos los días.

Aquella palabra la hizo volver en sí y sacó otra vez el pañuelo.

—«Asesinato» —repitió llena de horror—. Solo de pensarlo…

Bowling sonrió satisfecho.

—Santo cielo, Alice, ¿a qué viene tanto alboroto? «Asesinato» es un término muy sobrevalorado. La culpa la tiene la ficción. No nos retorcemos de pavor cuando oímos que han asesinado a un rey: lo llamamos «atentado» y seguimos desayunando. Pero si don Fulanito le rompe la crisma a doña Fulanita, probablemente porque se lo ha ganado a pulso, ¡lo llamamos «asesinato» y vamos corriendo a echar un vistazo a su miserable choza! ¿Qué es lo que nos pasa? Si han asesinado a Winthrop, me atrevería a decir que habrá una buena razón para ello, de algún modo. En este mismo momento están asesinando a gente por todo el mundo de una forma repugnante y en general brutal, pero ¿podemos esperar que haya un plan más

grande detrás de todo eso? ¿Entiende lo que quiero decir?

Alice mordisqueaba el pañuelo y dijo, un tanto tímida, que le parecía un comentario muy insensible el que había hecho del pobre señor Winthrop. Sería una broma.

—¿Insensible? ¡Pero si hace dos días, Alice, me decía usted que era el mayor pelmazo que había conocido! Si alguien lo ha asfixiado, le han hecho un buen favor. ¡A lo mejor hasta lo ha asfixiado usted misma!

La mujer levantó las manos y exclamó:

—¡Oh, vamos, señor Bowling! ¿Cómo puede decir eso? —Y le salieron ronchas en la cara.

Él pensaba: «Ese policía tiene que ser tan memo como el médico que examinó a Watson. ¿Qué le pasa a la gente?».

Muy despacio y en voz baja, le dijo a Alice:

—¿Puedo confesarle una cosa?

A ella se le iluminó la cara.

—¿Confesarme una cosa a mí? —repuso esperanzada.

Bowling se inclinó hacia delante.

—Fui yo quien asfixió a Winthrop —musitó—. Estaba aquí y oí que se paraba junto a mi puerta. No entró y lo oí subir las escaleras hacia su cuarto. Lo seguí con sigilo, Alice, y, justo cuando llegaba al último escalón, me abalancé sobre él. Le tapé la nariz y la boca con una mano, lo arrastré hacia abajo y lo sujeté, mientras pataleaba, hasta que supe que estaba muerto.

La mujer se sonrojó, maternal.

—¡Ay, señor, de verdad…!

—Y en ese momento usted estaba allí, en el descansillo, ¡corriendo las cortinas! Vamos, vaya y traiga de nuevo a la policía. —Cuando terminó, se quedó mirando con amargura el pan con mantequilla.

Ella se echó a reír, una risa tímida, y volvió a levantar las manos y a repetir:

—¡Ay, señor, de verdad…!

—¡De verdad!

—No, señor Bowling, usted…

—¡Es cierto, se lo estoy diciendo! ¡Vaya a buscar a la policía! —exclamó él enfadado.

Alice insistió:

—Vamos, vamos, ¿cómo se le ocurre, señor Bowling?, de veras.

Y dijo que al señor Winthrop se lo habían llevado al depósito, o al menos su pobre cuerpo mortal, y que, cuando lo hubieran abierto, la policía sabría algo más al respecto. Tal vez hubo un forcejeo: parecía tener la nariz y la boca magulladas, y la señorita Brown estaba comprobando las llaves para ver si faltaba alguna que hubiera podido robar el asesino. Dijo que el hermano del señor Winthrop llegaría mañana, que acababa de enviar un telegrama desde Skegness, y que su esposa vendría hoy mismo si le daban permiso en la ENSA. Y por último dijo que el joven agente le había confiado que él no pensaba que fuese un asesinato en absoluto y que, a menudo, la policía discrepaba de los médicos.

—Y, entonces, ¿qué cree que ha pasado?

—Cree que le dio un síncope, se cayó por las escaleras y se golpeó la nariz. La sangre se le acumuló en la cabeza, claro, al estar en esa posición, y entonces le falló el corazón. Al fin y al cabo, que se sepa, no han robado nada.

—Entiendo —repuso el señor Bowling en voz baja.

Y de pronto cayó en que nadie, ni una sola alma, había reparado en los arañazos.

Se sacó la mano del bolsillo y Alice exclamó de inmediato:

—¡Esta Moggie! A mí me arañó igual, anoche, y en el mismo sitio… ¡Mire!

Bowling miró y pensó: «¡Ahora sí que voy a vomitar!».

… Cuando la autopsia y la instrucción llegaron a un dictamen no concluyente, y cuando después no pasó nada en absoluto, empezó a sentirse más inquieto y amargado. Pensaba: «Es absurdo. Cualquier

otro que cometa un asesinato pasa las de Caín temiendo que lo detengan ¡y yo estoy en un sinvivir porque temo que no lo hagan!». Tenía su parte cómica y, a veces, se paraba en medio de la calle, con ese buen color que le daban el sol y la salud, y rompía a reír. «¡Que me aspen! —se decía risueño—. En fin, yo ya no sé… ¿Y en los Estados Unidos creen que nuestra Policía es una maravilla? ¿Qué tengo que hacer, ir a una comisaría y cargarme al sargento allí mismo o qué?». O estaba en el parque mirando el paisaje, con las manos en los bolsillos del pantalón, y estallaba en carcajadas. «¡Diantres!». Observaba a los niños, los barquitos de vela y el palacio y paseaba por el jardín artificial. Luego, con un humor muy distinto, y bastante frecuente en realidad, deambulaba por Notting Hill Gate y por Ladbroke Grove, se tomaba una o dos en el Mitre y subía hasta la iglesia de St. John, se arrodillaba frente al altar y suplicaba con lágrimas sinceras en los ojos: «Señor, ¿por qué no me quieres contigo?». Tenía rachas en las que se emborrachaba toda la semana, a mediodía y por la noche, y luego no probaba ni una gota durante quince días. Estaba «recuperándose», le decía a Queenie a veces cuando se veían. «¿Qué? ¡Ja, ja! Pasa un tiempo sin beber y te pegará más fuerte cuando vuelvas a hacerlo». En esos días ella siempre le decía: «Ah, Bill, casi se me olvida, quiero que conozcas a una chica estupenda que te he buscado. ¡Sé que te va a encantar!». Queenie le hacía reír. Y aquellas chicas le gustaban, sí, pero no había sentimiento. Por alguna razón, pensaba, el escollo de su vida era verse privado de amor, y con amor se refería al amor verdadero y correspondido, no a meterse en la cama. Pero, en fin, cada uno tenía lo suyo. Algunos eran ciegos, sordos o cojos, o tenían que soportar a una suegra de teatro de variedades y ¿qué había peor que eso? Dios no quería que la vida fuese fácil, estaba claro. Una de las mujeres que Queenie le presentó le gustó mucho: tenía sentido común, pero resultó no tener nada más en absoluto, salvo unos pies enormes que a Bowling le hacían pensar constantemente en el

fútbol. Unos pies que se embutía en gigantescos zapatones de cuero con grandes lengüetas marrones que parecían dos *spaniels* muertos de sed. Pero tenía ideas interesantes y una voz tranquilizadora, y no te echaba el humo en la cara ni te pringaba los labios de pintura naranja. Aquella mujer le decía que su problema era que le faltaba empuje.

—Empuje —meditaba él en voz alta.

—Sí. ¿No te importa que te lo diga?

Y Bowling, jovial, respondía:

—No, siempre me estoy autoanalizando.

—Pues, por ejemplo, con la música. Y con tu desdichado matrimonio. Si…

—¡No me lo digas! —la interrumpió riéndose—. Si tuviera lo que hay que tener, ¡me habría ido muchísimo mejor! No hacen falta contactos, sino solo mucho trabajo y la condenada voluntad de triunfar. Sí, seguro que tienes razón, querida. —Parecía melancólico.

—Bueno, algo de cierto hay en eso, ¿no, Bill? Pero no pretendo ser derrotista, para nada. Pienso en el presente y en el futuro. No eres viejo.

Él sonrió con tristeza.

—Me temo que, de todos modos, soy un fracasado.

—¡No! —exclamó la otra con total sinceridad—. Estás muy equivocado, Bill. Tienes mucho que ofrecer. Ojalá mi amor por ti pudiera hacerlo salir.

Bowling esbozó una débil sonrisa.

—Tú no me amas —le dijo, y sabía que era cierto—. ¡Solo crees que me amas! Quieres un hogar, un hombre y una familia. ¡Como todo el mundo!

Mudarse al piso nuevo le supuso un esfuerzo mental. En el fondo respetaba a la policía y de verdad esperaba su visita en cualquier

momento. No eran idiotas y, aunque podían darse carambolas, accidentes y errores, en estos tiempos no era fácil librarse de casi nada. Uno podía burlar a ciertas personas en alguna ocasión, o incluso a todo el mundo, pero no podías engañar a todos siempre. En realidad, no sabía si mudarse o no; estaba harto de la pensión y de Joan, Alice y el señor Gunter, que ahora parecía creer que eran amigos. El señor Gunter no captaba las indirectas y Bowling pensaba: «Si no me voy ya, este será el siguiente en ocupar el lugar de Winthrop en las escaleras ¡y sería un final muy mediocre!». Se paseaba de acá para allá, con las manos en los bolsillos, atento cada vez que llamaban al timbre y preguntándose si vendrían a por él.

Un día fue a Notting Hill Gate y casi sin darse cuenta compró un piano para el piso nuevo. Costaba un dineral y dudó bastante. Le dijo al vendedor:

—No sé, amigo, aún no lo tengo decidido. —Y, un minuto después, cuando preguntó por una grabación de *Jerusalem*—: Bueno, supongo que también debería llevarme el piano. —Sonrió y sacó la cartera—. No quiero desilusionarle. Espero que se lleve comisión.

—¡Es muy considerado por su parte, señor!

—Para nada. Si no somos capaces de pensar los unos en los otros en estos tiempos, en fin…

—Cierto, señor. Pero se lo agradezco igualmente.

—De acuerdo. Pagaré en efectivo.

Siempre llevaba encima un buen fajo de billetes. Era una especie de complejo que se le había quedado después de todos aquellos años espantosos en que tuvo que andar calculando para qué le llegarían un chelín y ocho peniques. Veamos, diez cigarrillos Gold Flake, una pinta de cerveza, un paquete de papel de carta o si no…

—Muchas gracias, señor. Le haré un recibo.

—Aquí tiene, amigo.

Pero salió de la tienda y se olvidó del recibo y del cambio, que le estaban esperando debidamente cuando al fin se mudó. El bloque

de pisos se llamaba Addison Heights, algo así como «las cumbres de Addison», muy apropiado para sus nueve plantas de altura, y tenía un aspecto bastante imponente. En cuanto cruzó las puertas batientes se sintió bastante bien, como sucedía a menudo cuando uno estaba bajo la influencia de la palabra mágica «cambio». Se correría una pequeña juerga: invitaría a todos los que conocía y les diría que trajeran a sus amigos, pasarían un buen rato, nadarían en ginebra y *whisky*, si es que aún quedaba algo en las tiendas, él tocaría el piano ¡y puede que hasta cantase! Se fue animando. Addison Heights desprendía un aroma cálido y hogareño, a pesar de lo nuevo y lo pulcro que se veía todo y todo el mundo, y Bowling esperaba ser capaz de darle a su piso esa apariencia de hogar. Y si, en mitad de la fiesta, sonaba el timbre y abría la puerta y aparecía allí una siniestra figura, bueno, era parte del dramatismo del momento y era a lo que estaba jugando, ¿no? ¿Es usted el señor Bowling? Sí, ¿en qué puedo ayudarle? Soy de Scotland Yard y vengo a hablar con usted en relación con la muerte de Harold Winthrop, en el número 40.

La concurrencia se dividiría en grupitos asustados. Pronto empezarían los murmullos.

—No puede ser… ¡Han detenido al pobre Bill!

—¿Qué dices? ¿Detenido?

Verían cómo se lo llevaban. Él sonreiría y trataría de esconder las esposas bajo la gabardina.

—No pasa nada, supongo que se trata de un error, no os preocupéis. Pasadlo bien o me enfadaré. Queenie, ¿podrías ocuparte de todo…?

Cruzó las puertas batientes y media docena de porteros con uniformes de color ámbar se llevaron la mano a la gorra, respetuosos.

Era muy agradable.

Capítulo IX

Alice derramó lo que él llamaba «lágrimas de elefanta» cuando se iba, mientras lo estrechaba en un rígido abrazo en el vestíbulo y juraba que jamás volvería a mirar a otro hombre en lo que le quedaba de vida. Bowling le dijo que, bueno, eso no sería mucho, ¿verdad? No lo decía por ser cruel, pero resultaba evidente, y le recordó que había disfrutado sus buenos años.

—Y no olvide que se han llevado esas verjas, Alice —le advirtió apuntándola con el dedo—. ¡No querrá acabar tumbada de espaldas en la hierba mojada!

La mujer hizo un mohín, enfurruñada, y se quejó de que ni siquiera le había dicho dónde se iba, ni dónde debían reenviarle el correo.

—¡No hará falta! —exclamó él. Le dio un beso y se marchó.

Con Joan había sido mucho peor y no hubo beso. También había llorado, a lo cual el señor Bowling reaccionó con una mueca irónica y retorcida:

—¡Nunca hubo un hombre más amado que yo!

Se enfadó con ella, también se negó a decirle dónde se mudaba y se negó a prometerle que iría a visitarla a Smith's.

—Vamos, querida, no voy a decirte que iré cuando sé a ciencia cierta que no voy a hacerlo.

—Por favor, ven —le rogó ella.

—No voy a ir y se acabó.

—¡Eres un cerdo!

—Puedes pensar lo que quieras, cielo —dijo Bowling suspirando, y siguió haciendo el equipaje.

—Al menos dime dónde vas, Bill —le imploró la joven.

Él, aburrido, repuso:

—Bueno, pues a Guildford, por decir algo.

—¡Entonces te escribiré a la oficina de correos de Guildford! —dijo Joan enseguida.

Cuando Bowling ya se había ido, se sentó llorando a escribirle una carta («Querido Bill, estoy tan sola. Por favor, sé bueno…»). A la mañana siguiente, después de echarla al buzón con un beso, se topó de bruces con él cuando iba paseando por High Street sin sombrero y sin abrigo.

Se puso furiosa.

—¿No me habías dicho que te ibas a Guildford, Bill? ¡Qué treta tan mezquina y despreciable y qué mezquino…!

Él se apresuró a desviarse por una calle lateral, ella lo siguió y la gente los miraba con curiosidad. Fueron a la carrera hasta Holland Walk. Él corría como un erizo y ella corría como una liebre y pronto lo alcanzó, con su sombrero rojo y verde, y se puso a decirle que estaban hechos el uno para el otro y que por qué no podía ser una buena persona y darle una oportunidad.

Todo aquello, de extraño que era, tenía algo de divertido, ir corriendo así por Londres, y Bowling se apoyó en la valla para recuperar el aliento.

—Una noche, durante los bombardeos —comentó jadeando—, venía andando por aquí y empezaron a caer bombas incendiarias por todas partes. Vi fuego en el tejado de una casa y desperté a la gente que vivía allí y los ayudé a apagarlo. Cuando terminamos, la mula de la mujer me dijo: «Muchas gracias, ¿le importaría bajar estos cubos antes de irse? No me gusta tenerlos aquí arriba». Y le dije: «Claro, señora, pero ¿no quiere que me quede también a fregar los platos de la cena?». Fue la noche anterior a que se quemara ese sitio —añadió señalando lo que quedaba de Holland House.

—Bill, ¿no podríamos estar juntos? Como una especie de prueba.

Sé que puedo hacerte feliz.

—Nadie puede hacerme feliz —le soltó él con súbito enfado.

Y se fue a grandes zancadas.

Perpleja, Joan se quedó mirándolo y lamentándose con una vocecilla triste:

—¡Ay, Bill…!

Cuando se mudó, experimentó una violenta reacción contra el piso y decidió que era frío e inhumano. «No respira», pensó de repente, desesperado.

Lo miraba de hito en hito, mientras recorría de un lado a otro el pequeño recibidor y el pasillo, y le gustaban la moqueta marrón y las cortinas de terciopelo, y le gustaban los cuadros, los pocos que había, de Venecia y de un chico vestido de marrón que miraba el cielo azul y de un gato surrealista que parecía no decidirse entre tener gatitos o irse al cine. La habitación de la terraza estaba bien, el dormitorio estaba bien, el otro cuartito estaba bien, y el baño estaba bien, y la cocina estaba bien y tenía un buen hervidor eléctrico y vistas, a lo lejos, del tejado del antiguo centro de exposiciones de Earls Court.

Pero era frío y antipático con él, y tenía la sensación de que no le caía en gracia.

Cuando se dio cuenta de que hacía fresco para estar en julio y encendió la calefacción, se le hizo más acogedor, aunque el piso pensara que era un poco excéntrico.

Entonces decidió que aún no estaba lo bastante impregnado de su personalidad ni tenía suficientes cosas propias allí. Tocó un rato el piano y luego se levantó de un salto y pensó en irse de compras a lo grande. Por una vez deseó que Joan estuviera con él, para que le echara una mano, pero pedírselo sería desastroso.

Así que se fue a comprar por su cuenta, se hizo con montones de

ropa, puros, bebida, cualquier cosa que no estuviera demasiado racionada, y se lo llevó todo al piso en taxi.

—Me siento como Papá Noel —le dijo al portero que lo ayudó a subirlo, y aquello lo animó un poco.

Pero, en cuanto el portero se fue, el piso se quedó callado y de mal humor y no emitió ni un solo sonido de ningún tipo. Solo arrojaba sombras, sombras del propio Bowling. «Diantre —pensó este, que no dejaba de mirar los paquetes. El piso no quería sus cosas—. ¿De qué sirve ser Papá Noel si no hay nadie a quien regalarle nada? ¡Si no salgo otra vez, me voy a volver loco!». Cuando sonó el timbre dio un respingo como si alguien hubiera disparado una metralleta. Enseguida pensó en la policía y notó que le sudaban las manos. En cierto modo se alegró.

—Al diablo —susurró para sí mismo y fue sin prisa a abrir la puerta.

Sin embargo, solo era el portero, otra vez, que quería saber si necesitaba que pasaran a limpiar todos los días, o que le recogieran la ropa sucia, y si le interesaba colaborar con la campaña de la Cruz Roja «Un penique a la semana».

—Sí, amigo, claro —le dijo a todo.

Acto seguido cogió su sombrero y se fue a ver a Queenie.

Su marido había salido y ella estaba dándose un baño.

Hablaron por la puerta entreabierta, pues Queenie le dijo, riéndose, que no entrase, que ya no era ningún deleite para la vista de los jóvenes.

—Quiero dar una fiesta —le explicó Bowling alzando la voz—. Me he mudado a un piso nuevo y quiero que hagas de anfitriona.

Ella se mostró encantada.

—¿Una fiesta? ¡Qué divertido! Cuenta conmigo, claro. ¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

Por la rendija de la puerta la vio enjabonarse las rodillas. En una tenía una cicatriz blanquecina; se había pegado un buen batacazo al caerse de la moto cuando era jovencita.

Utilizaba unas pastillas de jabón enormes y una esponja gigantesca.

—Supongo que no podría quedarme en tu casa esta noche, ¿verdad, querida? —le preguntó.

—¿Esta noche? —repitió ella sorprendida—. Pues ¿qué le pasa al piso nuevo?

—¡Bah, no sé! Están revisando los desagües —improvisó el otro, que se rio entre dientes y añadió con franqueza—: No, es que hoy me siento solo.

—¡Qué bobo! Pues claro que puedes quedarte si quieres, cariño, ya lo sabes. Rodney se alegrará de verte.

—¿Dónde está el general?

—Llegará enseguida.

—No le caigo bien, ¿verdad?

—¿Qué? ¡Él cree que no te cae bien a ti!

La noche estuvo repleta de alcohol, pero fue poco emocionante.

Se pasó toda la mañana siguiente con Queenie, invitando a la fiesta a la gente que conocían, los que no estaban en el frente o cosas por el estilo.

—Será mejor que cada uno traiga una botella —había decidido su amiga—, por si nos quedamos cortos.

Bowling se sentía mejor.

Cuando volvió al piso, le pareció que estaba más congraciado con él. Una refugiada belga esperaba para limpiar, una mujer rechoncha con una bata verde que no hablaba ni una palabra de inglés. Parecía triste y no sonreía y, en cuanto la hizo pasar, se puso manos a la obra como si llevase allí toda la vida. Cuando vio el caos de vasos y botellas a la mañana siguiente, su expresión no cambió. Simplemente se puso a fregar.

… La fiesta fue un éxito. No pasó nada para que fuera así, pero lo

fue. No pasó nada en absoluto. La gente charlaba y bebía y, durante dos horas, pareció ir cogiendo ímpetu como para llegar a un punto culminante y sugestivo, igual que en un número teatral o de cabaré, pero no pasó nada, salvo que los vasos volvían a llenarse y que el ambiente se mantuvo así, de lo más animado, un zumbido de voces satisfechas, risitas alcoholizadas y humo concentrado que no podían disipar porque debían mantener las ventanas tapadas. Abrieron la puerta principal y empezó a salir por allí, despacio, y a extenderse a derecha e izquierda por el pasillo de la quinta planta. De vez en cuando algunos bajaban en el ascensor hasta el club del sótano. Era un club de *squash* y tenía tres pistas en las que ahora había un montón de gente bailando. En el bar, el señor Farthing hacía oír su retumbante voz.

La señora Farthing solía decirle a todo el mundo que el señor Farthing debería estar muerto, que era demasiado bueno para este mundo. De alguna forma se intuía que lo decía en serio, pero nadie sabía en realidad cómo era su relación con él. La pobre señora Farthing tenía las piernas torcidas de nacimiento, debido a una mala caída que sufrió su madre cuando estaba embarazada, y se veía obligada a caminar como si fuera a horcajadas sobre un caballo muy gordo. Todos decían: «Es un encanto, qué lástima. Y esa abominación de hombre…».

El señor y la señora Farthing eran empleados de la compañía que gestionaba los pisos de Addison Heights. Por un sueldo, se encargaban del club de *squash*, del restaurante y de una especie de tienda de decoración llena de cosas para poner en la repisa de las chimeneas, nada muy grande, sujetalibros, lámparas, abrecartas, etcétera.

La señora Farthing se pasaba todo el día en el restaurante y, cuando acababan las cenas (por dos chelines y tres peniques, cinco

platos), bajaba en el ascensor hasta el sótano. El señor Farthing se pasaba todo el día en la tienda, que estaba en el vestíbulo de la recepción, junto al restaurante, y siempre que tenía ocasión bajaba corriendo, en el ascensor o por las escaleras, para ver cómo se las arreglaba Daphne en el bar del club.

Aunque casi siempre había algo que iba fatal en el mundo en general, aquella noche en particular el señor Farthing estaba de un humor excelente: Daphne había sido simpática con él y les había llegado una cantidad razonable de cerveza de barril de la fábrica (la *ale* escocesa era difícil de conseguir). La principal queja del señor Farthing, hablando en general, era contra una entidad que él, en tono burlón y desdeñoso, llamaba «los capitalistas». Todo el mundo entendía que el señor Farthing era eso mismo, pero en estado embrionario, y que ese precisamente era el motivo de su rencor. En la misma frase te decía lo que abominaba del capitalismo y lo que haría él cuando amasase su propia fortuna, lo cual, como decía su esposa, y como decía Euclides, era absurdo. «Eres imposible, Alfred —le recriminaba la señora Farthing—. Cállate ya». Pero nunca se callaba; era un pozo inagotable. Se sentaba en su taburete rojo, en el lado de la barra que correspondía a los clientes, y parecía un primate. No tenía frente, sino solo una cabeza medio calva e inclinada y una estúpida mandíbula enorme que le confería un gesto embrutecido. El cuello debía de medirle varios metros de grosor.

Se fijó en el señor Bowling en cuanto entró en el club aquella primera noche. Sus ojillos parecían vibrar al unísono con sus labios mientras le ponía la etiqueta en voz alta.

—Vaya —le dijo a Daphne tapándose la boca con la mano—, otro engreído capitalista, por lo que se ve.

El señor Farthing lo sabía todo de todos los vecinos de Addison Heights. Cuando creía que no sabía lo suficiente sobre alguien, invitaba a alguno de los porteros a una cerveza y de ese modo podía ir corriendo a su mujer y decirle, tapándose la boca con la mano:

«Lo sabía…, capitalista», o a veces: «Lo sabía, ¡no es ni más ni menos que una profesional!». Una profesional era lo que el señor Farthing había recogido muchas veces al final de Bayswater Road y a la que le había ido muy bien desde entonces. Cuando la señora Farthing le decía: «Cierra el pico, por el amor de Dios. Es una buena chica. Déjala en paz», bajaba corriendo a hablar con Daphne. Y, tapándose la boca con la mano, le decía: «Será mejor que vigilemos a la del 167. Un pastelito… ¡Muy dulce!».

Cuando Bowling entró con sus amigos, Daphne dijo:

—Ese es el señor Bowling. Se ha unido al club esta tarde, pero no juega al *squash*.

Daphne era una mujerona de hechuras cuadradas y solía llevar una falda que parecía un *kilt* escocés. Cuando, justo antes de cerrar, los hombres estaban más desinhibidos y la invitaban a ponche de huevo, era un recurso muy útil para poder decirle: «¿Y los escoceses llevan pantalones, cielo? ¡Siempre he tenido curiosidad!». En Navidad, con la ayuda del muérdago, descubrieron que la chica llevaba unos calzones cortos marrones debajo del *kilt*, con bordados y todo. Había sido un gran acontecimiento, empañado solo por la ferocidad del semblante del señor Farthing, que se quedó sentado en su taburete rojo retorciéndose de envidia, incapaz de reclamar ningún derecho de propiedad. Juraba y perjuraba que aquellos hombres eran unos ordinarios y que detestaba a los que no sabían beber. Cuando vio que el señor Bowling no solo era un engreído capitalista, sino que también iba borracho, su desprecio se hizo más que evidente, a pesar de que, en teoría, era el responsable del local y el que debía impulsar el negocio. Oyó el refinado acento del señor Bowling cuando pedía cosas caras, como licores, y se dio cuenta de lo educado que era con Daphne y de la reacción de la chica («Sí, señor Bowling, aún nos queda algo de Kümmel, pero me temo que cuesta un chelín y seis peniques, señor») y lo vio sacar un fajo de billetes y sonreír a todo el mundo menos a él. Vio que Bowling lo

miraba de pasada y volvía a darse la vuelta. El señor Farthing apretó la mandíbula. No olvidaría ese incidente. Ese era el tipo de trato que no toleraba. ¿Quién se creía que era? ¿No era consciente de quién mandaba allí?

De pronto, el señor Farthing empezó a hablar a voz en grito sobre el capitalismo, sin apartar la vista ni un momento del señor Bowling, que había pedido un periódico.

—Nunca leo el periódico —le dijo sonriendo a Daphne—, a menos que quiera ver alguna cosa en particular.

Pero Daphne no tenía ninguno, lo sentía muchísimo.

—Tranquila, no era nada importante.

—El capitalismo —bramaba el señor Farthing dirigiéndose a unos cuantos secuaces, pero sin quitar ojo al señor Bowling— ha llevado a este país al caos en el que estamos. Y desafío a cualquiera a que me diga lo contrario.

Entonces se detuvo. Entre el tumulto de voces y risas y el baile, la música de la banda y el tintineo de vasos y botellas, oyó con toda claridad al señor Bowling que se reía y decía a sus amigos:

—¿Quién es ese tipejo?

Los rasgos antropoides del señor Farthing adquirieron un intenso tono bermellón.

Capítulo X

En la barra del bar, pintada de rojo, el vecino del señor Bowling estaba trazando un arco con un pequeño compás, una línea que iba —sobre un mapa imaginario— desde el mismo Coach and Horses, en Notting Hill Gate, dibujando una curva sobre Kensington High Street, Olympia, Brook Green y Shepherd's Bush. Nadie sabía muy bien de qué estaba hablando a esas alturas, pero era un tipo simpático al que habían expulsado de Eton. A menos que lo pensaras un poco, no parecía de esa clase y además iba muy bien vestido y era un hombre pudiente. Aún llevaba la corbata a la que ya no tenía derecho, pero casi nunca ocurría nada drástico. La última vez había sido hacía unos meses, cuando alguien se había acercado a él en medio de Marble Arch y le había dado un puñetazo. Lo que llamó la atención del señor Bowling, en su estado de deliciosa embriaguez, fue aquel arco; pensó: «¡Ah, mi ambiente! Hay toda una hilera de *pubs* en ese arco ¡y los conozco todos! Qué desastre». Y eso dio pie a una serie de pensamientos más lúgubres. Se le empezó a pasar la borrachera. Pidió ginebra con zumo de lima, que siempre le despejaba la cabeza después de una juerga. Empezaba a notarse un tanto sensiblero. Estaba cansado y reparó en que algo lo había deprimido esa noche, aunque no se hubiera dado cuenta en el momento. Un tipo. El señor Nandle.

Era un hombre mayor, alto y de carácter bastante endeble en apariencia. Había llegado con otros cuantos en algún momento de la noche y le dijo: «¡Vaya! Creo que le recuerdo, señor Bowling, de hace años», y resultó que se había casado, allá por los días en que

él aún iba al colegio, con una mujer que conocía a su madrastra. Y, aunque las expresiones de alegría fueron inevitables, «Encantado de verle, amigo, ¿qué quiere tomar?, ¡adelante!», ahora era consciente de que cualquier vínculo con el pasado lo deprimía hasta límites inconcebibles. Era un fracasado y ¿de qué servía mirar atrás? Solo te hacía desear esa segunda oportunidad de la que hablaba Barrie y que podía no llegar nunca. Cuando el señor Nandle se había marchado (vestido como Bernard Shaw) le había dicho: «Vuelvo ya a Knockholt. Sin duda tengo que contarle todo esto a mi esposa. Querrá que venga usted a visitarnos un fin de semana», pero la depresión se quedó con él y aumentó. Pensó: «¿Un fin de semana? Mi sitio ahora está en Londres. En ese patético arco de *pubs* ruidosos. No quiero ni pensar en el campo ni en el pasado». Se apoyó en la barra, deseando emborracharse otra vez. La señora Nandle, recordó, también llevaba ropa de *tweed* y tenía una amiga fuera de lo corriente. El viejo Nandle solía cortar leña y cosas así y entraba y su mujer le decía: «¿Te has limpiado las botas? Espero que sí, Delius. Lady Wilton viene a tomar el té». Todo muy sórdido. La pobre señora Nandle vivía en una especie de tierra de nadie. No encajaba allí y en realidad tampoco se le pedía que encajase con lady Wilton, que, aunque era solo la mujer de un empleado de banca, se creía la flor y nata. «¿Por qué le he dicho que iría? —se preguntaba Bowling—. Y a esa espantosa casita en la que viven». Aun así, supo que iría. Le pareció que era algo significativo, para bien o para mal, eso de cruzarse de nuevo con el viejo Nandle, como a veces lo eran aquellos extraños reencuentros. Uno vivía para decir: «Si no me hubiera encontrado con el viejo Fulano de Tal aquella noche, jamás habría hecho esto o lo otro…» y o bien acababas encantadísimo o hundido en la miseria.

—Maldita sea —murmuró entre dientes, y Daphne se inclinó hacia él y sonrió.

—¿Mm?

Tenía los ojos de un marrón tan claro que eran casi amarillos, los pómulos prominentes y llevaba el pelo castaño recogido en rodetes.

Queenie llegó corriendo con una chica muy alta que venía de Singapur. A la zaga llevaban a dos tipos que iban ya bastante perjudicados, a juzgar por sus ojos vidriosos.

—¡Ven a bailar! —le gritaron todos—. Jetty no tiene con quién bailar, Bill…

Así que fue y bailó con Jetty, a la que llamaban así por su trasero respingón. La chica bailaba de puntillas y con una sonrisa exagerada, como si se estuviera concentrando. Estaba en la Brigada Antiincendios y le contó que esa mañana los chicos la habían tirado por la ventana de un quinto piso, «a una manta, claro. Estos chicos… ¡nunca me dejan en paz!».

—¿De veras? —Bowling sonrió. Se dio cuenta de que el señor Farthing lo observaba desde un rincón en penumbra.

—¿Haces algún trabajo de guerra? Si no es indiscreción.

—Ahora mismo no.

—¿Te llamarán a filas? Si no es…

—Grado tres —la cortó él un poco seco.

Pronto Jetty advirtió algo que le hizo decir a toda prisa:

—No quería ser impertinente. Esas que envían plumas blancas a los hombres o que se las dan a soldados que no llevan el uniforme porque están de permiso ¡me parece un descaro! Deberían… —No terminaba las frases—. ¿No crees? ¡En fin…!

Bailaron sobre las líneas rojas de la pista de *squash*. La banda estaba arriba, en la galería. Tocaron una ya antigua: «Si tuviera que enamorarme de nuevo, volvería a enamorarme de ti…»; luego empezaron con otro clásico, y un tipo se puso a canturrear por el megáfono: «¡Johnny Peddler…!». Bowling le pidió a la chica que se saltaran esa, pero ella parecía esperanzada, con esa esperanza de la que él estaba tan cansado, de modo que la llevó a las máquinas tragamonedas. Metieron seis peniques y tiraron de la palanca. La

primera vez cayó un aluvión de monedas de seis peniques, y Bowling se las dio a Jetty. Estaba fascinada y empezó a perderlo todo: tras, bajaba la palanca, tras, tras, tras. Después se tomaron unas cervezas. La señora Farthing les sonrió. Apenas llegaba a asomar por encima de la barra, debido a su deformidad.

—¿No es un encanto? —comentó Jetty.

Jetty no tenía ningún atractivo. No podías imaginarte nada con ella; sería imposible. Lo sabía todo de todos los residentes del edificio. Ella misma vivía allí, en un piso de una habitación.

—De la primera planta.

El señor Farthing rondaba por allí, a cierta distancia, junto a la diana donde jugaban a los dardos, observando.

—Los Farthing viven en el sótano —siguió contándole Jetty—. Aunque él se pasa casi todo el día en esa tienda de la entrada. ¡No sé qué hará tanto tiempo ahí metido! La señora Farthing dice que ella no entra nunca.

Lo que intentaba decir era que Daphne sí entraba a veces.

—Daphne parece demasiado sensata —repuso Bowling.

—A veces no queda otra.

—¿Chantaje? —preguntó él.

—Algo así.

—En tiempos de guerra hay trabajo de sobra.

—¿Crees que la gente hace cosas malas solo porque quiere y no por otro motivo? —preguntó Jetty.

Aquel comentario le afectó de un modo extraño. Dijo que no, pero en realidad creía que sí. Se disculpó con la chica y la dejó allí, prácticamente plantada. Cruzó a toda prisa una sala de pimpón y otra de billar, donde algunos de sus invitados estaban pasándoselo en grande. Se escabulló y consiguió llegar a uno de los ascensores. Se dio cuenta de que el señor Farthing seguía vigilándolo.

Subió en el ascensor y volvió a su piso. La puerta aún estaba abierta y varias personas recogían abrigos y sombreros.

«Me muero del aburrimiento», se dijo.

Sin embargo, entró sonriendo de oreja a oreja. Una chica con uniforme del Servicio de Ambulancias se retorcía de la risa por algo que estaba diciendo otra, vestida igual que ella, sobre su jefa de puesto.

—Y esos aires que se da. ¿Quién se cree que es, la reina de Saba?

Un hombre alto y delgado esperaba apoyado en la pared, borracho, con un puñado de cascos y máscaras antigás en las manos.

—Deberíamos… Deberíamos irnos, Celia —consiguió decir. Y poco después—: Celia… En serio, tenemos que irnos…

Cuando ya se habían ido todos, Bowling se quedó allí de pie, entre los restos de la fiesta, sintiéndose harto de todo y más solo que la una.

Se sentó, triste y agotado, frente al piano, que estaba atestado de botellas vacías y vasos sucios, y empezó a autocompadecerse.

Tocó algo de Schubert y pensó: «Soy un tipo tedioso de verdad».

Cada vez que entraba o salía del edificio, el señor Farthing estaba rondando por allí, entre las sombras o escondido en algún rincón, observándolo. Muy de vez en cuando se daban los buenos días, en un tono gélido, con una sonrisa forzada que intentaba ocultar una secreta antipatía que era mutua. Sin embargo, Bowling solo reparaba en el señor Farthing como podría reparar si acaso en el frutero o en el cartero, pensando distraído: «No me gusta mucho ese tipo» y apartándolo enseguida de su mente hasta el siguiente encuentro, cuando volvía a hacer lo mismo. Tenía la vaga impresión de que el señor Farthing envidiaba su *tweed*
Harris porque él mismo parecía un tipo rancio y trasnochado, siempre de negro, lúgubre, y escudriñaba la pulcra figura del inquilino con desprecio. A veces el señor Bowling se sentaba en el

saloncito del vestíbulo a pensar un rato. Farthing se ponía a limpiar el polvo del pequeño escaparate de la tienda o de los caballitos de adorno que tenían allí. La voz de la señora Farthing salía de la puerta del restaurante, que estaba enfrente.

—Ah, Sadie, y mira a ver si podemos comprar algo de hígado o asadura de lo que sea, por favor. No sé qué vamos a hacer; no quiero cerrar, a no ser que no haya más remedio.

—Sí, señora.

—Y de cebollas, ni hablar, me imagino…

—Intentaré conseguirlas. Si no, mi madre podría venderle alguna.

—¿De verdad? Muchas gracias. En ese caso, volveremos a servir guiso de conejo y lo llamaremos liebre salteada. —Su risa resonó por todo el vestíbulo—. ¡Ja, ja, ja! ¡Liebre salteada!

—Muy bueno, señora. ¿Y qué tal unos callos?

Pero la señora Farthing seguía riéndose. Salió del restaurante y pasó renqueando por delante del señor Bowling, sin dejar de repetir: «Liebre salteada, ¡ja, ja, ja!». Ni siquiera miró a su marido, que estaba vigilando con disimulo por el escaparate de la tienda, un poco como un gorila en su jaula esperando a que le llevasen plátanos. La señora Farthing cruzó el pequeño jardincito del edificio, que estaba rodeado por elegantes bancos de madera y que también tenía cacas de perro por todas partes; los perros eran un problema en los pisos de Londres. Los porteros iban de acá para allá, caras nuevas cada semana por las llamadas a filas. Ahora eran todo viejos y niños.

El señor Bowling le cogió el gusto a sentarse allí según avanzaba el otoño y hacía más frío: disfrutaba de esa sensación de movimiento y aprovechaba para leer cualquier carta que pudiera haberle llegado junto a la estufa eléctrica.

Una mañana se sentó a leer una carta de la señora Nandle, con el membrete en relieve que anunciaba: «The Rookery, Knockholt».

Aunque se dijo a sí mismo que no quería ni acercarse a ese lugar, sabía que acabaría yendo y, poco después, el señor Farthing le oyó

telefonear a Godfrey Davis para pedir un coche de alquiler y preguntar por los cupones de gasolina.

El señor Bowling colgó el teléfono y pensó: «No sé por qué voy a pasar allí el fin de semana. Ya me he acostumbrado a este sitio. Me gusta bastante; es como un hogar. En fin, tal vez esto me haga desear volver con más ganas».

Se dijo que era una razón tan buena como cualquier otra para ir a cualquier lugar. Sin embargo, cuando volvió, se quedó mirando el piso vacío y pensó: «Santo Dios, ¿otra vez aquí? Y ahora ¿qué? —Y entonces se dijo—: Pero ¿qué me pasa?».

Capítulo XI

El señor Nandle se alegró mucho cuando se enteró de que el señor Bowling había aceptado la invitación para pasar el fin de semana en The Rookery, sobre todo, porque la señora Nandle decía —en el mismo tono en el que le solía preguntar: «¿Te has limpiado las botas, Delius?»— que el señor Bowling jamás aceptaría. Estaba convencida de que el señor Bowling era un hombre en extremo sofisticado y prefería la ajetreada vida de Londres. «Tiene empuje, Delius, ¡y tú eres tan lento…!». Después, le dijo una vez más que nunca se echaba amigos. Le dijo que el señor Bowling se moriría de aburrimiento en The Rookery. «¿Qué demonios vamos a hacer con él?».

Lo discutió con su amiga, a la que apodaban Niggs. En realidad, era la señorita Souter, una de las Souter originales (pronunciado [sútar]), cuya familia había participado en la liberación de Ladysmith. «Hace ya mucho tiempo, por supuesto —explicaba Delius Nandle a las visitas—. Uno de sus tíos, creo que fue». Delius se quedaba de pie junto a la chimenea cuando tenían invitados, vestido con sus anticuados pantalones bombachos, exagerados chaquetones de caza y los jerséis que le tejía la señora Nandle, que tenían enormes cordoncillos y solían ser amarillos. Él la llamaba Fairy, aunque su mujer tenía cierto aire grave y formal y llevaba gafas. Muy de vez en cuando se ponía unos pantalones azules con las rayas hechas a los lados. Tenían un *airedale terrier* con una carota enorme y sonriente que se llamaba Pots.

Pots siempre sabía cuándo esperaban visita, y entonces sonreía

aún más, porque él era el medio por el cual la familia superaba su timidez y no dejaban de agacharse para darle golosinas y acariciarlo y decirle lo buen cazarratones que era. Cuando el tiempo, como tema de conversación, se había agotado, siempre quedaba Pots, y Delius estaba listo para inclinarse y decir «¿Ratones?», aunque estuvieran tomando el té, y Pots estaba listo para soltar un aullido espeluznante y lanzarse como un oso a los pies de la aterrorizada visita. La cosa iba entonces sobre ruedas, Fairy decía en tono de disculpa: «Ay, Delius, cómo te gusta enredar», y la señorita Souter chillaba: «¡Perro malo! Aunque es un excelente cazarratones…». El invitado, arrancado de la misma palestra donde los antiguos mártires soportaron momentos de igual agonía, forzaba una retorcida sonrisa de alborozo y se decía para sus adentros que jamás volvería a The Rookery, buen nombre para esa panda de grajos.

Aquella mañana Pots estaba en muy buena forma, disfrutaba del otoño, no le importaban ni el barro del campo ni la lluvia diluviana, y estaba orgulloso de poder contribuir al recibimiento del invitado de ese fin de semana con el obsequio de un ratón que había cazado en la trascocina la semana anterior. Lo llevó dentro, ambos con un gesto de rictus en la cara, aunque solo uno de los dos sacudiendo la cola con brío, y lo depositó a los pies de la cama del señor Bowling, donde, horrorizada a más no poder, la señorita Souter lo pisó y dejó escapar un grito que podría haberse oído hasta en Tonbridge. Fairy subió corriendo las escaleras de madera de roble, se golpeó en la cabeza con una viga baja que había allí y ya estaba dispuesta a chillar: «Le he dicho que se limpie las botas, Niggs. Es que los hombres son el colmo… ¡Con la de Ronuk que hemos gastado para abrillantar el suelo…!». Pero era mucho peor que eso.

—¡Ratones! —gritó Niggs histérica y de un modo muy temerario, pues Pots pegó un brinco y se tiró con saña a sus rechonchos

tobillos.

Delius entró diciendo:

—Aún no se ve ningún coche por el camino, querida. Dijiste que vendría en coche, ¿verdad?

Fairy Nandle repuso que no importaba lo que hubiera dicho, pero que escuchara bien lo que iba a decirle ahora: que se llevara a ese perro fuera, para empezar, y lo encerrase en el cobertizo hasta el lunes, y que luego volviera y sacara ese ratón de la habitación de invitados.

—A veces desearía que no hubiéramos comprado ningún perro —añadió enfadada y con aspecto de bruja—. ¡Y no lo habría hecho de haber sabido que no eras capaz de controlarlo, Delius! ¡Qué hombre tan inútil, de verdad! Pero mírate las botas: ¿te las has limpiado?

Delius se ponía de mal humor cuando lo acorralaban y tendía a mostrarse irritable. Su rostro, colorado como un cangrejo, adoptaba un gesto resentido y se quejaba de que lo trataban sin el debido respeto y como a un niño en su propia casa.

—¿Soy yo el que manda en mi casa o no? —soltaba, aunque sabía muy bien cuál era la respuesta y siempre se lo recordaban.

—¡No, no eres tú! No sé por qué accedí a casarme contigo. ¡No tenía el más mínimo interés! Con lo a gusto que estoy aquí con Niggs… Llévate al perro. Y luego vuelve a por el ratón. ¡Y luego ve a limpiarte las botas!

Enfurruñado, Delius cogió a Pots por el collar y lo arrastró fuera, donde el coche permanecía guardado bajo unas sábanas —«hasta que acabe la guerra. Bueno, es nuestra contribución al esfuerzo bélico, la abnegación», se le ocurrió a Niggs—, y luego volvió con una pala.

Después, Niggs y Fairy cogieron otra vez las escobas y el Ronuk y le dijeron que no podía pisar por allí hasta las once, «para tu vasito de Ovaltine. ¿Y tienes que estar paseándote de un lado a otro? El señor Bowling no llegará por lo menos hasta las doce».

Delius se fue y se sentó en el cobertizo, con Pots, y se puso a pensar en unas cosas y otras y empezó a desear, como siempre, que no viniera nadie a pasar el fin de semana. Siempre pasaba lo mismo. Las dos mujeres harían que se sintiese pequeño, y él haría extraordinarios esfuerzos para parecer grande. Luego podría tomarse una o dos copitas de jerez, cosa que lo haría hablar demasiado. Y después tendría que pagarlo con creces. Solo había ido al piso de Bowling porque en Londres se encontró con un conocido, Minson, que resultó que conocía a uno que por casualidad conocía a otro que iba a la fiesta. Delius vio la oportunidad de desmadrarse un poco y, como Fairy estaba lejos en ese momento, pensó que podía correr el riesgo. Ahora se daba cuenta de que debía lanzarle alguna indirecta a Bowling para que este no mencionara lo borracho que iba la otra noche o, mejor, para que no mencionara lo borrachos que iban todos. Allí sentado, oía como llovía a cántaros y aguzó las grandes y coloradas orejas por si se acercaba algún coche. Alrededor del mediodía oyó uno. En efecto, era Bowling al volante de un Austin 12. Vio a Delius salir del cobertizo y lo saludó con la mano. Había disfrutado del viaje en coche, con lluvia y todo, había parado varias veces a mojar el gaznate y se sentía bastante bien. Sin embargo, en cuanto vio a Delius y su casita con forma de champiñón, le entraron ganas darse la vuelta y pisar a fondo el acelerador para salir huyendo. Pero ya era demasiado tarde.

Por la ventana, Fairy y Niggs vieron el coche bajo la lluvia. Enseguida tocaron la campanilla para que la asistenta estuviera preparada —casi como cuando un director de escena da la señal de aviso para apagar la luz de sala y levantar el telón— y se pusieron a echar rápidas miraditas a su alrededor para comprobar que todo estuviese en su sitio. Las dos estaban deseando causar buena impresión. El señor Bowling llevaba una vida de lo más agitada y sin duda era un hombre adinerado. Habían telefoneado a lady Wilton, para que diera tono a la hora del té, a pesar de que no salía ni una

sola idea original de esa estúpida cabecita y a pesar de que uno de sus hermanos estaba interno en un psiquiátrico para alcohólicos.

—Espero que pueda venir —había dicho temerosa la señora Nandle, que se dispuso a llamar a cualquier otra persona «apropiada» que se le ocurriese—. ¿Los Wilson? No, no, ella no deja de tartamudear y solo hablan de enfermedades infantiles; es muy desagradable.

—¿Y la señora Elton? —aventuró la señorita Souter—. Estaba muy interesada en la historia de Ladysmith y parece bastante culta.

—Bueno…

—O los Mathew, querida. El hermano de ella trabaja en el Tesoro.

Las dos mujeres consideraron la entrada del señor Bowling de lo más encantadora. Casi lo habían olvidado, después de tantos años, y habría sido terrible que después de todo no fuese un caballero; Delius era tan débil con los hombres…; no era de extrañar que no tuviese ni un solo amigo. Luego vinieron las presentaciones, la mención a Ladysmith (aunque hace ya mucho tiempo, por supuesto), los comentarios sobre la lluvia, que llevaban a hablar de ratones, pero lo esquivaron con el jerez y los cócteles mientras el señor Nandle se situaba junto a la chimenea y se preparaba para henchir el pecho y preguntar con gran pomposidad:

—Bueno, amigo, ¿y cómo le ha tratado la vida?

No era que el señor Bowling pensara mal de los Nandle, ni de la señorita Souter; ¿cómo iba a pensar mal de unas personas que, según las ideas que habían heredado, y desde su punto de vista, estaban haciendo todo lo posible por ofrecerle hospitalidad? Era solo que le divertía el análisis —no solo de sí mismo, que era de carácter introspectivo y tendía a ser monótono— y le gustaba tomarse el tiempo de estudiar a todo el mundo. Tal vez menospreciase a la otra persona, pero no era ajeno al hecho de que los demás también

podían, y sería bien recibido, juzgarlo y menospreciarlo a él.

Cuando supo que iba a matar al pobre Delius Nandle, no pensó: «Vaya, ¡qué forma tan mezquina de corresponder a un estupendo fin de semana!», sino que, en lugar de eso, pensó en cosas que tenían que ver con el destino, y se preguntaba, por ejemplo, si en el reino de Dios habrían puesto hacía tiempo una banderita que indicase en letras claras y elegantes: «Esta es la hora de un pobre tipo llamado Delius Nandle. Lo matarán sin ninguna razón en particular, ninguna razón terrenal, sino por mí». Bowling se dijo con tristeza: «Yo no quería venir aquí. Yo no lo invité a mi fiesta. No quería que me recordasen el pasado. Y en realidad no estoy pasando un buen fin de semana en absoluto; es un infierno, todo el día lloviendo a cántaros, viendo esa deprimente cigüeña de piedra empapada en el jardín. No sería difícil buscar cualquier excusa y volverme a la ciudad, pero no voy a hacerlo. Lo sé muy bien». Y acto seguido también pensó: «La semana que viene a estas horas, sin ninguna duda, estaré en prisión».

¿En qué circunstancias no sería de sentido común disfrutar un poco del campo?

Desde la ventana, observaba la cigüeña y le daba pena que llevara tanto tiempo en paro (no había ninguna señal de que los Nandle hubieran tenido hijos).

Mientras estaba así, soñando despierto, la señora Nandle dijo varias cosas que le llamaron la atención y que hicieron que se enfadase para sus adentros. Dijo cosas que no debería haber dicho, sobre todo, si eran ciertas. Tal vez lo fueran o tal vez no. Esa no era la cuestión.

Niggs estaba fuera, con una gabardina amarilla, dando de comer a las gallinas con Delius. Habían tomado huevos de verdad en la cena, habían dejado entrar a Pots y le habían contado a Bowling todas las anécdotas sobre el perro, incluida la de cuando llevó el ratón a la habitación de invitados.

Y entonces Fairy Nandle, que estaba enfrascada en su labor de punto («un jersey para Delius, para esta Navidad, señor Bowling»), adoptó un tono confidencial y por largos e intrincados derroteros llevó la conversación hacia asuntos delicados. Era muy hábil y pronto le estaba diciendo a ese hombre, que era casi un desconocido:

—Pobre Delius, supongo que le parecerá una persona torpe y débil. Lo cierto es que se vuelve un inútil en cuanto se toma una copa de jerez. Debe usted ser tolerante… Pero creo que ya lo es. Todos debemos ser tolerantes y estoy segura de que usted piensa lo mismo. Podría haberme divorciado, ¿sabe? —le soltó de repente—. Varias veces.

Una sensación de antipatía empezaba a correrle por las venas como gotas destiladas de veneno.

Sin embargo, no puedo matar a más mujeres, se dijo. Lo siento, Delius.

No obstante, después de todo, ¿por qué se iba a quejar el viejo?

Él no sabía nada.

La señora Nandle se inclinaba sobre su labor. Llevaba enormes gafas con montura de carey y sus elegantes pantalones azules. Tendría por lo menos sesenta años.

Le dijo que tenía la impresión de que él era un hombre con el que se podía hablar y que no sabía por qué le estaba contando todo aquello, pero Delius se había comportado de manera vergonzosa en varias ocasiones, «con jovencitas rubias». Bowling pensó: «¡No me extraña! Y me lo está contando ni más ni menos que porque se lo cuenta a todo el mundo».

Cuando empezó a oscurecer, las dos mujeres se recorrieron la casa entera para tapar las ventanas. Delius le explicó que siempre tenían la bomba de estribo en el rincón del porche y que siempre dejaban la bañera llena de agua fría. Dijo que él tenía guardia antiincendios, pero que no despertaría a nadie cuando volviese.

Acompañó al señor Bowling arriba, a un cuartito verde y blanco

con las cortinas y el papel de las paredes salpicados de escenas de *Peter Pan*. El señor Nandle empezó a decir:

—Una vez tuvimos la esperanza… En fin… ¡Pero bueno! —Y se interrumpió sin mucha convicción—. ¿Le gustan los niños? —preguntó luego, sonrojándose.

—Mucho.

—Bueno, ¡pues esto es…!

—Ha dejado de llover —dijo Bowling mientras pensaba a qué hora mataría a su anfitrión.

Quizá mañana por la mañana. O por la tarde, justo antes de irse. En ese cobertizo. Bueno, ya se le ocurriría algo.

—Bien, ¡buenas noches, Bowling!

—Buenas noches, amigo.

—Espero que esté cómodo. Creo que Fairy le ha dejado una botella de agua caliente y habrá té por la mañana temprano y…

—¡Maravilloso! Ha sido muy amable por su parte invitarme a venir.

—Estamos encantados de tenerlo aquí. Somos gente solitaria, ya ve. ¡Aunque usted no sabrá qué significa esa palabra, claro! ¡Los londinenses son muy alegres! Mmm. En fin, buenas noches.

Se estrecharon la mano.

El señor Nandle pensaba: «Un tipo encantador. Espero que no se aburra».

Y Bowling pensaba: «La nariz del viejo podría darme algún problema. Tiene una forma peculiar. Aparte de eso, no creo que el pobre tenga nada de fuerza».

Se metió en la cama.

Esa noche, la señorita Souter, que llevaba años compartiendo la habitación de matrimonio con la señora Nandle, se despertó sobresaltada y dijo que había soñado con un cortejo fúnebre que se dirigía hacia allí. Era muy real. Las dos mujeres se pusieron a hablar de ello. Ambas llevaban turbantes en la cabeza y la cara cubierta de sebo. Arriba, Delius parecía aporrear el suelo de su solitaria

habitación. Miraron cada una su reloj, ambos colgados del cabecero de la cama, y vieron que eran las dos de la madrugada.

—Pero ¿qué le pasa? —dijo Fairy enfadada. Se levantó y abrió la puerta—. ¿Delius? —lo llamó con voz siseante, por miedo a despertar al señor Bowling.

La puerta de su marido se abrió.

—¿Sí?

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Haciendo?

—Son las dos de la mañana, Delius.

—Estaba leyendo a Trollope, *Las torres de…*

—¡Duérmete ya! Niggs tiene pesadillas —se quejó la señora Nandle.

El reloj de pie se quejaba también en el piso de abajo y ella volvió a entrar en su habitación y cerró la puerta.

—Hay algo muy extraño en este sitio —dijo la señorita Souter en la oscuridad. Fuera, en el cobertizo, Pots empezó a ladrar como un loco —. He soñado con un cortejo fúnebre y era el señor Bowling el que iba en el ataúd —siguió la señorita Souter—, aunque estoy segura de que estaba vivo.

—Yo nunca pienso en la muerte —observó la señora Nandle—. Supongo que debería hacerlo alguna vez.

—Creo que todos deberíamos.

—La vida parece algo tan permanente…

—Espero que la gente no piense que somos lesbianas, Fairy. Sé que somos la comidilla del pueblo.

—¿De verdad importa lo que piense la gente?

—Muchas veces creo que sí —repuso la señorita Souter.

—La culpa es de Delius. Hablará cuando vaya bebido y supongo que le dirá a todo el mundo que soy fría y que no soy una buena esposa. Pero, después de todo, no soy una gallina; le he dicho una y mil veces que se ha llevado los mejores años de mi vida… ¿y qué he

conseguido yo?

—Me temo que el pobre Delius es un hombre bastante tonto, cielo.

—Sí. ¡Mucho me temo que así es!

Estuvieron un rato más hablando de cómo la señora Nandle había estado a punto de ser la señora Hawk-Smith y de haberse ido a vivir a Hong Kong, y de cómo Delius había aparecido de pronto, con ese aspecto tan indefenso, y ella se había acercado a él como se habría acercado a un viejo perro aturdido después de que lo atropellara un coche. Pero dijo que no tenía ni idea de lo tonto que era; era tonto de verdad y aburrido hasta la médula. Nunca decía nada, ni pensaba nada, ni hacía nada. Era una pena, pero había que afrontarlo. La señorita Souter repuso que, en fin, cielo, todos teníamos defectos y, en cualquier caso, Fairy aún la tenía a ella; no es que fuera mucho, pero algo decía aquello de la amistad. Ella nunca había amado a ningún hombre y podía decir con toda honestidad que jamás había querido amarlo.

—Así que creo que tengo suerte —concluyó.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Delius demostró que era tan tonto como siempre: se había dejado el farol encendido toda la noche, bueno, eso que tenían en la trascocina, un nuevo artilugio que daba luz y a la vez evitaba que se congelasen las tuberías. Pero se lo había dejado encendido cuando aún no hacía mucho frío y sabía muy bien que allí había trapos de cocina y otras cosas que podían prenderse fácilmente al rozar la llama desnuda. Y además se había olvidado de cerrar con llave la puerta de atrás, de modo que cualquier ladrón podría haberse colado en cualquier momento y se habría servido a gusto.

«¡De verdad, Delius!», pensaron las dos mujeres.

Abochornado y rojo como un tomate delante de Bowling, el hombre intentó tomárselo a risa:

—Vaya, nadie diría que aquí el señor soy yo. No sé qué pensará Bowling, pero ¡parece que en esta casa se me trata como a un

colegial!

El silencio que siguió fue bastante incisivo. Después de aquello la conversación pareció animarse durante el resto del desayuno, a pesar de las gachas de avena, y luego se tornó casi alegre cuando Niggs comentó que, en su opinión, Delius era de esos hombres que deberían dejarse crecer la barba. Lo que quería decir era que, con barba, al menos parecería que tenía mentón, pero lo que dijo en realidad, para explicarse y para acallar los comentarios de Fairy («¿Barba? ¿Delius? ¡Santo cielo!»), fue:

—Siempre he creído que la barba da mucha personalidad. ¿Qué opina usted, señor Bowling?

Bowling, que tenía la cabeza en otra parte, dijo que dependía de lo que a uno le hubieran inculcado sobre esas cosas.

—¿Inculcado? —preguntó Niggs con interés.

Hasta entonces había estado mirando por la ventana, observando a un zorzal que estaba en el bebedero.

Fairy y Delius partían trocitos de pan tostado con los dedos —era extraño, pero tenían los dedos igual de rosados y nervudos— y sonreían alentadores a su invitado. Delius tenía un pegote de avena en el jersey malva. Se le escurrió, curiosamente, hasta el tiro delantero de sus pantalones marrones.

El señor Bowling, con una risita, dijo que a la mayoría de la gente le habían inculcado la idea de que un hombre con barba era un sabiondo y una persona cerrada y desagradable, tal vez incluso un artista profesional con el que hasta era difícil conversar.

Niggs, que no sabía muy bien si estaba bromeando o no, repuso:

—Sí, claro. —Y empezó a enredarse en una confusa reflexión sobre lo buena idea que sería que alguien pensara en construir un túnel desde allí hasta Alemania para abrir un segundo frente—. Después de todo, ya se hacen cosas asombrosas. ¿Tan fantasioso suena?

No siguieron con el tema, sin embargo, porque Delius preguntó, de un modo aún más confuso, qué pasaba entonces con los que

llevaban camisas verdes, y se estuvo riendo una cantidad de tiempo exagerada. Todos se le quedaron mirando hasta que paró, con una tos afectada, y el señor Bowling observó, en tono distendido:

—Y los tipos que llevan corbatas rojas, por supuesto, están locos. ¡O sea, que son los hombres del mañana!

Después del desayuno, oyó que Niggs le decía a Fairy en el descansillo de la escalera:

—¡Qué agudo y resuelto es el señor Bowling! Es maravilloso.

—«Agudo» es la palabra —convino Fairy—. Un auténtico acicate. Un estímulo para la mente. ¡Ojalá Delius fuera así!

Entonces llamó a su marido, que estaba en el otro piso de arriba, y le consultó un par de cosas.

—No queremos que estés todo el día malhumorado —le dijo de manera mordaz.

El señor Bowling estaba hojeando un ejemplar del *¡Rumbo al oeste!* de Kingsley y leyó el comienzo, que decía: «El roble hueco es nuestro palacio; nuestro patrimonio, el mar». Luego leyó lo que alguien había escrito en la guarda con letra de colegial: «Propiedad de D. Nandle, quinto curso, Navidad, y quienquiera que lo robe es un perro asqueroso. Firmado: D. N.».

Las dos mujeres habían decidido ir a la iglesia por la tarde y, como no llovía, el señor Bowling se ofreció a darles una vuelta con el coche hasta que llegara la hora o, al menos, hasta que se quedasen sin gasolina. Ellas se mostraron encantadas y le dijeron que había más en el garaje.

Así que condujeron hasta el bosque de Ashdown, almorzaron por allí cerca y pasaron un buen rato. Fue toda una novedad. Las dos mujeres iban sentadas detrás y Delius delante, coloradote y satisfecho y sin la más mínima idea ni presentimiento de que estaba viviendo su último día en la tierra. Iba diciendo que, en su opinión,

de no ser por Rusia, ya estaríamos en un buen aprieto y que ojalá fuera lo bastante joven para darles de bofetadas a los japoneses. En los asientos de atrás, comentaban lo que supondría ser primer ministro en un tiempo así y qué enorme responsabilidad era. Y dijeron que ellas tenían una foto del señor Churchill en casa, poniendo ladrillos porque su país pensaba que era lo más útil que podía hacer, y que tenían otra de lady Baldwin dando un discurso, en Dulwich, creían. Unos tanques pasaron con gran estrépito por su lado y la señora Nandle recordó que, durante la última guerra, uno no podía ir muy lejos con el coche sin que los soldados te parasen a bayoneta armada y te hicieran levantar los asientos. La señorita Souter creía que los soldados ingleses eran más refinados hoy en día. Apenas había hablado cuando un pelotón de hombres vestidos de gris alemán detuvo el coche. Les ordenaron que salieran y que se diesen prisa. Consternada, pues le daba pánico que los alemanes hubieran llegado al fin, la señorita Souter salió corriendo y se agarró a la señora Nandle, muerta de miedo. ¡La Gestapo estaba allí! Pero luego se rieron de buena gana, durante el almuerzo, porque resultó que era solo un ensayo, ¡y muy logrado! «¡No puede decirse que nos quedásemos dormidos!», comentó el señor Bowling entre carcajadas.

Llegaron a casa cuando ya oscurecía. Después de un té algo tardío, las dos mujeres se despidieron del señor Bowling, que les dijo que se habría ido antes de que volvieran.

Ellas le aseguraron que había sido el fin de semana más agradable que habían pasado en mucho tiempo.

—Me alegro muchísimo —repuso Bowling con una sonrisa.

—Espero que no se haya aburrido.

—¡He disfrutado cada segundo!

—Es muy amable. Tiene que volver a visitarnos. Delius está muy solo, a pesar de sus guardias antiincendios.

Los pasos de las dos amigas se alejaron ligeros por el camino.

El señor Bowling volvió sin prisa al salón y se quedó de pie junto a la chimenea. Con la mirada fija en el fuego, oyó que Delius cerraba la puerta principal mientras decía alzando la voz:

—¡Muy bien, querida! ¡Sí, querida…!

Capítulo XII

El señor Bowling, distraído, le dio un puntapié a un tronco y vio como saltaban las chispas. El rojizo fulgor de la lumbre iluminaba la raya de sus pantalones; había algo de elegante en la franela bien planchada. Con tristeza, se dijo: «No voy a vanagloriarme de ser el instrumento elegido para la entrada de Delius en la otra vida. No es eso… Lo que quiero decir es que no sabe lo que le espera, no tiene miedo, no durará mucho y la cuestión es que, desde luego, todos deberíamos estar preparados para morir en cualquier momento, cualquier día. La guerra al menos tiene que habernos enseñado eso, ¿no? Los bombardeos tienen que habernos enseñado eso. O sea, eso sí depende de cada uno de nosotros, ¿verdad?». Entonces se dio la vuelta y pensó: «En mi caso es un poco distinto… Yo sí quiero marcharme».

El chucho ladraba fuera y Delius dijo que dejaría entrar al animal un rato. Se reía con cierta timidez.

—Mi mujer no quiere, ¡pero Pots y yo tenemos nuestros secretos!

La única pena, pensó el señor Bowling, era separar al viejo de su perro.

—¿Le importa mucho si no lo dejamos pasar? —le preguntó en voz baja a Nandle.

Este se detuvo junto a la puerta y lo miró sorprendido. Su figura, alta y encorvada, proyectaba una enorme sombra en el techo bajo que llegaba hasta el fondo del salón, donde oscurecía la alcoba blanca que había allí. Su rostro adquirió una expresión tímida, infantil, bastante peculiar, como si estuviera pensando: «Madre mía,

espero que no sea un huésped muy difícil. ¿He dicho algo inconveniente?».

—Lo siento muchísimo —dijo con voz pausada y cohibida mientras se debatía, aún con la mano en la puerta—. ¡Creí que le gustaban los perros!

Bowling seguía de pie, con las manos en los bolsillos.

—Y me gustan, amigo —repuso animado, aunque sin dejar de mirarse los zapatos.

—No habría…

—No, no, es solo que me duele un poco la cabeza, nada más.

—Vaya, ¡no me diga…!

—No es nada, una leve jaqueca. Pero creo que el animalito, aunque es adorable…

—¡Por supuesto! No va a estar dando brincos por aquí, el muy bruto, si se encuentra usted mal. Espere, creo que tenemos aspirinas en alguna parte.

—No…

—Estarán en la habitación de Fairy. No tardo nada en subir a por ellas.

—No quiero molestarle, amigo, de veras.

—¡Insisto! No es ninguna molestia, Bowling. Al contrario.

Nandle salió y Bowling oyó el ruido de sus pasos subiendo las chirriantes escaleras, cubiertas de sombras gigantescas, y llegó a vislumbrar la preocupación en su rostro arrebatado, como si fuera pensando: «No sé por qué habrá dicho eso de Pots; ha sido muy amable con el animal después del almuerzo, e incluso ha dejado que se le subiera a las rodillas. Espero que no caiga enfermo justo ahora… ¿Cuánto tiempo más se va a quedar? Ha dicho que se habría ido antes de que Fairy y Niggs regresaran, pero no parece tener mucha intención de moverse. ¿Se estará aburriendo?». Las arrugas de la frente se le acentuaron.

Delius subió, fue a la habitación de su mujer y buscó las aspirinas.

Al salir, se acordó del armario donde guardaban todos los juegos y pensó que a Bowling podría apetecerle una partida de damas. Abrió el armarito blanco y metió los largos dedos. Era un plan bastante aburrido, suponía, pero tal vez empujase a Bowling a marcharse; la verdad era que no era demasiado fácil de entretener. A lo mejor era tímido; la mayoría de la gente era tímida de un modo u otro, en el fondo. Él se sentía muy tímido ahora, de hecho, aunque pareciese ridículo, al quedarse a solas con Bowling. Quizá fuera mejor dejar las damas, después de todo, y limitarse a bajar con las aspirinas y ofrecerle algo de beber.

Dudó y, al final, decidió coger el tablero y ofrecerle una copa, las dos cosas. Y un puro.

En el armario estaba el juego de *mahjong* que le había regalado a Fairy hacía mucho tiempo, cuando empezó a trabajar como asistente de un arquitecto, oficio al que todavía se dedicaba. Suspiró al pensar en los años que habían pasado y cómo parecía haberlos desperdiciado. ¿Desperdiciado? Bueno, bueno, ¿quién podía decir si los minutos, las horas o los días de una vida se habían desperdiciado mientras uno no pudiese juzgar esa vida en su conjunto? ¿Y cuándo, en verdad, podía juzgarse la vida como un todo? Nunca, al menos, no a este lado del Estigia. Había un mínimo de belleza y consuelo en eso, ¿no?

Cerró el armario y empezó a bajar de nuevo las escaleras, con el tablero de damas en una mano y las aspirinas en la otra.

Al doblar el recodo de los chirriantes escalones, se sorprendió de ver que el señor Bowling había apagado la luz. Solo quedaba el resplandor de la lumbre y sus cálidas y temblorosas sombras.

—¿Está ahí, Bowling? —preguntó desconcertado. No lo veía. ¿Estaba sentado, o habría salido?—. Tal vez le apetezca un *whisky* con soda para la aspirina. Y luego, si quiere estar un rato tranquilo antes de marcharse, si de verdad tiene intención de volver a la ciudad esta noche, aunque me encantaría que se quedase, en fin, tal

vez podríamos echar una partida de damas. No recuerdo cuándo fue la última vez que…

Cuando su voz se apagó tan de repente, se hizo en verdad un profundo silencio, roto solo en la distancia, como suele pasar en el campo: el perro gimoteando en el cobertizo, un tren lejano… El ruido más próximo, y más íntimo y vital, era el de las crepitantes llamas de la chimenea que devoraban la jugosa madera verde.

Y el golpecito del bote de aspirinas al caer sobre el suelo de madera; y el golpecito un poco más fuerte del tablero de damas al caer en el mismo sitio.

Y luego un sonido deslizante y amortiguado que podría haber sido cualquier cosa.

Y, por último, una puerta que se cerraba, dos puertas, con suma discreción.

… El señor Bowling disfrutaba de aquella sensación de entusiasmo que los londinenses siempre tenían cuando volvían a casa después de pasar unos días fuera. Conducía a la velocidad del viento mientras dejaba el silencio tras él. En Bromley paró en un hotel y se mezcló con el ruido y las luces. Era un ambiente alegre…

En el bolsillo tenía el paquetito de la señora Nandle. Durante el almuerzo le había preguntado si vivía cerca de Brook Green. Cuando él dijo que sí, le pidió que, si era tan amable, llevara un paquetito a una dirección de su parte: era frágil y en el correo podía romperse. Era un regalo para una persona. Bowling no había prestado mucha atención; solo dijo que estaría encantado de llevar el paquete sano y salvo a su destino. La dirección estaba escrita con la gigantesca letra de la señora Nandle.

Volvió a olvidarse de ello.

Cuando llegó a Londres, estaba un poco achispado y de buen humor. Le gustó volver a su piso, donde el ambiente era amistoso y

cálido. Se preparó un *whisky* con soda bien cargado, se lo bebió de un trago y bajó al club, donde, sin pensar, le pidió a Daphne un periódico.

—¿Un periódico? —repuso ella jovial—. Pero, señor Bowling, ¡si hoy es domingo!

El otro hizo una mueca.

—¡Qué tonto estoy! Me había olvidado por completo.

Capítulo XIII

Los domingos en Addison Heights se distinguían poco de otros días: el club abría una hora más tarde y la señora Farthing se ponía simplemente su vestido verde con falda de vuelo y el collar de cuentas de coral rosa. El señor Farthing estaba igual que siempre, vestido con el mismo traje oscuro y polvoriento, sentado en el mismo taburete, con aspecto huraño y malicioso y, tapándose la boca con la mano, decía: «Ya está aquí otra vez…, ¡pfff! Pues que no crea que se me ha olvidado», cuando entró el señor Bowling. Oyó que pedía un periódico y pensó que se refería a los dominicales, que tenía él allí a mano, sobre la barra, pero se dijo: «No voy a pasárselos, puñ***** capitalista, ¡que mande a uno de sus criados a buscarlos! ¡Supongo que querrá ver el puñ***** horóscopo!». Casi todo el mundo en el club hojeaba el horóscopo del domingo, aunque aseguraban que era una tontería y que nunca acertaba en nada. Por otra parte, sin embargo, había una mujer delgada, entrada en años, pelirroja y con una cicatriz que le cruzaba los labios, que había hecho del amor una larga profesión y se había ganado un buen retiro allí, que creía ciegamente en el señor Naylor del *Sunday Express* y decía que la había salvado
de cometer muchos errores. Y el capitán Batcher, campeón de
squash, se frotaba el cuerpo sudoroso bajo la ducha y con frecuencia admitía, hablando con su camarada, el almirante Leopard: «Yo soy como un niño en el asunto este de las estrellas, amigo. Pondría la mano en el fuego por Adrienne Arden, del *News of the World*, ¿la conoces?». El almirante Leopard conocía el *News of the*

World. Le parecía un periódico con mucha chispa, pero a ella no la seguía, «solo alcohol y billares, ¿eh?». El almirante tenía la cara roja como la remolacha y era muy popular porque una noche que iba más contento de lo normal había confundido el despachito del señor Farthing con el urinario de caballeros, pues estaban puerta con puerta, y, cuando el señor Farthing fue a su mesa había dicho, sorprendido: «¿Una gotera aquí…? ¡Maldita sea! Daphne, ¡ven enseguida!». Los domingos no había baile, pues Ted Tickler y su banda tenían un contrato en la sala Locarno, de Tooting Bec, donde castigaban con *swing* y buguibugui a parejas extasiadas que después iban al parque a estirar sus jóvenes y doloridos miembros. El señor Bowling se tomó una copa con tres personas a las que conocía solo de saludarse por los pasillos: el teniente de aviación Hollowshaw, la mujer que según la gente no era en realidad la señora Hollowshaw, y la sosa jovencita que según la gente era en realidad la señorita Hollowshaw. El teniente parecía un águila y mantenía una apropiada reserva sobre cosas que todo el mundo quería saber. Solo dejaba escapar sugerentes insinuaciones acerca de lo que había hecho en realidad el Comando de Bombarderos o sobre cómo Churchill había cruzado el Atlántico o de los daños que de verdad habíamos causado a Berlín desde que empezó la guerra. La señorita Hollowshaw era más bien como un ratoncillo que hubiera aprendido a sostenerse sobre dos patas y decía que le parecía maravillosa la idea de los rusos de tirar cadáveres alemanes a las calles de Berlín. La señora Hollowshaw tenía una cara afable y siempre estaba enseñando el anillo porque sabía que nadie creía que de verdad estuviera casada con Jock. A ella no le gustaba hablar de cadáveres ni de asuntos de guerra y vivía el presente minuto a minuto, pues nunca sabía cuándo volvería a ver a Jock, si es que volvía a verlo. Le gustaba hablar de pisos y casas y le estuvo diciendo al señor Bowling que allí los pisos de una habitación eran «muy estilosos» y que los de dos habitaciones eran

«tremendamente estilosos, la verdad» y que, en su opinión, los de tres habitaciones eran «increíblemente estilosos». Cuando sonreía, enseñaba unos dientes demasiado largos y Bowling pensó que tenía los hombros más estrechos que había visto en su vida. Oía aquellas conversaciones como en un sueño y tenía la sensación de que esa forma de vida moderna era un invento muy inteligente, si pensaba en cómo había vivido antes, en esas habitaciones desnudas y solitarias, sin radio ni luz y sin llegar a conocer a nadie en la casa, a excepción del atrevido o el pesado o el desesperado que llamaba a tu puerta y te pedía tímidamente un chelín para el gas porque se había quedado sin cambio, pero te lo devolvería en cuanto fuese al banco, cosa que por supuesto nunca pasaba porque el pobre diablo no sabía ni cómo era un banco por dentro, ya que de los bancos solo había visto las fachadas. En ese momento se sentía benévolo, igual que el teniente, y los dos pensaban: «Bueno, es todo muy bonito y alegre, pero dentro de un par de días, en fin, ¿quién sabe?». Le hicieron una seña a Daphne, que se acercó sonriendo para decir, con sus modales de domingo:

—¿Lo mismo, señor? Me temo que nos hemos quedado sin *ale* escocesa. ¿Les apetece una *lager* embotellada?

—¿Qué tal un poco de ron? —sugirió Hollowshaw mirando a su alrededor.

—¡Ron! —convinieron los demás—. Buena idea…

—Tres rones, largos, Daph.

—Para Phyllis no —intervino enseguida la señora Hollowshaw—. Vas a emborrachar a la niña.

—Ay, Stee —le dijo Phyllis a su madre, si es que era su madre—, ¡eres un fastidio!

Todos se echaron a reír, indulgentes. Luego fueron a las máquinas, mientras buscaban monedas de seis peniques, y la señora Hollowshaw dijo que eran muy estilosas y que le encantaban, y después fueron a la galería a ver un partido de *squash*. Dos hombres

gruesos con camiseta y pantalones blancos estaban golpeando la pelota por encima de la línea y corriendo de un lado a otro para cogerla en el rebote y volver a lanzarse hacia delante gritando: «¡Lo siento, señor!», y la pelota volaba a una velocidad increíble y hacía un ruido suave y sibilante como ffflap, ffflap.

—¡Lo siento, señor!

¡Ffflap!

—¡Estupendo, amigo!

¡Ffflap!

Y había ovaciones desde la galería.

—Es tremendamente estiloso —dijo la señora Hollowshaw, apoyándose en la barandilla—. ¡Me encanta verlo! ¿Te acuerdas de cuando fuimos a las Bermudas, Phyll? ¡¿De aquel hombre que nos hizo reír tanto…?!

—¡Shhh! Stee, no se puede hablar de eso, querida.

—Perdón —susurró esta, encorvando con timidez los estrechos hombros—. ¡Culpa mía, desde luego!

Todos sonrieron con gesto educado y comprensivo. El teniente Hollowshaw no quitaba ojo a la pelota, como si tuviera en mente bombardear en picado esa maldita cosa. No había objetivo demasiado pequeño para él, pardiez, y estaba bien volver a ver un poco de movimiento (ya le irritaba aquel permiso que, de pronto, parecía interminable).

El señor Bowling se escabulló en silencio y sin dejar de sonreír. Se dio cuenta, una vez más, de que el señor Farthing estaba vigilándolo, apoyado en la pared de su despacho.

Los sitios, pensó Bowling, como la gente aburrida, nunca parecían tan agradables como cuando uno estaba a punto de dejarlos.

Su piso nunca había parecido tan acogedor como aquella noche, cuando estaba allí solo, sentado en el salón contemplando la estufa

eléctrica de dos resistencias que le achicharraba los pies, enfundados en las zapatillas de estar por casa. «La comisaría será un poco más lúgubre», caviló, y entonces se lamentó por las semanas que inevitablemente tendrían que pasar antes de que se pusieran manos a la obra con la miserable tarea de despacharlo.

La habitación estaba envuelta en música de Mozart.

Fuera se había levantado algo de viento y alcanzaba a oír cómo las hojas de los árboles revoloteaban en el balconcito de piedra, al otro lado de las cortinas aterciopeladas. ¿Cómo habían llegado hasta ahí? Las hojas le hicieron pensar en el campo, y el campo le hizo pensar en la excursión al bosque de Ashdown, y eso le hizo pensar en el pobre Delius. ¿Pobre? ¿Por qué pobre? Tonterías, nada de pobre; compartía con millones de valientes la gloria de aquel último secreto diminuto que nos derrotaba a todos. ¿Derrotarnos? No, nada de eso. Los sensatos y los honestos sabían todo lo que había que saber sobre ello. Pensó en los fantasmas, que en su opinión eran solo los muertos culpables, o los muertos inocentes pero preocupados, los espíritus que estaban intranquilos por alguien o por algo. A él no le había visitado ningún fantasma: ni Ivy, ni el señor Watson, ni el señor Winthrop, ni el señor Nandle. Ninguno. Estaban demasiado ocupados y dichosos, y eran demasiado inteligentes, esperaba, para malgastar más tiempo rondando por allí, en un lugar inhóspito e insatisfactorio. Bueno, estaba bien en verano, claro, pero si echabas cuentas ¿qué tenías? O pasabas demasiado calor, o demasiado frío; o faltaba agua o estabas siempre calado; o te empachabas o pasabas hambre; ¡o eras demasiado feliz o demasiado desgraciado! Dejó escapar una risita. «Pfff. —La risita se apagó—. No sé, la verdad… ¡Pfff!». Y se miró los pies recocidos. Se quedó un rato allí sentado, meditando. Al poco se puso a calcular: «Habrán vuelto de la iglesia sobre las siete y media. Llaman al médico, que llega, digamos, a las ocho. Luego llaman a la policía, que se presenta, pongamos, a las nueve. Entonces dicen, después de las típicas

preguntas, que el señor Bowling vive en el número 502 de Addison Heights, en Londres, código postal W11. No tenemos su número de teléfono, a menos que el pobre Delius lo tuviera en algún sitio. ¿Tú sabes si lo tenía, Niggs, cielo?». Pero la policía diría: «No se preocupe por eso, señora; podemos preguntarlo en la centralita», lo cual alargaría la cosa hasta las nueve y media, como mucho, incluyendo las órdenes desde la comisaría de Knockholt: «Detened a ese tal Bowling, si lo encontráis. Tenemos que hablar con él». Y eso les llevaría, más o menos, hasta las diez menos cuarto.

Consultó su reloj de pulsera. Eran las nueve y cuarenta y cuatro.

«Mm», pensó, y se alegró de haber disfrutado de Mozart mientras aún tenía tiempo.

Se levantó y se estiró, luego fue al dormitorio y encendió la luz. Cuando otras personas habrían empezado a desvestirse somnolientas, bostezando de buena gana, o a disgusto si estuvieran pensando: maldita sea, y mañana otra vez al condenado puesto de ambulancias y todos esos ridículos sabiondos del consejo municipal parloteando sobre lesiones de columna…, el señor Bowling empezó a hacer el equipaje. Cogió una camisa limpia, un pijama, calcetines, pañuelos y una bata, se acordó de los cuellos y de los trastos para afeitarse que tenía en el baño, cerró la maleta en silencio y la dejó preparada, encima de la mesita de roble del recibidor. Miró el reloj y volvió al salón. Se encendió un puro y empezó a pasearse distraído de un lado a otro. De vez en cuando consultaba el reloj y el minutero iba arrastrándose hacia las diez.

De pronto pensó algo que le inquietó, aunque no era la primera vez.

«Si el veredicto es enajenación mental —se dijo con pesar—, estoy vendido. ¿Te das cuenta de lo que eso significaría, amigo? Iría a ese puñetero manicomio, con Ronald True y toda esa gente, ¡para el resto de mis días!».

Le preocupaba. No hay móvil, ¿entiendes?, pensaba una y otra

vez. Aunque supongo que podría inventarme una pelea, pero ¿no ves que eso invalidaría mi idea? Estoy seguro de que no parezco un loco, y claro que no estoy loco. Hay mucha gente que podría dar fe de ello: Queenie… ¿Queenie? No, es un cielo y sería capaz de subirse al estrado y decir que estoy chiflado solo para salvarme el cuello. Menudo aprieto. «¡Maldita sea!», se dijo.

Tendría que arriesgarse, no había más remedio.

Era una posibilidad justa, como las demás.

Miró otra vez el reloj. Las diez en punto.

Cuando llegaron las once, empezó a exasperarse. Seguía dando vueltas por el salón, con la maleta preparada, el sombrero y el abrigo listos.

A medianoche volvió a encender la radio y oyó las campanadas del Big Ben y las noticias.

Enfadado, la apagó de nuevo y estuvo deambulando por la habitación hasta la una. «Si me voy a la cama —pensó—, seguro que se presentan y tengo que vestirme otra vez».

Estaba de muy mal humor.

… Cuando amaneció, estaba dormido en el sillón, con los pies pegados a la estufa eléctrica.

Durmió como un tronco hasta las ocho.

La refugiada belga tenía su propia llave, entró como de costumbre y se puso a preparar el desayuno del señor Bowling. No mostró sorpresa alguna cuando lo vio dormido en el salón. Se limitó a hacer sus tareas y no lo despertó hasta que el desayuno estaba listo, cuando corrió las cortinas y abrió un par de ventanas para ventilar un poco aquello. Era un día casi invernal, pero bonito; había caído una buena helada, pero el sol se estaba ocupando de derretirla. El señor Bowling había soñado que estaba en una celda y que la cama era estrecha, corta y dura.

Se levantó de un salto.

—¡Rediez! —exclamó—. ¿Dónde estoy? ¿Qué…?

La mujer no dijo nada, solo le colocó la silla, por decirlo así, para que se sentara a desayunar. Inexpresiva, salió del piso y cerró la puerta.

Capítulo XIV

Más o menos al mismo tiempo, el señor Farthing abrió la puerta de la tienda. Lo primero que hacía siempre los lunes por la mañana era encender las luces y ponerse a barrer un poco y a limpiar el polvo. El local no tenía ventanas, salvo por el escaparate que daba al vestíbulo del edificio y al restaurante. Estaba limpiando los caballos de porcelana cuando vio que el señor Bowling bajaba en el ascensor y salía a la calle sin abrigo ni sombrero. Le pareció que estaba preocupado. Al cabo de unos dos minutos, Bowling volvió cargado de sabe Dios cuántos periódicos. Lo vio sentarse en el sofá y empezar a leerlos con detenimiento. «Estará muy interesado en la guerra —se dijo el señor Farthing con acritud—. ¿A qué se dedicará? Tendrá algún trabajito cómodo y seguro en un ministerio, claro, treinta y tantas libras a la semana en el bolsillo por no hacer nada de nada». Cuando más tarde volvió a ver a Bowling con las primeras ediciones de los periódicos vespertinos, leyéndolos deprisa, pero con atención, como si temiera perderse algo, el señor Farthing pensó: «Pues claro…, ¡las carreras!». Pero entonces se dio cuenta de que no había carreras en ningún sitio hasta el mes siguiente (eso lo sabía). ¿Debería decírselo?

La curiosidad del señor Farthing ya no tenía límites. Mientras fregaba la entrada de la tienda, cavilaba: «Daría algo por saber qué demonios hace», aunque se decía, resentido, que no era interés personal, sino que solo creía que era responsabilidad de todos vigilar a la gente en estos tiempos; bien podían ser espías o quintacolumnistas. «Nunca lleva uniforme —pensó, olvidando que él

mismo tampoco—. ¡Para que confíes en los puñ****** capitalistas!».

Fregaba el escaparate con expresión amarga. Se pasó todo el día pensando en Bowling, diciéndose que no había olvidado ni por un segundo el comentario que hizo sobre él aquella primera noche en el club, cuando le oyó preguntar: «¿Quién es ese tipejo?». Que no se imaginara que iba a olvidar una cosa así. No lo había olvidado y jamás lo olvidaría.

—Te lo aseguro —le decía a su mujer.

—Cállate ya —contestaba aburrida la señora Farthing—. Solo dices tonterías.

A última hora de la tarde, vio salir otra vez al señor Bowling y lo vio volver con ejemplares del *Evening Standard*, el *Evening News* y el *Star*. Se sentó a leer de arriba abajo una página tras otra, dejaba un periódico a un lado, como enfadado, y cogía otro. Después, los tiró todos y se dirigió a grandes zancadas hacia el ascensor. No apareció por el club en todo el día. El señor Farthing había decidido que si lo hacía entablaría conversación con él y husmearía un poco. «Nos lo debemos a nosotros mismos», se dijo en actitud patriótica, y también se lo dijo a Daphne, a lo que, tapándose la boca con la mano, añadió:

—En otras circunstancias, no me rebajaría a hablar con una persona así, ya me conoces.

Daphne dijo que sí y se echó a reír.

—No eres más que una mujer —replicó él. Le molestaba que no lo tomaran en serio—. ¡No me extraña que el país esté como está! Os lo tomáis todo a guasa.

—¿No decía que el desastre del país era culpa de los capitalistas? —La chica soltó una risita—. ¡Ahora resulta que es culpa mía!

—Ponme un *whisky* con *ginger ale*.

—¿Para qué preocuparse?

—Yo sé cuál es mi deber —repuso Farthing en tono misterioso.

—¿Y por qué no se alista, entonces? —dijo ella con una sonrisa.

El otro se puso rojo.

—No sirve de nada hablar contigo —le soltó, y luego estampó un florín en la barra.

Esperó y vigiló, pero el señor Bowling no apareció por allí.

A la mañana siguiente, cuando estaba abriendo la tienda, vio que Bowling salía otra vez y volvía con un montón de periódicos.

La señora Farthing entró en la tienda.

Su marido la miró desconcertado.

—Creí que habías dicho que nunca pondrías un pie aquí dentro —le recordó con aspereza.

Luego soltó una carcajada. La había vuelto a pillar. ¡No era más que una mujer!

A ella le dio igual, ya estaba acostumbrada.

—Cállate —dijo cortante— y dame una silla. No quiero entrar aquí, pero tenemos que hablar.

—¿Por qué? —preguntó el señor Farthing con afectación. Luego le colocó una silla y vio cómo se acomodaba.

—Ha venido el gerente. No conseguimos suministros, así que hay que cerrar el restaurante.

Farthing se quedó con la boca abierta.

—¿Cerrar el restaurante? —repitió. Y enseguida se temió lo peor—. ¿Y también la tienda? ¿Y el club?

—Cállate, ¿quieres? —La mujer se sonó la nariz, sin prisa—. He dicho el restaurante. —Se sonó otra vez—. Voy a irme a Broadstairs, con la tía Jinnie. Quiere que la ayude a sacar adelante la tetería.

Estuvieron discutiéndolo y el señor Farthing se olvidó de Bowling durante un rato. Se lio un cigarrillo, como tenía por costumbre: sacó papel, la liadora y la picadura de tabaco y, apoyado en una mesa, escuchaba a su mujer.

No es que el señor y la señora Farthing se tuvieran manía. Estaban casados y las cosas no les iban bien, en lo económico, desde hacía mucho, pero habían aguantado: llevando una pensión durante un tiempo y luego una casa de huéspedes. Llegó un punto en el que las fanfarronadas de Alfred sacaban de quicio a su mujer y la situación se tensó un poco, pero se recuperaron en cierto modo cuando ella dio a luz, a pesar de sus limitaciones físicas. Sin embargo, el niño murió, y la señora Farthing también estuvo a punto de irse al otro barrio. Aquello volvió a unirlos, a su manera —una manera áspera y nada romántica—: ella le decía «¡Cállate ya!» cuando él comentaba animado que no era mala mujer, «aunque esté delante»; cosas así de sentidas. Pero más tarde, por orden del médico, ella se vio obligada a «negarle la alcoba», como él decía, aunque el señor Farthing sospechaba la verdad, que era que su mujer agradecía la excusa. Se levantó entre ellos una barrera como un muro de acero, la maquinaria se rompió y no volvió a recomponerse. Él se enrabietó y empezó a tener sórdidas aventuras con criadas, empleadas de lavandería, panaderas y dependientas y, cuando su atractivo fue disminuyendo más y más, con prostitutas de Hyde Park y del Soho. Para entonces ya habían conseguido el trabajo de Addison Heights y seguían juntos por cuestiones económicas, en una especie de combate continuo y agridulce. A los dos les costaba creer que alguna vez hubieran significado algo el uno para el otro, y los dos se avergonzaban un poco al pensarlo.

Parecían, como decía Daphne, unos Darby y Joan idos a pique. A él la gente no lo aguantaba, por sus groserías y su enorme cuello de toro, pero ella caía bien por su luminosa sonrisa y la forma que tenía de decirle a su marido que se callara.

Ahora estaba sentada en esa sombría tienda y parecía más bien una reina que ha tenido la cortesía de dar audiencia a un viejo y aburrido súbdito al que se siente en la obligación de jubilar con una paga tras sus largos años de servicio. La falda se le desparramaba a

los lados como un miriñaque a causa de las piernas torcidas.

El señor Farthing tenía un aspecto no muy distinto al de un exdictador fascista para quien las arenas del tiempo se agotan a toda prisa y que estuviera malhumorado por ello, pero impaciente por mantener las apariencias hasta el final con los generales, por los viejos tiempos. Podría estar diciendo, incluso: «Sí, todo eso está muy bien, pero ¿y lo que yo hice por Roma?».

La tienda era de una modernidad quebradiza y hasta las sombras naturales estaban veteadas de un modo surrealista. La extravagante pantalla de una lámpara, de color rojo intenso, estaba decorada con una escena en la que una ramera desnuda se postraba ante el trono en la corte del rey Arturo. El soberano tenía un aspecto ultramoderno, como si acabara de tomarse un par de copas en el Ivy o en cualquier otro *pub*.

Una puerta se abrió en el despachito del señor Farthing y la sombra que se proyectó en el suelo parecía cortada a cuchillo.

—Pues esa es la idea —le dijo su mujer—. ¿Qué te parece?

Su torpe y hosco cerebro tenía mucho que decir al respecto, pero aquello lo había pillado desprevenido y los pensamientos se le atascaban. Se revolvían y forcejeaban en ese cuello de botella que se le había formado en la cabeza, pero solo era capaz de articular cosas como: «¿Qué significa eso?» o «Espera…, ¿qué? Es todo muy…», y su estúpido rostro se sonrojó un poco cuando, al fin, le dijo que le parecía bien, pues de pronto se vio allí solo con Daphne mientras su mujer sacaba adelante la tetería de Broadstairs y, además, podría huir allí con ella y con su tía si (Dios no lo quisiera) caía una bomba sobre el edificio o pasaba cualquier otra cosa. Era como un tipo al que, yendo en bicicleta por la carretera, lo hubiera rozado apenas un Rolls-Royce y se hubiera caído: sabe que no está herido, pero aun así intenta pensar rápido en algo para sacar dinero; sí, mira, el guardabarros está un poco doblado; reclámale cinco libras, y, ¡vaya, sí, fíjate!, tienes un moratón bien claro en la pierna,

pequeño, pero quién dice que no derive en una septicemia; mejor presenta una demanda y sácale veinte libras, que estos capitalistas se lo pueden permitir…

La señora Farthing se lo estaba imaginando y se echó a reír.

—¡Cállate! —le dijo entre carcajadas cuando su marido fingió recriminarle que se largara y lo dejara allí a cargo de la criatura. Muy bonito. Ella se partía de risa—. Daph no es ninguna criatura —se mofó, encantada.

Él se puso como un tomate.

—¿Daph? ¿Quién ha hablado de…?

—Madura ya —siguió burlándose la otra. Volvió a sonarse la nariz y dejó de reírse—. Bueno —concluyó satisfecha (Alfred no soportaba las bromas)—, pues ya está.

—Muy bien —repuso él bastante seco—. ¿Cuándo te vas?

—Me marcho hoy. ¿Por qué no? Aquí no hay nada que me retenga —añadió risueña la señora Farthing, que ignoraba el numerito de su marido—. Aunque tengo que dejarlo todo en orden, claro. Y hacer el equipaje.

… Cuando ya había despedido a su mujer en el taxi, Farthing vio que el señor Bowling cogía otro.

Aquello lo desalentó mucho, la verdad. Encantado para sus adentros con el giro de los acontecimientos, había tomado la decisión de concentrarse con especial interés en Bowling, en pro del Gobierno británico. Sin embargo, cuando la señora Farthing ya se alejaba tan contenta, y le había dicho jubilosa al conductor: «¡A Waterloo!», el señor Bowling salió del edificio con gesto solemne y una maletita marrón y, en ese tono de voz tan refinado que tenía, le dijo al portero: «¿Podría pararme un taxi, por favor? Tengo que ir a Charing Cross». Y resultó que allí mismo había otro taxi esperando.

Después de unas cuarenta horas de la más intensa incertidumbre, la

capacidad de resistencia del señor Bowling se quebró y, con una estridente e incrédula carcajada, para sus adentros, decidió hacer lo único que podía hacer. Estaba en su piso y rompió a reír en voz alta cuando llegó a esa conclusión. Aquello ya rozaba lo grotesco.

La vida, desde luego, podía burlarlo a uno algunas veces.

La asistenta belga lo oyó reírse, pero no reaccionó de ningún modo y, cuando Bowling empezó a ponerse el abrigo y el sombrero, ella se limitó a observar el movimiento de sus labios mientras hablaba, pero su expresión no cambió ni un ápice. Le dio la impresión de que se iba para siempre porque, lejos de lo que solía hacer, le estrechó la mano y luego le dio un billete inglés de cinco libras. No estaba muy segura de cuánto valía eso en realidad, pero ya se lo diría alguien, y el señor Bowling la vio sacar un monederito que llevaba colgado con cinta negra debajo de la ropa —con toda la calma del mundo, inexpresiva— y meter el billete junto a unos cuantos más. Se dijo que estaría ahorrando para volver a levantar un hogar, después de la guerra, cuando la Providencia le permitiera regresar a su patria. Sonrió y se despidió de ella, hizo una leve inclinación con la cabeza, cogió la maleta y salió, pensando: «No creo que se haya enterado de nada de lo que le he dicho, la pobre, y supongo que tampoco le dirá nada al gerente, pero qué más da». En la calle, vio que el tal Farthing estaba despidiendo a su mujer en un taxi, y observándolo a él, como de costumbre, y se dijo: «Menos mal que no tendré que volver a ver a este tipo. ¡Es un auténtico fantoche!». El taxista era un hombre alegre, tenía mucho que comentar sobre la tunda que les estaban dando a los nazis en varios lugares y fue silbando hasta Charing Cross y diciendo que lo que él esperaba con ganas de verdad era el momento en que pudiéramos tirarnos en paracaídas un poco más cerca del mismo Berlín y reventar a palos a esos cabrones.

El señor Bowling iba bastante cómodo en el asiento de atrás y sonreía.

Charing Cross estaba lleno de militares, soldados que iban y

venían, y fue silbando hasta las taquillas para comprar un billete de primera clase a Knockholt.

—¿De ida y vuelta? —preguntó el taquillero.

—Solo de ida —repuso jovial el señor Bowling, pensando risueño que la vuelta correría a cargo del Gobierno.

Le hizo gracia pensar en el momento en que el taxista leyera el periódico esa noche, cuando, tal vez, viera su foto junto al titular: «Se entrega el asesino de Knockholt». El tipo se llevaría la mano a la gorra y exclamaría: «¡Ostras! ¿Jim? ¿Fred? Venid aquí… ¡Mirad! ¡Hoy he llevado a este tunante a la puñetera estación de Charing Cross!».

Era bastante divertido.

En el quiosco, el señor Bowling decidió que ya estaba harto de periódicos, y harto del *Picture Post*, y que haría el trayecto en tren en silenciosa contemplación. En prisión se dedicaría a leer la Biblia, que tenía mucho que rascar —era el libro más vendido del mundo— y aun así nunca había sacado un momento para ponerse a ello.

Encontró un compartimento vacío y se acomodó en el asiento mientras intentaba imaginar una vez más por qué demonios no había pasado nada de nada en las últimas cuarenta horas. La señora Nandle tenía su dirección, era ella la que le había escrito para invitarlo a pasar el fin de semana en su casa y, aunque era posible que no se acordara de ningún detalle en absoluto, resultaba poco probable. Además, en cualquier caso, ¿por qué los periódicos no estaban revolucionados con el caso Knockholt? Ya sabía que el espacio era limitado, pero siempre había sitio para un párrafo sobre un asesinato.

Al final, había llegado a la conclusión de que la mujer habría perdido la dirección, aunque pareciese absurdo, y también su propia carta. «Seguro que puse la dirección cuando contesté —pensó—. ¡Lo hago siempre!». Pero luego se dijo: «En fin, puede que por una vez no lo hiciera… Pero ¿qué pasa con la policía? Solo tenían que seguir la pista de los coches de alquiler hasta Godfrey Davis, donde sin

duda tienen mi dirección y mi número de teléfono».

Enfadado hasta la exasperación, había mandado el escabel de una patada a la otra punta del salón, se había echado a reír y había exclamado (hablando solo):

—¡Pfff! Está bien, Dios, ¡iré y me entregaré de una puñetera vez! Aunque en cierto sentido es un final condenadamente insulso.

Y, al ponerse el abrigo, pensaba: «Tendré cuidado con lo que diga cuando me informen de mis derechos. El abogado insistirá en que me declare no culpable y entonces negaré haberme entregado. Eso animará las cosas. Tengo que divertirme un poco… y ello complacerá a mi público». Le intrigaba bastante cómo sería eso de tener público al fin; tal y como él lo veía, mitigaba una de sus frustraciones principales. «¡Compositor acusado de asesinato!». Por fin en la opinión pública… ¡y como compositor! «Pura vanidad, desde luego. —Se sonrió con pesar—. Pero, mira, ¡qué demonios!, ¿por qué no, eh?». Sentado en el tren, con las piernas cruzadas, la raya bien planchada de sus pantalones apuntaba al suelo. Londres empezaba a retroceder y los edificios bombardeados pasaban por delante de la ventanilla. El campo se iba acercando poco a poco. Era un viaje muy corto. «Estos trenes eléctricos son demasiado rápidos, puñetas», se lamentó.

La puerta de su compartimento se abrió despacio y con cierta dificultad y una chiquilla entró desde el pasillo.

—Hola —le dijo con un poco de timidez.

En los vagones traseros, una mujer de clase trabajadora se despertó después de haberse quedado traspuesta un momento y vio que Dot había vuelto a desaparecer.

—Dichosa niña —gruñó, y se levantó todo lo grande que era.

Iba bamboleándose de un lado a otro del tren, llamándola:

—¡Doris! ¿Doris? —Se asomaba a los compartimentos y

preguntaba—: ¿Dot? ¡Verás cuando te…!

Y seguía adelante.

Al fin, llegó a encontrarse en disposición de contar durante años y años que Dot había tenido el santo descaro de meterse en un compartimento de primera clase y sentarse, literalmente, ¡en las rodillas de un hombre! Ahí estaban, como una pareja de tortolitos, sonriéndose radiantes. Ay, señor, disculpe. Disculpe, señor, le ruego que me perdone, qué vergüenza. ¡Esta Doris me va a llevar a la tumba! Discúlpela, señor. ¿Le gustan los niños, señor?… ¿Triste? ¡Nunca había visto a un hombre con una cara tan triste, santo cielo, jamás! Bueno, a ninguno de su clase, señor, en fin… Bueno, disculpe, tienen sus cosas buenas, estos críos, pero son unos auténticos cabritos cuando quieren, si me disculpa la expresión.

Capítulo XV

—¿Dónde está la comisaría? —preguntó el señor Bowling a un chófer en Knockholt.

El hombre le dijo que siguiera recto y que luego girase a la derecha, después a la izquierda, y la encontraría por allí.

—Gracias —repuso Bowling con voz apagada.

Algo lo había entristecido. Tal vez fuese el hecho de que hacía un día espléndido. El cielo era de un azul muy frío que hacía destacar el risco de piedra caliza que había detrás de las vías del tren y recordaba a esa intensa blancura que a menudo traía el verano.

Los campos parecían demasiado verdes y demasiado marrones, como un cuadro desmesuradamente exagerado. Un tipo ya viejo, de aspecto calloso y con una sola pinza en los tirantes, estaba arando una sinuosa ladera.

Bowling disfrutaba del paseo, su último paseo en libertad hasta dentro de muy poco tiempo, aunque podría hacérsele más largo debido a la impaciencia y la inacción. Algunos momentos más animados aligerarían la espera, desde luego, y esperaba que los abogados de ambas partes fueran enérgicos y despiertos y no se mostrasen desinteresados y medio muertos. Sería horrible que aquello acabara en una especie de caso simplón y anodino, con picapleitos de mirada vidriosa, mediocres pero satisfechos. Como mínimo, sería humillante. Los grajos que sobrevolaban por allí le trajeron a la memoria la superstición según la cual podías gritarles un deseo y ellos saldrían disparados para hacer que se cumpliese. Mary Webb, por supuesto, recordó. Entonces pensó en The Rookery,

que llevaba el nombre de esas aves, y se preguntó en qué dirección estaría. Cuando fue aquel día (¿cuánto tiempo había pasado?, ¿de verdad había sido ese sábado?), estaba diluviando y no había podido fijarse mucho en el paisaje; solo bajaba la ventanilla de vez en cuando para gritarle a alguien: «¡Oiga, amigo! ¿Sería tan amable de decirme cómo se llega a un sitio llamado The Rookery? ¡La casa del señor Nandle!». Hoy todo aquello le parecía nuevo; a menudo la lluvia causaba ese efecto. Vio la carretera principal un poco más allá, pero le habían dicho que girase ahí, así que giró. Mientras caminaba, iba diciendo adiós, o *au revoir*, porque así era como veía la vida. «Estoy seguro de que podré aguantar unas cuantas semanas de monotonía e incomodidad en la cárcel —argumentaba para sus adentros—. Y creo que los carceleros, o como se llamen, suelen ser tipos bastante decentes». Se lo tomó con calma y tardó una media hora en llegar a la pequeña comisaría. Bajó por una calle y vio un edificio rojizo de dimensiones muy modestas, un poco más arriba, y le preguntó a un jovencito:

—¿Eso es la comisaría, muchacho?

—Sí —dijo el chico, que lo miró con un ligero interés.

—¡Muchas gracias!

—De nada.

Cuando sonrió y siguió adelante cargado con su maletita, notó que el muchacho no le quitaba los ojos de encima. Llegó a la comisaría, se detuvo y contempló la entrada. «Bien —pensó—, pues adiós a todo esto. Es un poco distinto a lo que me había imaginado, pero eso suele pasar y no deja de añadirle una pizca de dramatismo a la cosa, ¿no?». A media voz, dijo:

—Supongo que aquí uno entra sin más. No hay nadie en la puerta…

Respiró hondo, echó un último vistazo atrás, a aquello que el mundo conocía tristemente como libertad, y entró.

No se veía a nadie por allí.

Había un mostrador de detención y reseña: lo reconoció porque una vez llevó a Ivy a ver una obra de Edgar Wallace y había uno igual en el escenario. En la obra había también un montón de policías, pero, claro, esto era el campo y no Vine Street.

Mientras estaba allí de pie, indeciso, empezó a oír el eco de unos pasos que se acercaban y se acordó del internado, cuando los muy canallas venían a atormentarlo. Lo curioso fue que se le secó la boca y tenía el mismo dolor de estómago que entonces, cuando sus compañeros corrían en tropel hacia él gritando: «¡Venga, vamos a darle para el pelo a ese mugroso de Bowling! ¡A por él, chicos!». Y entonces se le echaban encima y todo era un revoltijo de brazos y piernas y chillidos, hasta que llegaba el viejo Guts y, tras humedecerse los labios con la lengua, decía, con aquella voz áspera: «¿Otra vez, Bowling? Preséntese en mi despacho dentro de diez minutos. Y no se moleste en acolcharse los pantalones… ¡Lo comprobaré!».

Ahora, cuando el sargento se acercaba con dos jóvenes vestidos de paisano, creyó que lo iban a encarcelar. En realidad, no le importaba, pero, cuanto antes acabase, mejor.

Entonces, de pronto, se sorprendió al darse cuenta de que los dos jóvenes iban esposados el uno al otro. Uno, ahora estaba claro, era un inspector, y el otro, un detenido.

Bowling notó una ligera náusea cuando el sargento se volvió hacia él y le preguntó con voz grave:

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle, señor?

Los otros dos individuos se quedaron mirándolos.

Bowling se aclaró la garganta. Se sentía como debía de sentirse un actor que estuviera a punto de declamar esa frase famosa y sobrecogedora que el público tan bien conocía y apreciaba mucho y que estaba deseando volver a escuchar. Entonces, en voz baja y con

la garganta reseca, dijo:

—Me llamo Bowling. Bowling. Creo que me están buscando.

Y consiguió esbozar una triste sonrisita. Esperó. La voz grave repuso:

—¿Bowling? Ah, sí, creo… Creo que me suena el nombre…

Parecía un poco avergonzado: los ojos se le iluminaron con una fugaz chispa de no sabía qué y le pidió al señor Bowling que se sentara, si quería, en el banco de madera.

Luego se fue a toda prisa, diciéndole a su compañero por encima del hombro:

—Llévatelo, Joe, y lo encierras. Yo voy enseguida.

El sargento salió, Joe bajó al muchacho por unas escaleras de madera, y el señor Bowling se sentó y se puso a contemplar, apesadumbrado, un retrato desvaído de lord Trenchard. «¿Habrá ido el sargento a que le den instrucciones? —pensó. Y luego—: ¿Por qué me habrán dejado solo? ¿Y si me escapo otra vez?». Pero justo en ese momento entró otro agente, le dio los buenos días con cierto aire de incomodidad, lo observó detenidamente con la mirada baja y fingió sin mucho disimulo estar ocupado en el mostrador con unos papeles. Era evidente que lo había enviado el sargento. «Ve ahí, Dick; date prisa —le habría susurrado—. ¡Tenemos a Bowling! ¡A Bowling, idiota! Yo voy a buscar al inspector jefe Smith».

Solo que en este caso era el inspector jefe Thwaite.

Su entrada fue, para el señor Bowling, todo lo contrario de lo que había esperado. Se esperaba miradas siniestras, intimidantes, frías y calculadoras.

El inspector jefe Thwaite entró muy despreocupado, vestido con un cómodo traje de calle, le estrechó cordialmente la mano y exclamó:

—¡Vaya, qué detalle que haya venido hasta aquí, señor Bowling! Veo que la señora Nandle consiguió localizarlo al fin. Bueno, eso es magnífico… Pero qué desgracia, pobre señor Nandle, y pobre señora Nandle también, claro; su casa calcinada hasta los cimientos de esa

forma… Un golpe terrible, sin duda —frunció el ceño—, volver de la iglesia, nada menos, y encontrarte tu hogar, y el desdichado cuerpo de tu esposo, reducidos a cenizas. Le hace a uno pensar un poco en Dios. —Y luego añadió—: En fin, vayamos a Sevenoaks para hablar con las señoras, ¿le parece? Es pura rutina, desde luego, pero al fin y al cabo fue usted la última persona que vio al pobre tipo con vida, por lo que tengo entendido, ¿no es así?

… Tanto la señorita Souter como la señora Nandle se mostraron en extremo conmovidas por cómo aquella tragedia había afectado al señor Bowling, quien, después de todo, tampoco conocía tanto al pobre Delius. Parecía hundido por completo y nada de lo que ese amable inspector Thwaite dijera conseguía levantarle el ánimo lo más mínimo.

No obstante, la muerte afectaba a cada persona de un modo distinto, ¿no? La señorita Souter no dejaba de asegurarle al señor Bowling, como le había asegurado a su querida y pobrecita Fairy, que el bueno de Delius no pudo haber sufrido en absoluto. Estaba convencidísima y no tenía ni idea de cómo demonios el muy idiota había acabado muriendo abrasado cuando había ventanas por las que saltar y puertas por las que salir de allí. «Tal vez se puso a intentar apagar las luces», aventuró una vez, pero le parecía que hasta un hombre tan tonto como Delius tendría que haberse dado cuenta de que, con la casa ardiendo, una lucecita más poco podía importar.

La señora Nandle, aturdida por lo repentino de todo aquello, no estaba en condiciones de llegar a ninguna conclusión. Ella conocía a Delius, sabía que el pobre era un perfecto inútil, y suponía que se habría quedado dormido y se habría despertado rodeado por las llamas y el humo, o tal vez ya hubiera perdido en parte el conocimiento… Bien sabía Dios que el pobrecillo no tenía mucho, en

cualquier caso.

Era un grupito triste y afectuoso el que se quedó en el salón del hotel de Sevenoaks cuando el inspector Thwaite se marchó. Qué amable había sido, y la instrucción desde luego sería muy simple y para nada una ceremonia desagradable. Las dos mujeres iban de negro riguroso, pero el señor Bowling habría estado demasiado confundido para acordarse del luto, tal vez, y sin duda, con la vida tan alegre y sofisticada que llevaba en Londres, ni siquiera creía en esas costumbres tan anticuadas. Mucha gente no lo hacía, de hecho. Una vez habían leído un artículo de una persona con ideas muy avanzadas y modernas que afirmaba que los funerales deberían celebrarse en el jovial ambiente de un partido de tenis, con «los invitados vestidos de blanco y sonrientes y bebiendo limonada en vasos con pajita». Nada blanco se veía sin embargo en la señorita Souter ni en la señora Nandle, salvo su rostro y algunos mechones canosos en el pelo. Las dos llevaban vestidos negros y ligeros; habían podido rescatar de las ruinas una cómoda con ropa y pocas cosas más de un armario medio quemado. Era casi lo único que habían recuperado. Cómo se parecía a los edificios bombardeados. La señora Nandle dijo que le recordaba a cuando Delius y Niggs la habían llevado a visitar Eastcheap y Moorgate en Londres y habían estado en medio de los escombros al anochecer y parecía como si estuvieran en una ciudad asolada que Dios hubiera destruido por sus pecados. La pobre ciudad no había pecado, ¿verdad? Ni el pobre Delius tampoco, no desde hacía muchos años; no había tenido oportunidad de pecar. ¿O tal vez sí? El salón del hotel era oscuro y acogedor, y la chimenea se parecía mucho a la de The Rookery. La señora Nandle volvió a llevarse el pañuelo a los ojos y echó una miradita al jarrón con hojas de haya que había en el rincón, mientras pensaba: «¡Es insoportable! Pensar que ahora esto tiene que ser nuestro hogar hasta que llegue el pago de la compañía de seguros… ¡No puedo!».

—Aún me tienes a mí, querida. —Niggs le daba palmaditas en la mano enguantada de negro y le decía—: ¡Tienes que intentar no rendirte!

Niggs se estaba esforzando mucho: en tratar de animar al señor Bowling, en evitar que Fairy sucumbiera a una crisis emocional aún mayor (ahora creía que no había sido una buena esposa para Delius) y preguntándose si parecería insensible por su parte comerse una segunda porción de pastel de fruta, que resultaba que era su preferido. Un poco sonrojada, e intentando dar a entender que no podía probar bocado sin casi atragantarse, deslizó el codiciado trocito a su plato y lo dejó allí por lo menos treinta segundos antes de hincarle el diente.

—Hay que intentar animarse —le dijo al señor Bowling con voz suave—. Aunque por supuesto es un golpe tremendo para los tres. ¡Y después de un fin de semana tan encantador!

—Aún no me lo creo —murmuró Fairy Nandle por cuadragésima vez—. No me lo puedo creer. ¡Cuando volvimos a casa y vimos las llamas…!

—Creímos que sería un bombardero enemigo que hubieran derribado, señor Bowling. Pensamos que había caído envuelto en llamas delante de The Rookery. Pero, cuando nos acercamos, ¡era The Rookery! Y, claro, los bomberos tuvieron que venir desde muy lejos.

—Fueron estupendos —comentó la señora Nandle.

—Pero no pudieron hacer nada, señor Bowling. Debería ir a verlo usted mismo. ¿O no podría soportarlo? ¿Qué opinas tú, Fairy, cielo?

—¡No! No quiero volver allí jamás. ¡Nunca!

—Tienes que intentar no rendirte. Aún me tienes a mí. ¿Verdad, señor Bowling…? Lo que no llegamos a entender es cómo empezó el incendio, ¿verdad, querida? Creemos que el pobre Delius tuvo que quedarse dormido.

Eso le dijo al funcionario responsable de la instrucción, esa misma

semana. Era en verdad la portavoz de la señora Nandle, que seguía demasiado abrumada para resultar de ayuda en el estrado. El funcionario era un hombre muy agradable y educado. Lo habían visto a menudo en partidas de caza.

—Creemos que tuvo que quedarse dormido —dijo Niggs— y que una chispa de la lumbre debió de prender la alfombra, una alfombra que la señora Nandle se trajo hace unos años cuando fuimos a Egipto. Las pirámides…

—Sin embargo, de haber pasado algo así, señorita Souter —la interrumpió el instructor, inclinado hacia ella con gesto afable e ignorando las pirámides por el momento—, cabría imaginarse que el difunto se habría despertado casi de inmediato.

—La única otra teoría que se nos ocurre —repuso Niggs entonces— es la del farol nuevo de la trascocina. Era una combinación de farol y estufa, y tan solo uno o dos días antes la señora Nandle tuvo que quejarse… Tuvo que pedirle a su querido esposo que intentara acordarse de cerrarlo: tenía una puertecita corredera.

—¿Sí?

—Pero creemos que tal vez se le olvidó y…

—¿Era un hombre olvidadizo?

—Me temo que sí —admitió con tristeza y muy seria la señorita Souter—. No quiero decir ni una sola palabra en contra de una persona tan buena y generosa…

—Claro, claro. Se lo agradezco, señorita… eeeeh, Souter, pero, aun así…

—Creemos que a lo mejor cayó algo sobre el farol y que así pudo empezar el fuego.

—¿Algo como qué?

—Un trapo de cocina. O…

—De acuerdo. —El instructor frunció el ceño, aún bastante perplejo —. Sin embargo, y aun suponiendo que hubiera sucedido algo así y que el fuego se hubiese iniciado en la trascocina, es raro que el

difunto no se despertara. Dado que la casa de The Rookery estaba construida en su mayor parte con madera muy vieja, me sorprende que su… Que su… Que lo encontraran en el suelo de lo que había sido el salón, más o menos al pie de lo que eran las escaleras, ¿es cierto?

La señorita Souter se lamentó de no tener más teorías que ofrecer y se llevó un pañuelo a los ojos.

—¿Diría usted que el señor Nandle tenía el sueño pesado? —le preguntó el funcionario.

—Mucho. Podía quedarse dormido en el sofá, a veces toda la tarde, y tanto la señora Nandle como yo teníamos que quej… Que darle un empujoncito.

—¿Costaba despertarlo?

—Mucho.

—Lástima que el perro estuviera fuera, en la caseta —observó el hombre—. De lo contrario, tal vez lo habría despertado.

—Pots despertaría a cualquier cosa —convino la señorita Souter, que añadió, con un entusiasmo algo cuestionable—: ¡Qué agradecidas estamos de que nuestro querido Pots se salvara, en cualquier caso! Lo tenemos con nosotras en el hotel. Allí lo adoran.

Parecía un caso bastante desconcertante, pero el instructor estaba más que acostumbrado a las rarezas de hombres y mujeres. No era capaz de imaginarse a sí mismo roncando en medio de un incendio que tuvo que iniciarse fuera, en la trascocina, y con un perro desgañitándose a ladridos en el cobertizo, pero estaba claro que el señor Nandle se había visto rodeado por el humo y las llamas y se había asfixiado al inhalar los gases nocivos sin lograr despertarse de ese profundo sueño. Aun así, lo más extraño de todo era que la declaración del invitado, el señor Bowling —que, cosa aún más curiosa, había ido al mismo internado que él—, no indicaba que el difunto hubiera tenido ninguna intención de echarse una siesta. Sí, se acordaba bien de Bowling, aunque había sido un interno, y él fue

lo que sin ningún respeto llamaban un «bicho diurno». Era curioso cómo uno se reencontraba a veces con la gente después de toda una vida. Las sombras del pasado, ¿no? El señor Bowling no había cambiado en absoluto; seguía teniendo la misma «cabezanabo». Así lo llamaban a veces, aunque a él nunca le había gustado eso de los motes. No era un chico popular. Ahora le cayó bastante bien y lo consideró un excelente testigo. Un poco distante, sin embargo, y con cierto aire de superioridad, como si estuviera enfadado con el mundo. ¿Sería un cínico? Por lo que recordaba, en el colegio parecía más bien idealista. La actitud de Bowling dejaba entrever que no tenía muy buena opinión de los procesos de instrucción ni de los tribunales. Tal vez solo estaba deseando volver a la ciudad. O a lo mejor era pura timidez (la experiencia de subir a un estrado afectaba de forma diferente a todo tipo de personas, incluso a las más sofisticadas). A menudo era algo pintoresco de ver.

—Entonces, supongo que usted le diría que iba a por el coche para volver a la ciudad, ¿es así, señor Bowling?

—No. No dije nada —contestó el señor Bowling con su actitud distante.

—Pero las señoras se fueron a la iglesia. Supongo que entonces los haría partícipes de sus intenciones.

—Por supuesto, sí —repuso Bowling sin más.

—¿Y cómo reaccionó el señor Nandle? Quiero decir…

—Reaccionó muy bien.

—Me refiero a si hubo algo en su comportamiento que le indicara que había decidido echarse una siesta cuando usted se marchase.

El señor Bowling se lo pensó.

—Una siesta…

—Sí.

El instructor esperó. Toda la sala esperó.

Bowling, con cierto cinismo, pensaba: «Bueno, es evidente que he perdido la partida, así que da igual lo que diga». De modo que

esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Cuando me fui estaba tieso.

Al ver la cara de perplejidad del funcionario, se dio cuenta de que había traspasado la línea de la mala educación. Se disculpó.

—Lo siento mucho, no pretendía ser irrespetuoso.

—¿Quiere usted decir que ya estaba en posición yacente cuando lo dejó allí?

—Desde luego.

—Ah, bien. Bueno, parece entonces que podía estar cansado y que en verdad quería dormir un rato. Pero ¿no le dijo de forma explícita que fuera a hacerlo?

—No.

—¿Qué le dijo?

—¿Decirme?

—Supongo que haría algún comentario, respecto a…

—Me preguntó si me apetecía jugar a las damas. Eso lo recuerdo.

—¿A las damas? —repitió el funcionario sorprendido—. Pero entonces no iba a dormirse, si…

—Decliné el ofrecimiento.

—¡Ah, entiendo! ¿Y estaba en el sofá o…?

—Cuando me fui, estaba en el suelo.

—¿En el suelo?

—Bueno, sobre la alfombra.

—Pero la alfombra estaría en el suelo, claro…

—¡Sí, por supuesto!

Ese era otro elemento muy extraño. El instructor dudaba si debía o no volver a llamar a la señora Nandle, para averiguar si el difunto tenía la costumbre de tumbarse en el suelo. Sin embargo, le pareció absurdo acrecentar su angustia por una trivialidad semejante. Después de todo, él mismo se tumbaba a menudo en el suelo, aunque en general más cerca de la chimenea. Sin duda el señor Bowling quería decir que se había acurrucado junto al fuego para

leer o algo por el estilo.

—Desde luego estaba acurrucado cuando me fui —aseguró Bowling a la sala.

De vuelta en el hotel, para tomarse una última taza de té con las dos mujeres, el señor Bowling parecía tan desalentado como siempre. Ellas, sin embargo, pensaron que era un verdadero encanto: había encargado una corona preciosa para el pobre Delius e iba a quedarse hasta el día siguiente, para el funeral. Tanto una como otra se habían quedado un poco perplejas al oírlo en el estrado, cuando afirmó que Delius estaba «tieso», pero, como dijo Niggs, era obvio que estaba muy nervioso. Había sido una experiencia muy difícil y dolorosa para todos. Por lo demás, los modales del señor Bowling habían sido siempre impecables.

—Nos va a costar olvidarle —le dijo Niggs mientras tomaban el té.

—Es cierto —convino la señora Nandle.

—Son ustedes muy amables —repuso el señor Bowling con educación—, pero no creo que me lo merezca.

—Claro que se lo merece —insistió la señorita Souter—. Y esperamos que no permita que esto le hunda. Todos tenemos que irnos algún día, aunque supongo que nunca lo ha pensado de ese modo —añadió con una afligida sonrisa—. ¡Pero debe intentar animarse!

Capítulo XVI

Las dos mujeres estuvieron hablando un rato y sus voces parecían el zumbido de dos abejas incapaces de alejarse de, pongamos, las flores de una planta de calabacín sobre un lecho de estiércol —ya empezaba a oler un poco, pero aún persistía una extraña dulzura—: que si el pobre Delius estaba tan carbonizado que era irreconocible, salvo por su reloj de pulsera, que tenía el broche de acero, el que Fairy le había regalado en su último cumpleaños; y que si no habían podido localizar al señor Bowling, «Ya ve qué tontas, pero su carta también se quemó —le explicó la señora Nandle—, y Niggs creía que el bloque de pisos se llamaba Madison Flights o Madison Flats y decía que estaba en el distrito W6. Por eso no le llegó nuestra carta». En ese momento, la señora Nandle se interrumpió de pronto y se quedó mirándolo. El señor Bowling había dicho que no le había llegado su carta, pero, entonces, ¿cómo lo había encontrado el señor Thwaite? Desde luego, la policía era maravillosa. Tal vez habían difundido un aviso por la radio. En fin, ya se había acabado todo. Salvo el funeral.

—Le veremos en el funeral —dijo la señora Nandle, y le estrechó la mano y esbozó una triste sonrisa.

—Sí.

Él inclinó levemente la cabeza.

—Chao —dijo la señorita Souter, con ese aire moderno que adoptaba a veces—. ¿Le veremos mañana, entonces?

Bowling inclinó de nuevo la cabeza y sonrió pesaroso.

—Sí.

Pero no volvió a verlas.

Subió al piso de las habitaciones.

Al ir a la suya, lo invadió una sensación de abatimiento y melancolía y, aunque solía reconocer sus arranques de mal humor, pensó que esta vez se debía en parte, al menos, a la oscuridad del hotel. Era de techos bajos, y las habitaciones y los pasillos tenían vigas negras y estrechas y apenas había luz. De pronto decidió que ya no lo aguantaba más y que mucho se temía que no iba a esperar al funeral, después de todo. «Escribiré una nota de disculpa a las pobres viejas y les diré que al final no puedo quedarme, que tengo que volver a la bulliciosa Londres». En la oscuridad de su habitación, las sombras de la noche empezaron a cubrirlo todo. La puerta, que se había dejado abierta, crujió un poco al moverse empujada por una fuerte corriente de aire. Alguien trasteaba en la habitación que tenía justo enfrente y una voz femenina tarareaba animada una vieja canción, algo así como: «… con calcetines Roleson, a la orilla del río, y un cuenco de sebo caliente». Ojalá al menos la cantara bien, pensó Bowling, estaba casi seguro de que la letra no era así. Se sentó frente al escritorio y se quedó mirando el papel y las plumas, consciente de que era casi demasiado esfuerzo coger una y empezar:

Estimada señora Nandle:

Me temo que necesito regresar a Londres de inmediato. Espero que no me juzgue insensible por no asistir mañana al funeral. Mis pensamientos estarán con ustedes durante todo el día. Vivimos en un mundo triste y nada parece salir nunca según lo planeado: tan pronto nos vemos rodeados de la pena más honda como de una alegría que resulta ridícula. Solo espero que su dolor acabe transformándose en recuerdos felices y tan fragantes como el romero

en una noche de verano. El amor es lo más importante, ¿verdad?, y usted tiene la inmensa bendición de haberlo conocido. Sé que Delius estaría de acuerdo en esto. Traslade mis más afectuosos saludos a la señorita Souter. Me alegra sobremanera pensar que jamás estará usted sola mientras ella esté en este mundo y rezo para que siga aquí muchos años.

Tuvo que interrumpirse un momento, ante el algo sacrílego pensamiento de que Delius había sido un completo idiota y de que la querida Niggs tampoco podría vivir mucho más (sin duda debía de andar ya por los sesenta y muchos). Así que terminó de un modo un poco precipitado: «Con mis mejores deseos, siempre suyo, W. Bowling». La melodía de *Los calcetines Roleson* se oía ahora cada vez más cerca y se detuvo justo a su espalda. Bowling se sobresaltó y se dio la vuelta.

Era la mujer más esbelta y hermosa que había visto jamás. Cuando la miró a los ojos, le vino a la mente la leche. No era ninguna adolescente, pero pensó en la adolescencia y no podía dejar de contemplarla. El pelo le caía por detrás en un sofisticado recogido plano con redecilla y llevaba unos pendientes verdes. Solo se fijó en una cosa más: su olor. Había tenido ese mismo olor femenino metido en las fosas nasales durante los bombardeos, cuando una bomba voló por los aires una fábrica de jabones perfumados. Allí, en la oscuridad, al notar esa fragancia, se le volvió a quedar grabada. La mujer quería no sé qué (ni siquiera la escuchó). Era educada, pero pícara, y sabía muy bien lo que su belleza y sus ojos hacían con los hombres en autobuses, vagones de metro, cafeterías, auditorios, salas de baile y mansiones de Inglaterra. Bowling se dio cuenta de que estaba intentando engañarse a sí mismo diciéndose que por fin había ocurrido, y enseguida sus labios formaron la palabra: «¿Angel?». Y suplicaba con fervor: «Ojalá me rechace… Entonces es Angel», aunque sabía que habría llegado a su vida demasiado tarde: ahora no era solo un fracaso, sino que todo el mundo lo consideraría

malvado, aunque él no pensara lo mismo.

Cada segundo que pasaba, sin embargo, y tan pronto quería que fuese Angel como que no, mientras estaban allí de pie entre las crecientes sombras, sabía que era solo otra mujer más, atormentada en secreto por su propia historia. La ilusión se desvaneció como una fantasía arruinada por alguien que tira un ladrillo al escenario durante una pantomima y se pone a gritarle palabrotas en *cockney* a la princesa que va en su carruaje dorado.

Se le echó encima porque la deseaba y porque creyó que había una posibilidad de que le montase una escena por aquello.

Pero no lo hizo.

Ninguno de los dos pensó siquiera en cerrar la puerta hasta después.

Bowling fue a cerrar la puerta y luego volvió a tumbarse en la cama junto a ella. Se le había soltado el pelo, que era casi blanco como la seda, como un ranúnculo desvaído. Ella misma era casi como esa flor.

Tenía una voz pragmática.

—Lo siento —le dijo, refiriéndose a algo privado entre ellos.

—No pasa nada, mujer —repuso él en tono afable.

—¡Eres muy pesado!

—La impresión es mutua…

Bowling dejó escapar una risita.

Ella se tumbó del todo y añadió:

—Te he mentido. He dicho que no estaba casada, pero sí lo estoy.

Él se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Lo siento. No habría…

—Los hombres siempre decís lo mismo.

—Yo lo digo en serio. Estoy totalmente en contra del adulterio. De verdad. No es que nunca haya sido infiel; lo he sido, pero era joven

y estaba aprendiendo.

—¿Te hicieron falta muchas clases?

—No —le aseguró Bowling con gesto grave.

—Mi marido y yo nos queremos. Lo sé. Pero no nos entendemos bien. No puedo contarte por qué; es demasiado íntimo. Yo era muy joven cuando nos casamos; estaba estudiando… Él ha vuelto al este y es mejor así. Allí tiene lo que quiere y no me molesta. Mi vida es un lío tremendo.

—Ya lo veo. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre de pila es Heather. El resto no importa.

—De todas formas, no volveremos a vernos. Salvo por casualidad.

—No, ya lo sé.

—¿Qué haces por aquí, Heather?

—Ojalá lo supiera. Él se fue ayer, y Londres me empezó a dar náuseas, así que cogí el coche y salí disparada a donde me llevara el coche. No tengo ningún plan.

—Pues te convendría hacer alguno.

—Sí, y lo haré. Estoy pensando. Pienso en divorciarme, entre muchas otras cosas. Podría volver a mi casa, supongo. ¿Qué planes tienes tú?

Bowling meditó un momento y, despacio, repuso:

—Creo que le voy a dar una última oportunidad a una cosa que llevo un tiempo intentando con todas mis fuerzas.

—¿El qué?

—Es demasiado íntimo para contártelo. O, más bien, no me creerías si te lo contara.

—Claro que te creería…

—¡No, qué va! Solo hay una persona en el mundo que podría entenderlo.

—¿Quién? —le preguntó Heather poniéndose de lado. Aquel hombre era interesante.

—Yo la llamo Angel —dijo él con timidez.

—Qué bonito. ¿Y dónde está?

Bowling se volvió hacia ella y sonrió amargamente.

—Que me aspen si lo sé. —Suspiró. Luego volvió a reírse—. Todavía no la conozco.

Heather volvió a tumbarse de espaldas.

—Me tomas el pelo —protestó, decepcionada—. Creía que hablabas en serio.

Y serio, desde luego, parecía. Mucho.

Poco después lo miró otra vez. Tenía los ojos de color gris acerado y muy intensos. Irradiaban fuerza. Las arrugas alrededor de los ojos y de la boca le daban un aspecto malhumorado. No tenía una mandíbula fuerte, pero sí labios muy delicados y eso le gustaba. Como en todos los hombres que veía, un lado de su rostro parecía esconder bondad, y el otro, maldad. Si el ser humano era una lucha silenciosa entre estas dos mitades, habría dicho que el lado bueno iba ganando por escasos centímetros. Cuando le estaba haciendo el amor, Bowling parecía suplicar y luchar al mismo tiempo y era como si quisiera sacarle un no sé qué espiritual que ella era muy consciente de que no podía darle, algo conformado por corazón, cerebro y alma, cuando ella era —bien lo sabía—, sobre todo, cuerpo. Bueno, en cualquier caso, podía darle eso, cosa que hizo hasta que ella misma se echó a llorar.

Él estaba jadeando.

—No llores, por el amor de Dios —le rogó.

Pero ella lloró.

—¡Lo siento!

—Lágrimas —replicó Bowling sin más explicación—. Maldita sea, voy a vestirme.

Heather se quedó tumbada, desnuda, y se sonó la nariz. La corriente de aire que entraba por la ventana le rozaba casi todo el cuerpo y, en el piso de abajo, el gong anunció la hora de la cena.

—Qué sonido más anticuado —comentó.

… Aquello le había despejado la cabeza y, aunque no lo consideraba amor, reconoció su valor físico: una vez más se le habían caído las vendas de los ojos y, durante un breve periodo de tiempo, seguiría así.

Luego el pequeño telón de terciopelo negro volvería a caer en silencio.

Contrató un chófer para que lo llevara de vuelta a la ciudad. Sentado en la parte de atrás, pensaba en Heather. Pasadas una o dos horas, jamás volvería a pensar en ella y, seguramente, ella nunca pensaría en él. Ella le había dicho que ya lo había hecho antes, de vez en cuando (¿cómo iba a poder evitarlo con unos ojos como los suyos?). En las rodillas llevaba un ejemplar del *Kent and Sussex Courier*. Estaba demasiado oscuro para leer, pero ya había echado un vistazo al párrafo en el que se decía que la instrucción sobre la muerte de Delius Nandle, fallecido en The Rookery, Knockholt —propiedad que había ardido hasta los cimientos el domingo por la noche—, había concluido esa misma tarde con el veredicto de muerte accidental. También se decía que al difunto Delius Nandle lo llorarían de corazón sus muchos amigos y que, muy en particular, se le echaría de menos en el Drill Hall los miércoles por la noche, donde se había aficionado a los torneos de *whist*. Y que Knockholt hacía llegar sus más sinceras condolencias a la viuda «y a la señorita Souter, cuya familia es bien conocida en relación con la liberación de Ladysmith». En la página de anuncios, se vendían hurones en Cumber Cottage: contactar personalmente con el señor Dridges cualquier día entre las dos y las cuatro de la tarde. Estaba bien.

El señor Bowling se puso a pensar en el futuro más inmediato. Tenía una expresión decidida, y en parte risueña, como podría ser la de un hombre que estuviera pensando: «Vas a seguir intentando

burlarme, ¿verdad?», y dándoselas de astuto. «Pues eso ya lo veremos», decía su mirada jovial pero resuelta. Desde luego aquello ya pasaba de castaño oscuro.

«Estoy empezando a hartarme», pensó en un momento dado, y se encendió un puro.

El volátil curso de sus pensamientos cayó de repente en un extraño asunto menor.

—¡Diantre! —exclamó casi en voz alta—. Se me había olvidado por completo. ¡Y a ella también!

Estaba acordándose del paquetito con la etiqueta de «frágil» que había prometido entregar de parte de la señora Nandle a una amiga suya de Brook Green. A saber dónde lo había metido en el piso. No se había vuelto a acordar de ello.

Cuando más tarde llegara a considerar la importancia de aquel asunto menor (cosa que, de hecho, no tardaría mucho en hacer), le parecería fascinante y volvería a pensar eso de ¿ves?, si no hubiera ido a visitar a Tal y Tal, nunca habría conocido a Tal y Cual; pero por ahora solo se dijo: «¡Qué descuido por mi parte! Esta misma noche cojo un autobús y me encargo de ello».

Del mismo modo, muy pronto llegaría a considerar el asunto del señor Farthing.

De momento, si alguien le hubiera dicho: ¿te acuerdas del viejo Farthing, el que lleva esa tienda de Addison Heights?, no habría tenido ni la más remota idea de por quién le estaban preguntando.

Incluso cuando el coche se detuvo para dejarlo una vez más frente a aquel edificio, y vio que el señor Farthing lo observaba con interés, después podría haber afirmado con total honestidad: «Querido amigo, en ese momento ni se me pasó por la cabeza que iba a ser mi siguiente víctima. ¡Jamás me había parado a pensar en él!».

Y, sin embargo, qué evidente parecería luego que debía matar al señor Farthing.

El tipo estaba hecho para eso.

«Pues claro —pensaría entonces—. ¡Qué idiota he sido! Hace semanas que debería habérmelo cargado… Y, en cuanto a que me pillasen por ello, ¡no sé cómo podría evitarlo! El tipo pesa cien kilos y enseguida lo echarían de menos.

»Y otra cosa: estaba claro que un hombre así iba a resistirse. Debe de tener pulmones de elefante. Ello le añadirá algo de gracia y de espíritu deportivo. ¡Desde luego, no tendría que preocuparme de que me acusaran de no jugar limpio!».

Cuando entró al edificio, un portero se acercó corriendo a cogerle la maleta (qué agradable era todo). Tenía la sensación de estar en casa —le gustaban el ambiente animado, el color y las luces—, sensación que solo se atenuó un poco cuando entró en su piso y encendió la luz. Tuvo que volver a apagarla a toda prisa porque las ventanas no estaban tapadas. El portero le echó una mano y le dijo:

—El señor Clark pensaba que no volvería, señor. Creo que va a alquilar el piso.

Bowling recordó que había intentado explicarle a la asistenta belga que no iba a volver, así que estaba claro que ella lo había entendido.

—Bueno —repuso—, me quedaré por aquí uno o dos días. ¿Le importaría decírselo al señor Clark?

El señor Clark era el gerente. El portero fue a darle el recado y volvió con el mensaje de que al señor Clark le gustaría aclarar la situación.

—¿Aclarar la situación? —repitió el señor Bowling en tono amistoso. Se preparó un *whisky* con soda y se sentó a bebérselo.

El portero era un muchacho joven y parecía un simpático *bulldog*.

—Sí, señor. El señor Clark no se explicaba por qué había dejado usted sus cosas aquí. Creo que esa es la cuestión. Además, el alquiler se había pagado por adelantado. Eso aquí es muy raro. Creo que el señor Clark no entendió nada, señor.

—De acuerdo —dijo Bowling animado.

El portero continuó:

—Me ha dicho que se tomará la libertad de venir a verlo a última hora, señor, si a usted le parece bien.

—Me parece muy bien, amigo. Dígale que se pase cuando quiera. Si no estoy, no tardaré mucho en volver, pero tengo que ir un momento a Brook Green. Por cierto, ¿sabe cómo puedo ir allí?

El portero tenía los brazos largos y los hombros caídos. Dijo que, si fuera él, iría andando.

Luego le contó que lo habían llamado a filas y que iba a incorporarse a la Marina.

—Espléndido —celebró el señor Bowling.

—Al Cuerpo de Señaleros.

—¡Excelente! Le felicito.

—He pasado el examen médico. Y, anda que no me han hecho perrerías…

—¡A mí también me hicieron unas cuantas!

—No se dejaron nada sin mirar. Pero supongo que uno se acostumbra, ¿no cree, señor? Vamos todos en el mismo barco. Aunque creo que no me gustaría estar en sus zapatos, de los médicos, quiero decir. ¿Y a usted? Estar todo el día viendo esas cosas…

El señor Bowling dijo que a él tampoco lo atraía en absoluto.

—No, señor.

—Tiene que tomarse una copa antes de irse. ¡Debemos brindar por su éxito en la Marina!

El muchacho negó con la cabeza.

—Se lo agradezco, señor, pero le prometí a mi madre que jamás probaría el alcohol y no lo voy a hacer.

—Bien, como quiera. Le deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias, señor. En fin, voy a decirle al señor Clark que ya puede subir.

—Adelante, vaya.

Le dio una propina al chico y este se fue con expresión satisfecha. El señor Bowling estaba de buen humor, aunque se sentía un poco solo, y empezó a dar vueltas por el piso buscando el paquetito que le había confiado la señora Nandle. Lo encontró en su dormitorio, sobre el tocador, tal y como lo había dejado. La enorme letra de la señora Nandle decía: «Señorita Mason, Brook Green, 66. W6 Londres». Brook Green, para él, era una parcela rectangular de hierba y pistas de tenis que quedaba entre Hammersmith y Shepherd's Bush, apenas a diez minutos andando desde su edificio si conocías esa parte de la ciudad. Iría ahora mismo, después de comer algo donde fuera. Pensó que podía cenar en un restaurante francés que había en Notting Hill Gate. Aunque era un poco tarde, y, teniendo en cuenta que estaban en guerra, a lo mejor estaba cerrado. Eran las ocho y media. Se sentó al piano y estuvo un ratito tocando algo de Chopin. Cuando ya estaba pensando en dejarlo, sonó el timbre. Silbando, fue a abrir la puerta y se sorprendió bastante al ver al señor Farthing en el umbral.

Dejó de silbar. ¿Qué demonios quería ese tipo?

—Buenas tardes —lo saludó con educación.

Capítulo XVII

Al señor Farthing le pareció brillante su propia idea de iniciar la campaña de reutilización de papel. Abordó a todos los inquilinos de la quinta planta y consiguió el compromiso del viejo Cooker, un funcionario indio jubilado que tenía un piso de una habitación junto al de Bowling, y de las señoritas Phelps, dos hermanas que vivían enfrente. Se esforzó cuanto pudo por mostrarse encantador, un esfuerzo que no cambió mucho su apariencia, pero que suavizó una pizca su permanente gesto ceñudo.

—Muchas gracias —les dijo a las Phelps mientras trataba de echar un vistazo a su piso por si había algo interesante.

Muchas veces se preguntaba si las hermanas estarían abiertas a una «visita masculina». No eran viejas, y esos aires que se daban bien podían ser puro disimulo. El señor Farthing nunca olvidaría aquella vez que se comprometió a arreglar el pestillo de la ventana en casa de una mujer que, según él, «tenía título», aunque le gustaba pasar desapercibida. Era un pisito puesto con muy buen gusto en la última planta. Fue a arreglar el pestillo y, mientras lo hacía, mantuvo una charla muy agradable con la señora, pero al terminar y darse la vuelta de pronto la vio en el sofá, «en cueros (tan cierto como que estoy aquí)», le contó a más de uno en el club. «¡El resto lo dejo a su imaginación, amigos!». Se había sentido muy orgulloso. Desde entonces, siempre que llamaba a un timbre lo hacía con cierta expectación. Las señoritas Phelps, sin embargo, no tenían tiempo de atenderlo, aunque, por otra parte, estarían encantadas de sacar el papel que fuera para tirar y apartarlo en un montoncito en

el pasillo todas las mañanas.

—Muchas gracias —dijo el señor Farthing, y le cerraron la puerta en las narices.

«Condenadas capitalistas», pensó, y se dispuso a llamar al timbre del viejo Cooker.

El señor Cooker abrió la puerta. Estaba encantado de ver a cualquiera, incluso a Farthing, pues era uno de los hombres más solitarios de Londres. Londres era una ciudad muy poco acogedora. El señor Cooker había intentado presentarse a su nuevo vecino unas cuantas veces, un tal señor Bowling, por lo que le había dicho el portero, pero, o bien siempre estaba fuera, o bien no se molestaba en abrir cuando llamaban, que era lo que hacía mucha gente. Una lástima, porque le oía tocar el piano, y el señor Cooker era famoso en Punyab por sus aptitudes musicales. Según decían, su tía conoció a *dame* Melba, la cantante de ópera.

El piso de una habitación del señor Cooker estaba hecho un desastre. El señor Farthing observó asqueado las cacerolas, platos y tazas sin lavar en el borde de las sillas, en las estanterías y hasta encima del álbum de fotos. El álbum de fotografías de Cooker era una de las cosas más temibles del edificio. Hacía tiempo solía bajarlo al club y fue la causa directa de que el pobre hombre se convirtiera en el único miembro vitalicio en ser expulsado, al amparo de la norma 62b (véase el documento «Normas del club»), que indicaba con toda claridad: «Cuando y siempre que el susodicho miembro, según pruebas debidamente presentadas y acreditadas por el Comité, y habiendo al menos tres testigos independientes, haya supuesto una incomodidad para otros miembros en más de dos ocasiones, podrá ser expulsado de modo perentorio del susodicho club, mediante comunicación por carta». Hubo una ristra interminable de testigos impacientes, que llevaban días llamando al secretario para preguntar sin ningún miramiento: «Oiga, ¿qué vamos a hacer con Cooker? ¡Ya está otra vez incordiando a todo el mundo

con el maldito álbum!». Y, teniendo en cuenta que la infracción se había cometido, no en dos ocasiones, ni en tres, sino en un buen número de ellas, se le había dirigido una carta muy tajante que, además, se había sacado y echado al buzón de la entrada, a la vista de muchos, por si acaso la entrega en mano supusiera un defecto de forma y le diese al pobre diablo un resquicio legal al que agarrarse, cosa que sin duda buscó con gran urgencia y avidez. Al no encontrarlo, sin embargo, el señor Cooker le dijo al secretario, sin rodeos ni paños calientes, que el país se estaba echando a perder y que no era de extrañar si uno pensaba en la clase de gente que había hoy en día. Se llevó el álbum arriba, a su piso, y juró no volver a entrar en ningún club. Al ver el álbum, el señor Farthing pensó que había hecho un blanco espléndido para su campaña de reutilización de papel, pero no lo mencionó, no fuera a ser que Cooker lo enganchara y empezase con aquello de: «Sí, ya sabía yo que le interesaría… Y este es el tigre que cacé en 1905. ¿Ve ese árbol? ¡Pues un poco más a la derecha estoy yo!», y con lo de: «Bueno, esta la hizo mi querida esposa. ¡Estamos en casa del gobernador general! Interrúmpame si ya se lo he contado, que creo que no, pero hay quien dice que me repito. En esa cacería en concreto…». En ese momento, el señor Cooker estaba allí, de pie, con una sartén en la mano, y llevaba un gorrito rojo con borla. Invitó al señor Farthing a entrar, pese a estar vinculado con el club, porque la disputa había tenido lugar justo antes de que Farthing empezase a trabajar allí. Farthing rehusó con firmeza y dijo que no, no, gracias, no pretendía interrumpir su refrigerio. Farthing utilizó este término porque se le hacía difícil llamarlo «cena», al verlo todo tan desparramado, al estilo oriental, como si Cooker fuera un sultán preparándose para ponerse en cuclillas y comer en el suelo (había una empanada en un taburete bajo y algo de pan moreno y mantequilla en el mismo suelo, cerca del radiador).

—Iba a cenar solo —dijo el señor Cooker— y es usted más que

bienvenido a compartir conmigo estas humildes viandas. He comido con reyes y plebeyos, pero nunca soy tan feliz como cuando tengo invitados en mi propia casa.

—¿Capitalistas? —le preguntó Farthing, que no sabía muy bien lo que significaba «plebeyo» y se preguntaba qué querría decir Cooker con eso de reyes y capitalistas, pues venían a ser lo mismo—. ¡No me hable de los capitalistas! No, señor. No, no he venido a interrumpir su… comida, sino por el papel que le sobre, señor Cooker. Yo estaré encantado de recoger lo que pueda dejar fuera cada día. Es para contribuir a los esfuerzos de guerra, ya sabe…

—Será un placer —repuso el señor Cooker, que de inmediato dejó la sartén y se afanó en agrupar periódicos.

—No quería decir que se tenga que poner a hacerlo ahora mismo… —Farthing empezó a retroceder, despacio—. Solo estoy preguntando a los inquilinos.

—Mi querido señor, es una idea espléndida y de lo más patriótica y…

—No es que quiera ayudar a ganar la guerra para el capitalismo; no vaya a pensar eso. Es solo que no me gustaría acabar encadenado.

—¿Encadenado?

—La única clemencia que cabe esperar si esas hordas de bárbaros llegan aquí será para los escoceses, ¡y resulta que yo no soy escocés! —El señor Farthing lo tenía todo pensado—. Creo que antes me tiraría por la ventana.

El señor Cooker expresó su perplejidad por esta actitud y se acaloró bastante mientras le decía en tono escandalizado y con la borla del gorrito bailándole de un lado a otro de la frente roja como un tomate:

—Pero… ¡mi querido señor…!

—¿Qué? —le soltó Farthing, dándose golpecitos en la inclinada calva—. Le gustaría estar aquí dentro, ¿no? ¡Eso es lo que quiere,

señor Cooker!

—¿Ahí dentro? —El otro lo miraba con esos ojos pequeños y hundidos que recordaban a los de un cerdo—. Pero… ¡mi querido señor…!

—Ya… Ya sé lo que dicen todos de mí en este edificio. —La voz del señor Farthing se volvió lúgubre—. ¿Por qué no estoy en el Ejército? ¡O en las Fuerzas Aéreas! ¡O en la Marina! ¡O en defensa civil! ¿Y por qué no soy un maldito pacifista? —Chasqueó la lengua—. ¡Apuesto a que les gustaría saber cómo he acabado en la reserva! ¡Sí, apuesto a que sí!

El señor Cooker trataba de entenderlo, pero no era muy ágil y Farthing no dejaba de saltar de un tema a otro. Era imposible seguir el hilo. Ahora estaba hablando del señor Bowling.

¿O volvía a hablar del capitalismo?

—Ahora voy a verlo —estaba diciendo.

—¿A quién? —preguntó el señor Cooker, con la boca abierta como un perro viejo que intenta encontrar un rastro—. Ah, se refiere a mi vecino, el señor…

—¡Hay mucha gente que no viste uniforme en este país! ¡Mucha! Y me atrevería a decir que algunos no aguantarían un interrogatorio exhaustivo si tuvieran que enfrentarse a ello, o ¿qué opina usted?

—¿Que qué opino? —repitió el señor Cooker sin saber qué decir—. ¿Qué…?

—Tengo que marcharme ya, señor Cooker. Siento haberle molestado.

—¿Qué? ¿Molestarme? En absoluto. ¿No quiere…?

—En otra ocasión, muchas gracias. De todas formas, ya he cenado. ¡Buenas noches, señor!

Farthing se alejó con paso firme.

El señor Cooker lo siguió con la mirada, volvió a meterse en su piso, murmurando entre dientes, y cerró la puerta.

Farthing avanzó en silencio por la apelmazada moqueta azul y se

detuvo frente a la puerta del señor Bowling. Escuchó un momento. Estaba tocando el piano.

Puso uno de sus gruesos pulgares sobre el timbre y apretó. Sonó como un zumbido: Bzzzzzzzzz.

La música paró y se oyó una puerta en el interior. El silbido del señor Bowling, *Los calcetines Roleson*, se iba acercando cada vez más.

Se abrió la puerta.

… Los detalles, relacionados y relevantes, tanto fácticos como verbales, inmediatamente anteriores al momento en el que, con la espalda doblada como un amplio arco de acero tensado, el señor Bowling consideró que ya era hora de poner una de sus gigantescas manos de hierro en la nuca del señor Farthing y obligarlo a adoptar, quizá por primera vez en su vida, una actitud de súplica, no son de vital interés, salvo como puro pasatiempo: podría haber dicho otra… Bueno, daba igual lo que dijera; la cuestión era que había pisado el riel electrificado y empezaron a saltar las chispas. Para entonces, Bowling ya sabía —y, de hecho, lo comprendió cuando vio a Farthing en el umbral de su puerta— que a aquel tipo le había llegado la hora. Le empujó la cabeza con fuerza y se la metió entre las rodillas y, acto seguido, pasó la otra mano por el hueco que se había abierto y le tapó la nariz y la boca. El señor Farthing emitió una especie de chillido nasal, que nació muerto, y se tiró hacia delante, perplejo, apoyando los brazos en el suelo como si fueran contrafuertes. Divertido, aunque ya poniéndose rojo por el forcejeo, Bowling ejerció toda su fuerza para seguir apretándole la nariz y la boca y no permitir que levantara la cabeza y se dejó arrastrar contra las cortinas marrones. Resopló de buen humor y pensó: «A ver, esto no es porque me hayas dicho el nombre de esa mujer que vive aquí y con la que has tenido relaciones, y no es porque piense que ese tipo de cosas sean una canallada peor que otras. Y tampoco es porque, por casualidad, necesite una excusa para matar a alguien. Es…

Bueno, solo porque has venido aquí y el destino te ha traído diciendo: "ha llegado tu hora. ¡Adelante!"».

El señor Farthing, por otra parte, pensaba algo muy distinto: no es que él quisiera ir allí y hablar con ese tal Bowling, al que despreciaba desde lo más hondo por lo que aparentaba ser y, sin duda, era; a saber, un esnob, un inmundo capitalista, con toda probabilidad, un quintacolumnista, y, sobre todo, una persona que menospreciaba a la gente como él. Es verdad que no podía considerarse muy elegante decir que habías violado a una mujer si también ibas a decir su nombre. Lo admitía, fue un desliz, pero el señor Bowling había adoptado esos aires de superioridad, con ese maldito tono de voz que tenía, y esas formas desdeñosas e indiferentes, y encima había tenido el tremendo descaro de decirle que él, Farthing, era un capitalista. ¿Cómo habían llegado a eso? Bueno, al ver esos aires que se estaba dando Bowling, él había mencionado su cuenta bancaria, para no quedarse atrás, y Bowling se había mofado: «¡Ja! Un puñetero capitalista, ¿no? ¿Eh, Farthing?». Fue como una sacudida. ¡Yo, capitalista! ¡Por favor! ¿Y cómo habían llegado a eso? Pues hablando de la gente. Había intentado ser simpático con Bowling, se las había arreglado para que lo invitara a entrar, por reacia que hubiera sonado la invitación, había aceptado una copa de ginebra, había terminado de hablar de la reutilización del papel y había empezado con «la gente». Farthing había dicho que le parecía que el señor Bowling no era demasiado sociable. «Supongo que no le gusta la gente», comentó y, aunque intentaba parecer amable, estaba pendiente de todo en pro del Gobierno británico. Ese hombre parecía tener dinero a espuertas (allí había todo tipo de comodidades, incluso una botella de Bols). Sin embargo, no se veían fotografías por ninguna parte, lo cual era interesante y bastante extraño, sin duda. ¿Estaba casado, prometido o qué? ¿Mantenía a alguna mujer, o qué hacía en ese sentido? La conversación derivó, por la terquedad del señor Farthing, aunque no era su intención, en

esa clase de rivalidad en la que el invitado dice una cosa y el anfitrión dice otra para quedar por encima y, entonces, el invitado advierte cierta hostilidad y responde con otra cosa para quedar aún más por encima. Al final, las sonrisas forzadas se desvanecen del todo y los comentarios se hacen más directos, y bastante manidos, porque uno está pensando: «¿Qué le pregunto yo ahora a este Bowling? ¿Le pregunto a quemarropa qué está haciendo aquí, en Addison Heights?»; y el otro está pensando: «Este tipo empieza a hacer demasiadas preguntas. ¿A qué habrá venido en realidad? Desde luego ha sido un poco imprudente por su parte». Cuando el señor Bowling se levantó y dijo: «No creo que sea asunto suyo, Farthing», ya sin ni siquiera llamarle «señor Farthing», como respuesta a una pregunta de lo más prudente sobre dónde había vivido antes de mudarse allí, el agresivo mentón del señor Farthing adoptó un gesto de claro desafío. Aún no estaba preparado, sin embargo, para una guerra abierta, y cambió al siempre socorrido tema de las mujeres, pero entonces se vio hundiéndose en un inesperado lodazal. Una vez había insultado a su madre, de pequeño, y lo había hecho sin pensar, y en ese momento advirtió la misma atmósfera de tragedia inminente; también había sembrado vientos y cosechado tempestades: su madre estuvo a punto de romperle la crisma con una olla de hierro y lo dejó inconsciente durante varios minutos.

Ahora, aunque no se quedó inconsciente, se llevó una sorpresa igual de grande justo después de que el señor Bowling comentara, muy calmado: «No creo que necesitemos tanta luz», y llevase la mano a un interruptor.

Y tenía unas manos enormes, pensó el señor Farthing, que estaba sentado un poco hacia delante en un sillón que miraba a las cortinas de terciopelo.

De pronto, recibió un inconcebible y dolorosísimo golpe en la nuca.

Un tremendo peso le empujó la cabeza hasta la entrepierna y otra

tosca mano le cubrió, de forma opresiva, la nariz y la boca.

Durante una eternidad, que en realidad no fue ni un segundo, el señor Farthing se dijo a sí mismo, y a su ultrajado cuerpo, que aquella disparatada indignidad no era ni podía ser real, que se lo estaba imaginando.

Pero también sabía que era real. Era muy real, de hecho.

«Este hombre —pensó— tiene que estar loco».

Se debatió con todas sus fuerzas. Alargó los brazos, a ciegas, y consiguió agarrarse, aunque en una postura forzada, a las pantorrillas del señor Bowling. No aguantó mucho, sin embargo: el tipo se escurría como una serpiente y se puso detrás de él.

Bowling estaba casi subido a caballito sobre su espalda, despatarrado sobre los anchos hombros del señor Farthing, con una mano aún apretándole bien la boca y la nariz, y con la otra, ahora, sujetándole la barbilla. Tiraba con firmeza hacia atrás y usaba la rodilla izquierda para hacer palanca.

El señor Farthing emitió otro chillido nasal, pero aquellas manos hicieron que se lo tragara.

Seguía retorciéndose, no obstante, y consiguió dar una violenta sacudida, tras lo cual se oyó un fuerte ruido de cristales y platos rotos.

En el piso contiguo, el señor Cooker se sobresaltó.

Siempre que el señor Cooker oía algo raro, pensaba que era la artillería. Y siempre corría hacia la puerta y salía al pasillo. Tal vez hubiese alguien ahí fuera a quien pudiera decir: «¿Han sonado las sirenas? Me ha parecido oír cañonazos».

Y entonces podría sacar un colchón rosa que tenía, y mantas, para pasar la noche en el pasillo. No tenía miedo, pero habría gente con la que hablar… Le encantaban los bombardeos.

Abrió la puerta de golpe y se asomó para mirar a un lado y a otro.

Allí no había nadie, pero oyó otro golpe, ya fuera un cañonazo o algo que se había caído y se había roto en el piso del señor Bowling.

Se acercó a la puerta de su vecino y miró por la ranura del correo.

Vio una luz muy tenue, como si solo estuviera encendida la estufa, un resplandor al otro lado de la puerta interior de cristal. Se quedó escuchando: le parecía oír una especie de respiración pesada.

Al final, sin embargo, llegó a la conclusión de que se había equivocado. Tenía que haber sido la artillería.

Bajó a la recepción a preguntar.

No, no había sido la artillería. Pero, bueno, habían pasado diez minutos.

Podría acostarse relativamente pronto.

Volvió a subir.

Acababa de entrar de nuevo en su piso cuando le pareció oír otro ruido de cristales rotos, como de una ventana o algo parecido. Empezó a morderse las uñas, nervioso. La vida era espeluznante. Pasaban demasiadas cosas, y uno nunca sabía lo que era. ¡Podría estar perdiéndose un asesinato! Dejó escapar un profundo suspiro y se sentó en la cama.

El señor Bowling dejó escapar un profundo suspiro y se sentó en el suelo. Intentó buscar un mejor agarre para descansar los brazos, que ya le dolían. Entonces consiguió arrastrar a Farthing más cerca de la pared, donde pudo sujetarlo mejor y apoyar los pies en la parte de atrás del sofá. El sofá se escurrió un poco, pero por suerte enseguida hizo tope con algo. Farthing era como un viejo toro de lidia. Se resistía a morir. El señor Bowling le atenazaba la fea bocaza con las dos manos y, como lo sujetaba con la cabeza bien hacia atrás, desde arriba podía ver el odio y el terror de aquellos ojos que lo miraban del revés. Los esfuerzos que Farthing trataba de hacer con sus propias manos empezaban a aflojar un poco. Había un olor

muy fuerte a sudor y sangre por todas partes. El señor Bowling se había caído contra el pico de una mesa y se había abierto una brecha en la sien izquierda. Lo había puesto todo perdido. Las piernas del señor Farthing se encogían y se contorsionaban en su agonía. Se le empezaron a nublar los sentidos. De forma bastante repentina, de hecho, sin darle tiempo a hilar ningún pensamiento constructivo, una especie de velo negro le cubrió la mente y su voluminoso cuerpo se destensó y se quedó flácido.

Momentos después, el señor Bowling se levantó y fue tambaleándose al cuarto de baño.

Capítulo XVIII

Se quitó la chaqueta y abrió el grifo del agua fría. Al correr sobre la loza del lavabo hacía un ruido refrescante y Bowling se lavó el corte de la cabeza y luego se enjabonó los inmensos bíceps mientras pensaba: «Bufff, qué calor, ¿no? Si tengo que volver a hacer esto (Dios no lo quiera), será mejor que vaya en camiseta y pantalones de franela. O mejor en pantalones cortos de deporte». Se secó la cara, pero el corte seguía sangrando y tenía la zona hinchada y enrojecida. Cogió un pellizco de algodón del armarito y trató de limpiarse la herida, pero era muy torpe para esas cosas. Luego encontró unos apósitos. Acababa de lavarse y secarse las manos otra vez, y estaba abrochándose los gemelos que le había regalado Queenie —eran un bate y una pelota, muy modernos, bañados en oro— cuando oyó un ruido en el pasillo, detrás de él. Se dio la vuelta. Como una rata medio muerta que solo conserva el instinto de salir corriendo para huir, aun con las patas rotas, el señor Farthing había vuelto en sí y estaba arrastrándose en silencio hacia la puerta. Justo cuando iba a alcanzarla, sin embargo, el perro que lo perseguía había vuelto a olfatearlo, y dejó escapar ese chillido nasal suyo y empezó a dar puñetazos al aire como en una pesadilla. Su cara de babuino estaba contraída de terror, con la boca abierta como la de un niño enrabietado, y golpeaba la puerta con su gigantesca espalda cada vez que el otro intentaba atacarlo. Bowling estaba furioso. El otro lo había pillado con la guardia tan baja que recibió dos ganchos desde abajo y un puñetazo en el estómago… ¿Desde cuándo se atrevían los muertos a volver a la vida? Era un hombre

inteligente, sin embargo, que siempre usaba el cerebro antes que cualquier otra cosa, y se le vino a la mente el patio del internado, donde el suboficial mayor lo había puesto a prueba después de pasar por la división juvenil del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales para la Reserva. «Bloquea con la izquierda, muchacho, y golpea con la derecha: ¡así!». «Así», para él, siempre había sido un buen golpe en los dientes, ahora se acordaba, y recordó también todo tipo de trucos en relación con el gran arte del boxeo. Aunque aquello era, más bien, boxeo a ciegas, porque el recibidor estaba casi a oscuras y lo único que podía hacer era dirigir los golpes a las zonas aún más negras, donde debía de estar Farthing. Golpeaba mucho y fuerte y a veces recibía un duro contragolpe, casi siempre por debajo de la cintura.

El señor Farthing resollaba, chillaba y gimoteaba y de vez en cuando farfullaba algo, casi sin aliento, aunque solo se le entendían palabras sueltas: «policía… ayuda… asesino…». El principal empeño de Farthing era mantener al otro a distancia, pues, por encima de cualquier otra cosa, temía el agarrón de aquellas asfixiantes manos. Empezó a chillar otra vez, pero de pronto recibió un mal golpe en la barbilla y sonó un crac que lo enmudeció. El señor Bowling notó que la sombra que era Farthing se ladeaba y lo oyó caer. Él también había oído el crac, y no sin cierto sentimiento de orgullo, aunque le daba la impresión de que no lo había producido el choque de su puño contra la mandíbula del otro. Era otro tipo de crac, como cuando algo muy duro se parte en dos. Avanzó a tientas y se inclinó sobre el señor Farthing, que estaba tirado en medio del paso al dormitorio. En ese momento, alguien abrió la ranura del correo de la puerta principal, una cara apenas distinguible se asomó y una voz malhumorada dijo:

—¿Quién es? ¿Hay alguien ahí?

El señor Cooker trató de escudriñar aquella semioscuridad. Esta vez salía luz del cuarto de baño del señor Bowling y, aunque la puerta estaba medio cerrada, llegaba un leve resplandor hasta el recibidor. Estaba convencido de que había un ladrón en el piso de su vecino. Tantos golpes y ruidos extraños y luego esa especie de llanto o lo que fuese…

Cooker estaba allí fuera con un trabuco que su padre había usado en Crimea. Tenía dos enormes percutores y estaban preparados. Con voz severa, aunque temblorosa, gritaba por la ranura del correo:

—¡Vamos, salga de ahí! —Olvidaba que la puerta que lo separaba del enemigo estaba cerrada con llave—. ¿Quién está ahí? ¡Salga ahora mismo!

Estaba temblando. La borla del gorrito le bailaba sobre la frente y parecía un sapo malhumorado.

En el piso de Bowling había un silencio mortal.

El señor Cooker decidió decir, por la ranura del correo:

—Voy a esperar aquí hasta que se entregue.

Pero en realidad iba a alejarse de puntillas para bajar a por el gerente.

Así lo hizo y, además, se llevó el trabuco con él. Sabía que al gerente no le caía bien, pero un ladrón era un ladrón y ¿tenían o no tenían los inquilinos derecho a protegerse?

Bajó al vestíbulo. El gerente, sin embargo, no estaba localizable. Había ido a hacer la ronda. Los porteros no tomaron en serio al señor Cooker, parecían algo incómodos, y se negaron en redondo a subir.

—Son imaginaciones suyas, señor —le dijeron. Y se reían por lo bajo mientras miraban el trabuco.

Uno de ellos le aseguró que, en cualquier caso, el gerente iría a ver al señor Bowling enseguida.

—Ya está haciendo la ronda —le dijo.

El señor Cooker boqueaba como para decir algo.

—Panda de ignorantes —les soltó al fin.

El portero jefe intentó tranquilizarlo:

—Ningún ladrón puede entrar en estos pisos, señor Cooker. Menos aún en los de las plantas superiores, ¡pues menuda caída hay desde las ventanas hasta la calle, con las aceras de hormigón, encima! Y la única persona que tiene una llave maestra es el gerente, el señor Clark.

Los demás lo miraban aburridos y todos volvieron a reírse cuando el hombre subió de nuevo las escaleras, indignado.

—Pobre viejo —se mofaban.

El señor Bowling pasaba por encima de Farthing —o, más bien, del difunto Farthing— cada vez que iba o volvía de su habitación al cuarto de baño, y viceversa. Lamentó comprobar que había muerto al partirse el cuello. En fin, era algo distinto, pero no había por qué venirse abajo: seguía siendo un asesinato, ¿no?

Había encendido todas las luces.

El salón estaba hecho un desastre: la mesa volcada, una bandeja de copas y licoreras hechas añicos en el suelo, la lámpara de pie tirada y rota, y hasta habían destrozado un panel de cristal de la puerta que daba al recibidor.

De pronto recordó que el señor Clark, el gerente, iba a subir a verlo esa noche. No debería tener aquello tan desordenado. Sin embargo, le hacía falta tomar un poco el aire y aún no había cenado nada. Necesitaba salir y comer algo en el Coach and Horses (un plato de ternera, a lo mejor). También tenía que recomponerse y llevar de una vez el paquetito a la dirección esa de Brook Green, o pronto se haría demasiado tarde.

Se puso el abrigo y el sombrero de fieltro marrón y apagó las luces. Saltó por encima del difunto señor Farthing y salió dando un portazo. Entonces vio que su vecino estaba allí de pie (¿cómo se

llamaba?) y tenía un maldito trabuco en la mano. Ahora comprendió quién había estado husmeando por la ranura del correo.

—¡Discúlpeme, señor! —exclamó Cooker sin disimular su sorpresa —. ¿Lleva mucho tiempo ahí?

Estaba mirando el apósito que aún llevaba en la sien izquierda.

—¿Ahí? —preguntó el señor Bowling con educación—. ¿Ahí, dónde, amigo?

—En su piso, señor.

—Pues sí, bastante.

—Espero que me disculpe si lo considera una indiscreción, pero el caso es que me ha parecido oír ruidos y…

Bowling lo interrumpió y desplegó su encanto.

Puso una mano en el hombro del señor Cooker y se rio con expresión triste.

—¡Eso mismo me ha pasado a mí! Y, cuando estaba echando un vistazo, he tropezado y he ido a darme de cabeza contra el pico de la mesa…

Y se alejó, mientras su risa se iba apagando tras él, hacia los ascensores. El señor Cooker trató de insistir, alzando la voz:

—Pero, madre mía, señor, ¡deberíamos seguir buscando! El ladrón podría estar en la terraza o… ¡Hablaré con el señor Clark, señor! —le prometió.

—¡No se moleste! —repuso Bowling—. Yo mismo hablaré con él cuando vuelva. No voy a tardar mucho.

Mientras bajaba en uno de los ascensores, pensó: «Creo que estaría bien ir a buscar al señor Clark, cuando vuelva, para que podamos entrar juntos en el piso. ¿Qué pensaría un jurado de eso? Haría el juicio interesante, ¿no? Y, con mi sangre tanto en su traje como en el mío, y con este corte en la cabeza, será casi imposible que me libre de ello». El ascensor iba bajando, una planta tras otra, y él llevaba la mano izquierda en el bolsillo, donde tenía metido el paquetito para la señorita Mason. Fue a cenar a Notting Hill Gate,

bebió algo de cerveza de barril y bajó otra vez hasta Brook Green andando. Llegó al número 66 cuando un reloj lejano daba las diez.

Se quedó un momento parado en la oscuridad y se encendió un Gold Flake. Aquella noche hacía un frío estimulante, como si hubiera salido de un baño helado bajo las estrellas. Había una luna flamante que iluminaba como si fuera un soplete, con una luz tan intensa que necesitabas gafas de soldador.

El número 66 parecía una especie de casa convertida en hospedería para señoritas. En la entrada había una placa de latón, pero estaba cubierta por las sombras y era imposible de leer. La puerta estaba abierta de par en par. Había una lamparita de noche al fondo del recibidor, sobre una mesa con flores que no distinguía bien, de lo oscuro que estaba. Cuando más tarde repasara ese momento, el señor Bowling se diría a sí mismo que tuvo un presentimiento sobre su importancia; pero, claro, uno dice eso a menudo… cuando las cosas ya han pasado.

Encontró una anticuada campanilla y tiró para llamar. Se la llevó en la mano.

Tiró el cigarrillo y se rio por lo bajo. «¡Caramba con la vieja Inglaterra! —pensó—. Las puertas abiertas de par en par y campanas que se descuajan si las tocas». Dudó un momento. Luego se sacó el paquetito del bolsillo y entró con cautela, con aire educado, como hacen los ingleses cuando están impacientes por llevar a cabo una buena acción, pero bajo ningún concepto quieren que los confundan con un intruso; eso sería espantoso. Allí no había ni un alma. Vio una puerta y decidió darle un toquecito.

Y así lo hizo, con la misma cautela.

—Adelante —contestó sosegada una voz femenina.

El señor Bowling se sentía un fisgón y le preocupaba que lo tomaran por impertinente, o que aquella mujer, fuera quien fuese, se

asustase.

Abrió la puerta, dispuesto a decir, de inmediato y con la mayor educación: «Discúlpeme, lo siento muchísimo, etcétera, pero nadie me oía llamar, y solo quería entregarle un paquete a la señorita Mason».

Pero entonces le sucedió algo de lo más impensado y repentino —o, más bien, no a él, Bowling, sino a su alma y al Bowling que había nacido hacía un millón de años—: en un instante, algo le dijo que se preparara para recibir la desconcertante certeza de que, con Dios, todo es posible y todo llega a su debido tiempo.

Lo primero que vio en la habitación fue un crucifijo, de pie, entre dos velas.

Y lo segundo, una mujer sentada junto a una estufa de carbón, cosiendo.

Aunque era fea, supo de inmediato que había llevado sus cansados pasos hasta la cima de una larguísima y empinada colina. La había conocido antes, en alguna otra época, o no la había conocido nunca. En realidad, daba igual. Esa era la mujer que amaba. Y, acto seguido, por primera vez en su vida, supo lo que era el verdadero pánico. Se dio cuenta, hasta las más terribles consecuencias, de su inmenso y fatídico error: había sido impaciente, al querer marcar sus propios tiempos, cuando este sórdido mundo pertenecía al tiempo de Dios. Demasiado tarde, demasiado tarde, susurraba una aterrorizada vocecilla en su cerebro, que empezaba a arderle como si tuviera fiebre. Y con toda claridad le dijo: «Pues el que quiera salvar su vida, la perderá» y, por supuesto, a la inversa también era cierto. De pronto, le pareció tener cien años y se quedó allí parado, mirándola con temor.

Ella parecía muy tranquila. No estaba en absoluto asustada y dijo que era la señorita Mason. Su voz no era bonita, pero tenía un

timbre que despertaba los sentidos del señor Bowling por lo profundo de la bondad y de la comprensión que revelaba. Era una voz solitaria y, aun así, conforme, en un sentido espiritual. Bowling se quedó allí, delante de ella, como un chiquillo, fascinado. La voz de su cerebro le decía: «Nunca te imaginaste que enamorarse sería así, ¿verdad? Pero qué seguro está todo el mundo de que el amor llega en un abrir y cerrar de ojos, como una puñalada… ¡Estaba esperando, ya ves!». Y una risa cínica le desquició los nervios.

No podía hablar.

Seguía sin moverse, con el sombrero de fieltro marrón en las manos. La cabeza se le iba despejando y el asunto del amor se había desplazado al lugar que le correspondía: el corazón. Notaba cómo le latía con fuerza.

Cada vez más temeroso, su cerebro, aletargado, pensaba ahora: «¿Qué he hecho? ¿De verdad es demasiado tarde? ¿Y si el señor Clark entra en el piso y encuentra…? Seguro que el idiota del vecino se lo cuenta todo».

Gotas de sudor empezaron a perlarle la frente cuando, poco a poco, y por primera vez en mucho tiempo, de hecho, se dio cuenta de que quería vivir; quería salvarse.

«Dios mío —se dijo aterrado—, ¡qué tonto he sido!».

Era raro, pensaría más tarde, que en ese momento ni se plantease por qué estaba tan seguro de que la señorita Mason querría casarse con él. Sabía que lo amaba —le había sido concedida esa certeza, como un don, cuando entró en la habitación—, pero ¿qué le hacía pensar que iba a casarse con él? Con él, que era la encarnación del mal.

En ese momento solo sabía que quería salvarse. ¿Aún podría salvarse?

Pero no podía irse. Ella lo invitó a sentarse y se sentó, con el sombrero sobre las rodillas, mientras pensaba: «El señor Clark estará ahora entrando en el piso. Se tropezará con el cadáver tirado

en el suelo. Verá los cristales rotos. Ahora, pálido, estará llamando a la policía».

La señorita Mason estaba hablando de la señora Nandle.

—Qué detalle por su parte acordarse de mi cumpleaños. Tengo treinta y cuatro —añadió, curiosamente.

Apenas miraba al señor Bowling. Era casi como si supiese que no era ninguna belleza y prefiriese guardar su semblante para la labor de costura. Dijo que se había enterado de la muerte de Delius Nandle y que lo sentía mucho.

—Yo también lo siento —contestó Bowling con voz seca y mansa.

No dejaba de humedecerse los labios. Estaba bastante cohibido. ¡Como cuando uno está enamorado, claro! «No sé —se repetía para sus adentros como un idiota—. ¡La vida te engaña cada vez que tiene una puñetera oportunidad!».

La señorita Mason le contó muchas cosas. Su forma de hablar era casi maternal, segura, un poco como si el señor Bowling fuera su hijo y quisiera ponerlo al día de las novedades antes de enviarlo a la escuela. Su padre, dijo, era el vicario de un pueblecito de la costa sur, y ella solo subía a Londres de vez en cuando para visitar a una hermana de su padre, o sea, su tía, que dirigía ese sitio. No dijo qué era «ese sitio», ni dónde estaba su tía en ese momento, ni por qué la puerta principal estaba abierta de par en par, ni por qué Bowling se había quedado con la campanilla en la mano al intentar llamar. Pero dijo que ella, la señorita Mason, no solía quedarse allí mucho tiempo.

—Si algo me disgusta —le explicó—, vuelvo con mi padre.

—¿Disgustarla? —se oyó decir el señor Bowling.

De pronto cayó en la cuenta de que, si no hubiera ido a visitar a los Nandle, nunca habría conocido a la señorita Mason. Y admitió para sí: «Y solo fui porque sabía de sobra que quería matar al viejo Nandle… ¿Qué te parece eso?».

—Bueno —le aclaró la voz, fea pero amable, de la señorita Mason

—, supongo que quiero decir que soy bastante sensible. Mi tía se altera mucho —fue la única explicación que dio—; sufre de gota.

—Demasiado oporto —aventuró Bowling como un idiota.

No quería decir eso en absoluto, fue solo uno de aquellos tantos pensamientos que se colaban en la mente como tinta sucia empapando el papel secante.

—Adoro a mi padre. Está muy solo, exceptuando la vieja criada. Si vengo aquí es únicamente porque él insiste. A mí me gusta estar a su lado y junto al mar.

—El mar… —repitió el señor Bowling como drogado.

—No sé qué voy a hacer cuando fallezca (ya tiene noventa años).

La mujer alzó la vista un segundo y sonrió. Dijo que nunca había tenido la esperanza de casarse, y Bowling pensó: «¡Los hombres están locos! Creen que el amor debe significar belleza física… Pero ¿qué hay de malo en un cuerpo feo? Lo que importa es el alma. Y el alma es el espíritu, por supuesto».

La señorita Mason dijo que le había cogido el gusto a Woolworths, pero, por lo demás, Londres no le hacía mucha gracia. Tampoco le disgustaban Chelsea y el río en esa zona, si pasaba por allí, o el parque Battersea.

El señor Bowling empezó a sentir un intenso deseo de salir a la calle, donde hubiera aire.

«Tengo que pensar en todo esto —se decía, frenético—. Por el amor de Dios, quiero salir de aquí… ¡Necesito pensar!».

La señorita Mason le dio las gracias por la visita y, cuando Bowling dijo con voz seca que le gustaría volver alguna vez, «si estoy… libre», ambos supieron que era sincero, aunque ninguno sabía si lo haría.

—Por favor, venga cuando quiera —le rogó la señorita Mason—. Entre sin más, si la criada no está.

Bowling salió a la calle y empezó a andar, enfebrecido, en dirección equivocada.

Momentos después, recordó el terrible peligro que lo amenazaba.

«Maldita sea —se dijo inquieto—, pero ¿qué me pasa…? ¡Tengo que deshacerme del cadáver!».

Se puso a gritar pidiendo un taxi, pero no había ninguno, así que echó a correr.

«¿Y si no es demasiado tarde? —percutían sus pies sobre la calle —. ¿Y si no es demasiado tarde?». Sus rápidas zancadas telegrafiaban sobrecogidas plegarias. «Dios, ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¿Qué ha podido pasarme? Concédeme solo esto —rogaba —, que pueda deshacerme del cuerpo. ¡Entonces tal vez tenga una oportunidad!».

Aún seguía sin pensar en el punto de vista de la señorita Mason. Tal era la vanidad del hombre y la arrolladora confianza del amor.

Capítulo XIX

El adusto brillo de los ojos verdes grisáceos de la señorita Mason lo acompañaba mientras corría. Parecían asustados, tristes y llenos de sabiduría. Parecían jóvenes en cuestiones de amor. No tenían treinta y cuatro años.

No habían visto el cuerpo de un hombre; sus largas pestañas caerían raudas para resguardarlos de tal imagen.

Bowling corría como una liebre.

Se detuvo en la puerta de su edificio, para recuperar el aliento, y se preparó bien para encajar el golpe o para respirar aliviado. Bajo el tenue resplandor amarillo de la luz que se filtraba por las puertas tapadas, parecía una comadreja. Había muerto mil veces; cazado por un perro, alcanzado por un disparo, apaleado.

Pero allí estaba y tal vez aún tenía una oportunidad. Lo sabría enseguida.

Entró a toda velocidad y fue directo a los ascensores. Los dos estaban ocupados y esperó con el alma en vilo. La tienda del difunto señor Farthing permanecía silenciosa, siniestra y oscura. Abajo, en el club, Daphne estaría empezando a preguntarse dónde se había metido.

Al fin llegó el ascensor, Bowling entró solo y subió a la quinta planta. Allí, abrió las puertas con sumo cuidado y se asomó al pasillo sin hacer ruido.

Se llevó un susto tremendo y salió de un brinco lanzando una especie de aullido. El viejo Cooker y el gerente estaban en su puerta; el señor Clark iba a meter la llave en la cerradura.

—Ah, ya está aquí —se disculpó el gerente al verlo, y retiró la llave.

El señor Bowling ahogó un jadeo. Se acercó corriendo e hizo un movimiento extraño, como si se precipitase sobre ellos.

—No puedo invitarles a entrar —dijo con voz entrecortada. Estaba muy pálido—. Lo lamento de veras, pero…

Se interrumpió, sin aliento, y los dos hombres se lo quedaron mirando.

Cuando al señor Clark le pasaba algo así en Addison Heights, nunca era una sorpresa: significaba que había una mujer escondida. Siempre reaccionaba igual: se daba unos toquecitos en el lateral de aquella interminable nariz suya, entornaba un poco los ojos, fruncía los labios y daba un codazo a quien tuviera más cerca.

—¡Ah! —exclamó, como de costumbre—. Lo entiendo.

Y dijo algo acerca de que eran todos hombres de mundo. Al fin y al cabo, había que mantener el edificio. Debían pensar en la moral, en los inquilinos y los alquileres.

El señor Clark se echó a reír y Bowling consiguió imitarlo.

El señor Cooker, frustrado de nuevo, los miraba con cara de idiota. ¿Por qué le daba codazos el gerente? ¿Qué? Ah, ¿una mujer? ¡Aaah…! El señor Cooker se había olvidado por completo de las mujeres. Hacía años que no se interesaba por esos asuntos.

—¡El señor Cooker creía que había un ladrón en su piso, señor Bowling!

Bowling, con la espalda apoyada en su puerta, sonrió.

—Lo sé, amigo, ¡me lo ha dicho! Pero eso es absurdo —añadió riéndose.

El señor Clark también se rio. Su enorme nariz tendía a hincharse y entonces paraba.

—Por lo demás, señor Bowling, tenía entendido que iba a marcharse. O eso creía. Pero la asistenta es belga y no debió de enterarse bien.

—Hasta donde yo sé —repuso Bowling—, no me voy a ningún sitio.

—Bueno, ¡pues espléndido! —concluyó el señor Clark, que empezó a retirarse.

—Espléndido —repitió Bowling con una sonrisa.

—¿Espléndido? —preguntó el señor Cooker, decepcionado.

Todo había quedado en nada. Tanto ajetreo, y ahora nada de nada. ¿Y Bowling ni siquiera iba a invitarlo a una copa? Aunque no podía, claro, si tenía una mujer ahí dentro. ¿Tenía una mujer ahí dentro?

Cooker sabía bien que no. «¿Me quedo por aquí otro rato? —se dijo—. A lo mejor oigo algo más. ¿O me voy a la cama?».

El señor Bowling, mientras se escabullía a toda velocidad metiéndose en su piso, pensaba: «A salvo…, por ahora. —Pero ¿qué iba a hacer con el difunto señor Farthing?—. Será muy arriesgado, desde luego, pero cuando se haga más tarde intentaré bajarlo a su tienda y lo dejaré ahí. ¡No puede seguir en el piso cuando la belga se presente aquí por la mañana!».

Encendió la luz del dormitorio. Le sorprendió mucho que Farthing ya mostrara signos de rigidez. «El *rigor mortis* —pensó. El señor Farthing estaba tirado bocabajo y le había sangrado la nariz sobre la moqueta—. Será mejor que no lo retrase más».

Con expresión decidida, se puso primero a ordenar el piso, recogió los cristales rotos, los envolvió en papel de periódico y los dejó en la cocina.

Cuando miró el reloj, eran las once menos diez. Y el club cerraba a las once. Había pensado en pasarse por allí y ver si Daphne estaba preocupada por la prolongada ausencia de Farthing. Este jamás se había perdido una noche en el club. Era una de las cosas que se daban por hecho en aquel sitio, que el viejo Farthing estaría «en su taburete, como de costumbre, ¡hablando más de la cuenta!». No obstante, antes tendría que dedicar unos minutos a la lúgubre tarea de limpiar la sangre, que se había resecado en la boca y en la

narizota del cadáver y que tenía también en las manos, tanto en las palmas como en el dorso. El señor Bowling fue a buscar una toalla, una palangana con agua caliente y algo de jabón. Volvió con todo ello al dormitorio. Cuando quedó satisfecho con el resultado de esta tarea tan particularmente desagradable, y después de quitarle algunos pegotes del poco pelo que tenía, se puso a cortarle las uñas. Seguro que había trocitos de piel de su asesino, o fibras, y eso podía delatarlo bajo un microscopio. Los aterrorizados ojos del señor Farthing seguían abiertos y estuvieron observándolo en todo momento; parecía que fuese muy doloroso que te cortaran las uñas después de muerto. Cuando terminó, le movió la cabeza hacia delante y hacia atrás, fascinado por el cuello roto: podías doblarlo hasta límites increíbles. Luego lo levantó y lo puso en la butaca del dormitorio, junto al tocador. Quería comprobar cuánto pesaba y si se caía. Intentó ponerlo recto, pero se escurría mucho, los pies le colgaban y la enorme cabeza se le vencía hacia delante. Bowling cogió su sombrero de fieltro marrón y se lo encasquetó al señor Farthing. Le quedaba un poco grande y tenía un aspecto de lo más grotesco, hundido ahí en la butaca, con las rodillas torcidas, los hombros encorvados y el sombrero como reclinado en oración. El señor Bowling miró otra vez el reloj y salió de la habitación a toda prisa.

Mientras bajaba, se fijó con suma atención en cada detalle del camino, contaba los pasos y el número de escalones —no se atrevería a usar el ascensor— y, al llegar a la planta baja, se preguntó si de verdad iba a asumir el riesgo de cruzar la esquina del saloncito del vestíbulo hasta alcanzar las piadosas sombras que oscurecían la puerta de la tienda de Farthing.

«Tengo que hacerlo —se dijo—. No me queda más remedio. Lo tiraré en su puñetera tienda, pondré el sitio patas arriba y ¿quién dirá entonces que he sido yo el que le ha dado una paliza?».

Bajó corriendo al club.

Daphne estaba prácticamente sola.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo esta noche? —le preguntó Bowling con una sonrisa mientras se sentaba en la barra.

La chica llevaba su *kilt*. Bowling pidió un ponche de huevo y le ofreció otro a ella, que aceptó encantada.

—¡Claro, gracias!

—Supongo que estarán todos de guardia antiincendios —bromeó el otro.

—Creo que hay una fiesta en algún sitio. Aunque unos cuantos están en la sala de billar, echando una partida.

No dijo ni una palabra sobre Farthing.

—Bueno, ¡salud, cielo!

—Salud —contestó ella con un mohín coqueto en los labios.

—Te veo muy bien, Daphne.

—Gracias.

La chica sonreía, radiante.

Bowling siguió hablando, pero no quería preguntarle directamente dónde estaba Farthing. Debía ir con cuidado.

—Hace unos días que no se le ve a usted por aquí —comentó ella luego.

—No.

—¿Ha estado fuera?

—Sí…

—¿En el campo?

—Sí —repitió Bowling, pero no se extendió en más explicaciones.

—A mí me gusta el campo para ir de vez en cuando, pero no para vivir.

—No sé, yo estoy un poco harto de la ciudad. Creo que no me importaría alejarme. Durante un tiempo, al menos.

—Lo que odio es el mar —añadió Daphne, apoyándose en la barra.

—Vaya, pues a mí me gusta.

La conversación se agotó. Bowling pidió otro ponche y se encendió un cigarrillo. Luego fue a las tragamonedas.

Perdía todo lo que echaba. Siempre le salían casi tres nueves, y casi tres cincos, pero nunca todos.

—Espero que no se me haya acabado la suerte para siempre —comentó nervioso.

Daphne se rio desde la barra.

—¡Siga intentándolo!

—¿Se ha hecho un corte en la cabeza? —le preguntó luego.

Bowling se sobresaltó.

También pensó: «La señorita Mason ha tenido que darse cuenta, pero no ha dicho ni una palabra. ¡Ni siquiera ha mirado! Eso sí es educación».

—Me he caído —dijo desde las máquinas.

—«Curda otra vez…» —canturreó la chica, que empezó a retocarse mirándose en un espejo diminuto.

Era como un gato dándose lametazos y acicalándose. Bowling pensó que en cualquier momento se pondría a ronronear.

—Bueno… —Bostezó y fue a sentarse en el taburete de Farthing, con el cigarrillo y la copa en una mano y la otra en el bolsillo—. ¡Uy! —exclamó entonces, incapaz de soportar más la tensión—, pero si me he sentado en el taburete del señor Farthing… ¡Lo siento!

Se levantó y se terminó la copa mientras miraba a Daphne de reojo.

—No pasa nada —dijo ella mientras se empolvaba la nariz—. No creo que le importe. Y, si le importa, ¿qué más da?

Nervioso y enfadado, Bowling se asomó a la sala de billar. Sin

embargo, como no quería que lo arrastraran a ninguna distracción, volvió sobre sus pasos. Los tacos sonaban: clac, clac… El almirante Leopard, escondido detrás de un gran puro, tiraba de la tiza.

—Buenas noches, Daphne —se despidió Bowling cuando se iba.

—¡Adiós! —repuso ella, que le sonrió y empezó a fregar vasos—. ¡Es la hora, caballeros, por favor…! —canturreó, olvidándose del otro por completo—. ¡Son las once!

Dejando atrás la voz de la chica, Bowling volvió a subir, esta vez en ascensor.

«Maldita sea —se dijo—. Aunque, en cualquier caso, no parece estar muy preocupada por él».

Entró en el piso.

… Lo peor de ser un aficionado en esto del crimen, y sobre todo en el asesinato, reflexionó, con considerable inquietud, era que uno no se había pasado la vida estudiando los trucos del oficio. Si ni siquiera había robado nada, nunca. Lo de los últimos días era distinto, cuando quería que lo atrapasen, pero ahora, que casi estaría dispuesto a vender su alma por la vida, la libertad y el amor recién descubierto, la crisis más espantosa lo amenazaba a cada segundo: en cualquier momento podía cometer un error fatal, el hilo se rompería, caería la espada de Damocles y le tocaría hacer una triste visita a la vieja Caribdis. El señor Bowling notaba cómo le latía el corazón y sabía que tenía mucho miedo. Y, cuando estaba asustado de verdad, su nerviosismo se manifestaba en una actitud de despreocupación y se ponía a silbar alguna melodía desentonada. Empezó a silbar *Los calcetines Roleson* y se caló el bombín. Entró en su habitación, donde el difunto señor Farthing seguía sentado en la butaca con aspecto abatido y el sombrero de fieltro caído sobre los ojos. El brazo izquierdo se le había escurrido y colgaba en una posición lamentable de contemplar.

—Este tipo pesa una tonelada —murmuró Bowling—. ¡Tendré mucha suerte si me libro de esto! ¿Qué hago…?, ¿lo arrastro?

Se inclinó hacia él, lo rodeó con los brazos y lo levantó para arrastrarlo hasta el recibidor. Farthing pesaba tanto que todas las partes del cuerpo tiraban hacia abajo de un modo muy inoportuno. Además, se le cayó el sombrero. El señor Bowling lo soltó y volvió a ponérselo.

—¡Si supiera lo tonto que parece! —murmuró de nuevo, nervioso.

Llevado por un impulso, abrió la puerta del piso y se asomó al pasillo. No había nadie. «No —pensó—, pero, en cuanto se me ocurra salir, toda la maldita planta será un hervidero de gente». Volvió a entrar.

Probó a ensayar un poco dentro del piso. Rodeó el cuerpo de Farthing con un brazo, lo levantó y le dio un paseo por el salón. Al señor Farthing no pareció gustarle. Se quedaba rezagado, tímido, o se inclinaba modesto hacia delante y se le volvía a caer el sombrero. Bowling lo soltó indignado y se sentó en el sillón a encenderse un cigarrillo. Mientras fumaba, no le quitaba ojo. «No lo conseguiré —se temía—. Ni en un millón de años». Fumaba y lo miraba. Pensó en tirarlo por la ventana. ¡No, no! Sería muy fácil que siguieran el rastro hasta su piso. Alguna maldita tecnología lo desvelaría todo. ¡Mediciones o lo que fuera! Y dejarlo tirado en el pasillo e irse a la cama sería igual de absurdo. E igual de arriesgado.

—Tengo que hacerlo —decidió—. Las primeras ideas son las mejores. Tengo que bajarlo a la tienda.

Entonces se le ocurrió una cosa, apagó el cigarrillo y volvió a levantarse. Fue al dormitorio y cogió un pañuelo de seda oscuro. El problema era que le arrastraban demasiado las piernas. «En el colegio se me daban muy bien las carreras a tres patas —recordó—. Piernas contrarias atadas y brazos entrelazados».

Al difunto señor Farthing no le gustó nada entrelazar el brazo con el señor Bowling y montó una escenita considerable al respecto.

Parecía resentido, con el sombrero de fieltro calado sobre los ojos y el lado izquierdo del cuerpo atado por la pierna a la pierna derecha de Bowling. Por fin, el señor Bowling consiguió meterse la mano izquierda del muerto en el bolsillo.

—Ahora sí —dijo.

El señor Cooker se estaba poniendo un pijama de rayas rojas. Estaba cansado de pensar que oía disparos, o de pensar que alguien se había colado en el piso de ese tal Bowling. Fue dos veces a asomarse al pasillo, con cuidado, pero la primera vio que era la señorita Phelps, que vivía enfrente, la que había abierto para sacar una botella de leche vacía. Luego haría lo mismo con el cubo de basura, como hacía siempre, antes de acostarse. Así que, cuando oyó que se abría otra puerta, el señor Cooker no volvió a asomarse, pues estaba seguro de que era ella con el cubo.

Ahora, en medio del silencio, creyó oír otra puerta más. ¿Era la de enfrente o la de Bowling?

Alguien pasó junto a la suya. El ruido venía de la dirección de Bowling.

El señor Cooker no quería salir con el pijama desabrochado y sin bata, por si lo veía la señorita Phelps, pues algo así sería de lo más inapropiado. De modo que se dio toda la prisa que pudo con el pijama y la bata, corrió hacia la puerta y la abrió con cautela.

Demasiado tarde.

Vio que una sombra desaparecía doblando la esquina hacia los ascensores, una sombra bastante voluminosa.

—Maldita sea —dijo el viejo Cooker.

—Maldita sea —dijo el señor Bowling, que se vio obligado a tomarse un descanso.

No era ningún enclenque, pero aquello era terrible. Apoyó a Farthing contra un rincón en las escaleras. Menos mal que allí las luces eran muy tenues. ¡Menos mal el ahorro! Casi nadie subía ni bajaba andando, excepto cuando los ascensores estaban rotos, pero, si alguien pasaba en ese momento y los veía, uno con bombín, y el otro con sombrero de fieltro, era muy probable que pensara que iban borrachos, sobre todo, si uno de ellos aún podía silbar. Bowling se puso a ello, pero, al oír pasos que se acercaban, se le secó la boca y el silbido se apagó. Se quedó de piedra, con el corazón a mil por hora.

Los pasos cambiaron de dirección y se alejaron.

—Vamos —murmuró entonces—. Si nos quedamos aquí, conseguirás que me ahorquen. Y, por favor, recuerda: no puedo soltarte porque me tropezaría y caería rodando. ¡Tenemos las piernas atadas!

Llevó su carga sin más contratiempos hasta el último descansillo. Una luz algo más fuerte a sus pies marcaba el paso, cerrado con cortinas, de las escaleras al vestíbulo.

Le quedaban apenas veinte metros, pero aquello sería una ordalía de luz y probablemente habría porteros y más gente.

Se oía un murmullo de voces y a alguien usando la máquina de sellos.

Esperó.

—No —dijo la voz de una chica.

—¿Por qué? —El que contestaba era un hombre.

—Bueno, de todas formas, ya está escrita. ¿La echo al correo aquí, cariño?

—Mejor fuera.

—Pero podemos echarla aquí.

—Pues haz lo que quieras.

—¿La echo o no la echo?

—Decídete ya —masculló entre dientes el señor Bowling—. ¡Se me

va a romper el brazo!

Capítulo XX

Contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco…, seis.

Cruzó las cortinas. Con todos los músculos en tensión, sacó al señor Farthing a la brillante luz del vestíbulo. Había un hombre leyendo una novela junto a la estufa. No alzó la vista y el señor Bowling llegó a la tienda y a la seguridad del ángulo en sombras donde estaba la puerta. Según llegaba, sin embargo, vio por el rabillo del ojo que un inspector de policía y un sargento entraban al vestíbulo con sendas linternas en la mano.

Estaban haciendo la ronda, buscando luces que se filtraran por ventanas mal tapadas. Para eso, tenían que pasar junto al escaparate de la tienda y salir al patio interior donde estaban amontonadas las bicicletas.

«Tengo como cuatro segundos antes de que lleguen aquí», se dijo Bowling, que en ese mismo momento se dio cuenta de que no se le había ocurrido pensar que la puerta, por supuesto, estaría cerrada con llave. Con mano temblorosa tanteó el picaporte, pero no se movió.

Sujetó a Farthing contra el cristal y empezó a rezar. Con la mano que tenía libre, rebuscó como un loco en los bolsillos del muerto la llave. Tenía que llevarla encima. Al fin la encontró, en el bolsillo izquierdo del pantalón, pero estaba enganchada a una cadenita y no llegaba a la puerta. Las voces se acercaban cada vez más.

Cada vez más cerca.

La luz angular de una de las linternas le dejó ver el reflejo de su rostro y el del difunto señor Farthing, aplastados contra el cristal de

la puerta de la tienda.

Paralizado por el miedo, solo pudo quedarse ahí, quieto, esperando.

El tiempo se detuvo por completo.

Los agentes de la ley, sin embargo, oyeron la débil y lejana voz del destino, que decía:

—¡Venid a ver esto! En serio, la forma que tienen los Smith de tapar las ventanas es una vergüenza. ¡Se ve la luz desde el río!

Y desaparecieron.

El señor Bowling sacó la llave de la cadena, abrió la puerta y entró.

Volvió a cerrar con suavidad y a echar la llave por dentro. Se sentó en el suelo, casi desplomado, y empezó a desatarse el pañuelo de seda de la pierna. «No es momento para derrumbarse —pensó—. Mientras esté aquí, existe un peligro constante».

Se guardó el pañuelo en el bolsillo, decidido a no olvidarse de nada. Sacó un par de guantes que había cogido y se los puso con cuidado. Puede que fuera un aficionado, pero había leído mucho sobre huellas dactilares. Arrastró al señor Farthing por el suelo unos cuantos pasos hasta que chocó con algo. Nervioso, encendió una cerilla y enseguida la apagó de un soplido. No pasaba nada, los cristales estaban oscurecidos para la noche y, en cualquier caso, había visto lo suficiente para hacerse una buena idea de la «geografía» del lugar. Fue al despachito del señor Farthing, cerró la puerta y buscó el interruptor de la lámpara. En silencio, pero a conciencia, lo puso todo patas arriba: vació los cajones por el suelo, tiró los libros de cuentas por el suelo, todo por el suelo. Luego apagó la luz y volvió a la tienda.

Sin embargo, no recordaba la «geografía» de ese sitio tan bien como pensaba. Al dirigirse con sumo cuidado, según creía, hacia la puerta, rozó algo y, aunque parecía que apenas lo había tocado, se aterrorizó al empezar a oír una serie de estrepitosos estallidos, de caballitos y platos de porcelana haciéndose añicos.

Y, justo después, golpes en la puerta.

Se quedó inmóvil en la oscuridad.

Con gran presencia de ánimo, según creía, Bowling se acordó de la llave del señor Farthing y, en ese momento, se oyó una voz.

—¿Señor Farthing? ¿Es usted…? ¿Quién hay ahí? —Era Daphne—. ¡Oiga! ¿Quién hay ahí? ¿Señor Farthing…?

Ya había devuelto la llave a la cadenita cuando los pasos de la chica se alejaron. Bowling sabía muy bien que apenas tenía una fracción de segundo para salir sin que lo vieran. «Los guantes —se dijo con bastante calma, y los buscó a tientas. Había tenido que quitárselos para poder meter la llave en la anilla. Mientras los buscaba, le decía a su cuerpo tembloroso—: Tranquilo. Hagas lo que hagas, que no cunda el pánico o lo mandarás todo al traste». Encontró los guantes, se los puso y fue palpando el camino hasta la puerta, como si fuera un ciego. No podía dejar huellas en el picaporte.

Dio con el mismo, abrió la puerta despacio y con mucho cuidado, y se escurrió fuera. Cerró y en medio segundo se había puesto a salvo.

Cuando volvió a pasar por el vestíbulo, Daphne pasaba por delante de la máquina de los sellos y doblaba la esquina acompañada por el señor Clark. Ninguno de los dos se fijó en él, y Bowling subió las escaleras mucho con sigilo.

Nada más entrar en su piso, fue directo al cuarto de baño y vomitó como si se le fueran a salir las tripas. Después, se quitó la ropa y la envolvió en un paquete. Estaba cubierta de sangre, parte de la cual tal vez fuera del señor Farthing. Metió el paquete en el armario que había bajo el fregadero de la cocina, hasta que decidiera qué hacer con él. Tenía que hacer algo esa misma noche; cuanto antes, mejor. Luego se dio un baño y volvió a vestirse. En verdad creía estar tan a

salvo como cualquier otro inquilino del edificio, pues el difunto señor Farthing se había ganado muchos enemigos. Vestido con su traje azul, se sintió como nuevo y casi se admiró a sí mismo. Se tomó un brandi en el salón. Ya sabía lo que iba a hacer ahora. Iba a escribir una carta muy larga. La herida de la sien le dolía un poco y podría resultar bastante reveladora, pero por alguna razón se sentía optimista y confiado y con la cabeza despejada. No tenía nada de sueño.

«Café —pensó de pronto. Estaría bien tomarse una buena taza de café, solo y dulce—. Me ayudará a escribir», se dijo.

Mientras se hacía el café, se quedó allí de pie con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y rompió a reír.

—¡Bufff! Santo cielo, vaya mal rato, ¿no?

Y pensó: «¡Uf!». De vez en cuando le entraba la risa tonta.

Luego se sentó frente a las hojas de papel en blanco, con el ceño fruncido y gesto apesadumbrado, casi como si estuviera a punto de escribir un alegato convencido de que nunca prosperaría. Aun así, debía hacerlo.

«Es mi única y última oportunidad de ser feliz», se dijo.

Eso también lo escribió, con esas mismas palabras. Su «única y última oportunidad de ser feliz», aunque añadió, con humildad, que sabía lo remota que era esa oportunidad «y lo poco que me la merezco».

Empezó de un modo bastante corriente, escribiendo: «Estimada señorita Mason»; después de todo, no la conocía mucho. Le explicaba que bien podría decir que la conocía de toda la vida, desde que ella era una chiquilla al otro lado de una valla, a la que él había llamado Angel. Ahora, sin embargo, aquello sonaba un poco ridículo. En lo que respectaba a la etiqueta, solo había visto a la señorita Mason una vez y, a pesar de lo profundo de sus sentimientos, no

podía atreverse a preguntarle por su nombre de pila.

Con la misma modestia, firmó la carta: «Siempre suyo, W. Bowling». En esa atmósfera casi sagrada de pensamiento y emoción, con la profunda angustia humana y espiritual de lo que escribía, le parecía espantoso terminar con un nombre común y corriente como William. En cuanto al doloroso diminutivo de Bill, bueno, mejor ni pensarlo; sería como perder los papeles y exclamar «¡Rediez!» en la iglesia. Le decía a la señorita Mason que había pecado «mucho más y de modo más terrible que otros hombres» y que, aunque no pretendía excusarse, pues eso desmerecería su voluntad de hacer penitencia —que, aunque no era católico, consideraba parte integral de sus convicciones—, creía que ahora había llegado «al final de un viaje muy largo y oscuro, a pie, a través de un bosque donde había uno o dos osos que matar». Le decía que, cuando entró en su habitación y vio el crucifijo allí, entre las dos velas, sintió que había llegado a casa, «Y usted estaba allí sentada, y todo su ser, y todo lo que la rodeaba, me ayudó a entender».

Luego le hablaba en detalle de sus asesinatos.

También decía:

> Lo cual me lleva a la gran pregunta de si debemos creer que el castigo de los pecados ha de infligirse necesariamente en este mundo o aplazarse para el otro. En la batalla entre el bien y el mal, batalla que tiene lugar en cada uno de nosotros, no creo que pueda decirse que se ha llegado al último asalto hasta que arriba la muerte… Y, aun así, bien sé que ahora solo estoy rezando, rogando y albergando esperanzas respecto a dos cosas: que Dios posponga mi juicio durante un tiempo, y que usted crea en mi arrepentimiento y en mi sinceridad y alcance a entender mis motivos, pues me atrevería a decir que los motivos son siempre lo más importante en todo. ¡Cuántas veces oímos decir: lo que importa es la intención! Por mi parte, si la mente se arrepiente de los malos actos, y el corazón se hincha del amor enviado por Dios, y el alma se

> colma de buena música, aquí tiene usted al hombre y tal hombre puede suplicar de un modo razonable: lo he echado todo a perder por mi ofuscación e impaciencia; compadézcase de mí.

Cuando el señor Bowling se paraba a releer pasajes como este, sentía que se sonrojaba. «Maldita sea —pensaba cohibido—, ¡qué cosas digo!». Sin embargo, todo lo decía en serio y, en el fondo, estaba bastante satisfecho con la redacción y se decía con modestia: «Mm… Sí, es bastante bueno, ¿no? Me gusta».

De vez en cuando, hacía que pareciese como si la señorita Mason y él estaban allí juntos, charlando. «Créame, señorita Mason, me estoy esforzando cuanto puedo para convencerla». O: «En fin, señorita Mason, solo puedo asegurarle que, incluso mientras le escribo esta larguísima misiva, mi estado de ánimo cambia de un momento a otro. Tan pronto creo que aún podría tener la inmensa fortuna de oírla decir que mis plegarias no son en vano como que, cuando vaya a pedirle una respuesta, no encuentre más que un cuarto vacío, pues el crucifijo y usted misma habrán desaparecido como un sueño hermoso pero triste. Que ya habrá vuelto, disgustada, con su padre».

Y concluyó con un párrafo bastante elevado que decía: «En el dulce silencio de la noche estoy aquí sentado, a solas, y aun así tengo la certeza de que, sea cual sea su respuesta, jamás volveré a estar realmente solo. Por favor, crea en mi sinceridad, señorita Mason».

Capítulo XXI

Se quedó dormido encima de la mesa.

Estuvo un buen rato allí, en un estado de duermevela del que despertaba de vez en cuando solo para cambiar de postura y apoyar la cabeza en el otro brazo.

Cuando por fin se despertó del todo, eran las tres de la madrugada. Se paseó de acá para allá, bostezando, fue a lavarse un poco y se preparó una taza de té.

Luego volvió a pasearse por la habitación, tomándose el té a sorbitos y con la carta que había escrito en la mano, releyendo algunos pasajes con satisfacción y esperanza.

«Qué maravilloso podría ser el futuro… Si los hombres supieran que la paciencia y la confianza ciega siempre son lo correcto, y confiaran en el destino… No intentar nunca forzar las cosas… La terrible necesidad, que no es una necesidad en absoluto, de infligir sufrimiento a otros.

»Qué culpable he sido, señorita Mason. No sé si le gustará Wordsworth, he estado leyendo *Culpa y arrepentimiento*. Luego mis ojos han ido a caer sobre *Troilo y Crésida*, que resultaba mucho más atrayente para mi estado de ánimo actual, pero tampoco puedo esperar diez días a mi Crésida. Y aun así puede que tenga que hacerlo. Estoy seguro de que huirá usted de mí, horrorizada».

Este pasaje fue un sutil estímulo para la melancolía. Se dio cuenta, mientras humedecía con la lengua la solapa del sobre, de que la suya era una causa perdida.

Ni siquiera sé si se la enviaré, pensó, aunque estaba sentado

escribiendo su nombre y su dirección mientras la decía en voz alta:

—Señorita Mason, Brook Green, 66. W6 Londres.

Observó cómo se secaba la tinta y decidió: «Saldré ahora y la echaré en persona en su buzón».

Y cogió el paquete que había guardado debajo del fregadero.

Caminaba despacio. Aún no estaba seguro de todo aquello. No temía las consecuencias de que la señorita Mason fuera directa a la policía con su carta. No era eso. Era algo más profundo. Solo tenía miedo de que, al juzgarlo ella, pudiera decidir que su castigo era también morir solo, sin el consuelo de verla una vez más y contemplar el aura que la rodeaba, un aura que solo podía compararse con la espiritualidad del lirio de los valles. Era como si Dios la bajara del cielo de vez en cuando con una cuerda muy larga; su rostro estaba naturalmente algo gélido y demacrado, y tenía la nariz un poco roja, porque allí arriba hacía mucho frío, pero con apenas vislumbrarla sabías de inmediato de dónde venía. Y pensabas: «¡Un lirio de los valles, qué maravilla!». Y querías quedarte a su lado para siempre.

… Nadie lo detuvo cuando salió del edificio silbando *Los calcetines Roleson*. El portero del turno de noche estaba hundido en el sofá del saloncito, con la cabeza cana tronchada hacia atrás, los brazos y las piernas desparramados como los de un títere caído en el suelo y la boca abierta de par en par. El señor Bowling no miró en dirección a la tienda del difunto Farthing ni se permitió pensar: «¿Por qué no habrá venido nadie todavía? Cabría esperar interrogatorios piso por piso, ¿no? O, al menos, policías en la entrada». Solo se puso un poco nervioso al cruzar las cortinas y salir a la calle. Habría sido muy inoportuno que lo parasen y le preguntaran: «Oiga, usted, ¿dónde cree que va? ¿Qué lleva en ese paquete?». Sería horrible que lo parasen antes de que le hubiera entregado la carta a la señorita Mason, aunque no estuviese seguro de si se la iba a entregar. Del

mismo modo, que lo encontraran con la ropa ensangrentada importaba y no importaba. Aún no sabría decirlo. Ahora tenía pensado deshacerse de ella, pero en otro momento no se habría molestado. Y, por cierto, ¿dónde iba a dejarla? No se le había ocurrido pensar que, por inmensa que fuera la ciudad, sus ojos llegaban a todos los rincones y no había ningún lugar donde deshacerse para siempre de un traje lleno de sangre, salvo un horno industrial, pero el señor Bowling no tenía ninguno.

Cuando llegó a la puerta de la señorita Mason, aún llevaba el paquete bajo el brazo.

El amanecer empezaba ya a estirar sus somnolientos brazos grises y a asomar una cara algo sonrosada entre las mantas. Bostezaba y su neblinoso aliento era oscuro y helado. Entonces una nariz roja se levantó por detrás de Hammersmith.

El señor Bowling, después de mucho vacilar, buscó el buzón, respiró hondo y echó la carta dentro. Y, justo mientras pensaba: «Bueno, pues ya está, ya lo he hecho» y se lamentaba por haber olvidado anotar «Entrega en mano» en la esquina superior izquierda, como le habían enseñado a hacer, se sorprendió al oír unos pasos detrás de él.

—Buenos días —lo saludó la señorita Mason como si tal cosa.

Él se quedó pasmado.

La miraba anhelante, tímido y sin habla, y le costó varios segundos recordar incluso que estaban en guerra.

La señorita Mason, mientras sacaba la llave, le decía que había estado de guardia en un refugio, aunque no especificó en qué refugio, ni en qué tipo de guardia, de modo que Bowling tuvo la libertad de elegir, en su imaginación, entre la Cruz Roja o el Servicio de Ambulancias de St. John, pues estaba seguro de que la mujer era en cualquier caso un ángel de la guarda.

Se sintió muy tonto, sorprendido allí a esas horas, y se oyó a sí mismo mascullando disculpas. No, decía, ni se le pasaba por la cabeza entrar a esas horas, sería de lo más inoportuno, lo sabía, y podría considerarse inapropiado si alguien los veía.

—Pienso en usted —le dijo, deseando entrar igual que un vagabundo desea calor y refugio, pero sin moverse, firme, del umbral de la puerta.

La señorita Mason le explicó que allí las chicas hacían su vida y que eran libres de entrar y salir, de invitar a un hombre a comer en su habitación y cualquier cosa de esas. Estaba animada y era muy amable. No tenía mal aspecto a la luz del día. Llevaba un sombrero que tendía a subírsele de un modo peculiar, pero en general, pensó, los sombreros le quedaban bien. Al darle la mano se fijó en que las tenía pequeñas y un poco agrietadas. Era como si alguien le hubiera puesto en la palma un ratoncito de azúcar de aquellos que solía comer de niño.

Se oyó decir que solo había pasado por allí para dejarle una nota, «aunque puede que le parezca extraño, señorita Mason», titubeó.

Ella repuso enseguida:

—No, en absoluto, ¿por qué debería parecerme raro? —Y sonó como si hubiera estado esperando que apareciese en ese preciso momento.

—Es usted muy amable.

—Me gustaría que entrara, ¿quiere?

Bowling dijo que no, de veras, no debería, pero se encontró una vez más en aquel cuartito donde estaba el crucifijo y se oyó decir:

—No, no debería sentarme, no está bien… —Aunque se sentó en el sofá, con el paquete a su lado.

La señorita Mason no había dicho ni una palabra más sobre la carta y tenía demasiado tacto como para ir a sacarla del buzón; eso sí era educación, ¿eh? El cuartito tenía el ambiente aún un poco cargado de la noche anterior, aunque era agradable, y las ascuas del

hogar todavía no se habían apagado del todo. Olía a madera quemada. La señorita Mason encendió una luz y se sentó frente a él, en su silla habitual. Bowling tuvo la impresión de que podrían estar allí sentados, sin más, sin decir nada, durante un millón de años. Era raro. Era natural. Ya no se decía: «¿Estoy loco?».

Pareció de lo más normal, después de un rato, estar hablando con ella de amor y matrimonio y de cómo las cosas que pasaban de repente y sin pensar siempre estaban «bien». Nadie se lo habría creído si se lo contase. Otras personas se reirían, incómodas, queriendo creerte, y creyéndote a medias, pero exclamando: «¡Bah, tonterías! ¡Qué cosas tienes!».

—Eso es lo que hace la vida tan interesante —comentó la señorita Mason en un momento dado.

También dijo que, en su opinión, el amor (si era la clase correcta de amor) era indulgente y lo perdonaba todo.

—En eso —repuso el señor Bowling— me temo que no puedo estar de acuerdo. Y no porque no quiera, ¡bien lo sabe Dios!

—Bueno, yo creo que es así.

—Podría haber cosas —insinuó él— demasiado graves para el juicio de los mortales. Ni siquiera a usted me la imagino perdonándolo todo, señorita Mason. Ojalá pudiera.

—¿Como cuáles? —preguntó la mujer con calma.

Pero Bowling no se atrevió a contárselo.

—Solo quise escribirle unas líneas. Y lo que más deseaba era poder verla una vez más. Soy muy afortunado.

—La afortunada soy yo.

Se quedaron así, en silencio, y Bowling supo que ella lo amaba y que lo había aceptado…, salvo por el terrible inconveniente de que aún no lo conocía. ¿Cómo va a casarse conmigo, pensó, después de leer la carta? Estaba muy bien teorizar sobre perdonarlo todo. Sí, todo menos eso.

—No debo entretenerla más —dijo al tiempo que se levantaba.

Se olvidó el paquete, pero no se dio cuenta.

Ella también se levantó.

—¿Volveré a verlo?

—No lo sé —contestó el otro en voz baja, y se dio la vuelta.

Tenía miedo de cogerle la mano. No debía tocarla.

La señorita Mason estaba diciendo que nunca había esperado encontrar el amor.

—Estoy agradecida —murmuró, pero no a él, sino al crucifijo, y Bowling se imaginó que se pondría a rezar en cuanto él se fuera.

Cuando se despidió de ella, estaba seguro de que nunca volvería a verla. Sin embargo, la mujer dijo:

—Yo no voy a decirle adiós.

Y el señor Bowling se animó de nuevo.

—¿No?

—No…

—Debe leer mi carta antes de decidir nada. —Sonrió—. Y mucho me temo que, cuando vuelva por aquí, usted ya se habrá ido.

Una vez más, pensó: «¡No se habrá ido! Creo que ya lo sabe… ¡Que lo entiende!».

Sobrecogido, su corazón empezó a cantar con los pájaros que ya despertaban. Paseó un buen rato, hasta llegar al río, y luego de vuelta otra vez hasta Addison Heights y se sentía henchido de alegría y esperanza. Salió del ascensor en la quinta planta y se dirigió con paso ligero a la puerta de su piso.

Allí se paró en seco.

Como una mano gélida, algo le encogió el corazón y sintió que se le helaba la sangre.

Delante de su puerta había dos hombres; sin embargo, no se los quedó mirando tanto a ellos como a lo que uno llevaba en la mano: un sombrero de fieltro marrón.

Su caída inminente tomó la forma, en su imaginación, de una casa que se tambaleaba. El mundo parecía haberse enderezado, pero el mundo era un castillo de naipes y, mientras se desmoronaba, un hombre de aspecto serio se acercó a él con unas esposas en la mano y le dijo:

—El señor Bowling, ¿no? Soy el inspector jefe Smart, de Scotland Yard. Este es el inspector Chase.

Y luego los dos policías dijeron a coro, en un tono aterrador:

—¿Es suyo este sombrero?

… El señor Bowling se dijo que no se había puesto pálido y que, si alguna vez sus modales de internado podían suponerle una ventaja, seguramente sería ahora.

Debía interpretar el papel de su vida.

—Caramba —repuso con afectación—, ¿un sombrero? Pues vaya, sí que se parece, amigo, déjeme ver… Pero, bueno, disculpen. Estoy siendo un maleducado. ¿Quieren pasar?

—Por supuesto —asintió el inspector jefe Smart con voz casi sepulcral.

Bowling decidió que era mejor no ponerse a silbar *Los calcetines Roleson*; podrían pensar que sobreactuaba. Ahora debía jugar sus cartas con el mayor de los cuidados. Cada frase que se permitiera decir debía estar tan premeditada como el momento y las circunstancias lo hicieran posible.

Cuando ya estaban en el salón, tuvo que empezar, aunque esta vez se puso más serio.

—Bien, pues… Vamos a echarle un vistazo, ¿no?

—Se ha dado un golpe en la cabeza —observó el inspector jefe.

Y el señor Bowling, fingiendo un leve sobresalto, dijo algo así como ¿qué?, ah, esto, sí, una caída muy fea. Dichoso oscurecimiento… Y dejó escapar una risita.

—¿Había salido? —le preguntó también Smart, que echó una rápida ojeada a su reloj de pulsera.

Bowling admitió que era un poco temprano, pero que siempre había tenido la costumbre de salir a pasear al amanecer, si el ambiente no estaba demasiado húmedo, y que había ido al río.

Estaba allí de pie, con el sombrero marrón en la mano, diciendo que sí, sí, era el suyo, estaba seguro. Se lo probó y le quedaba perfecto. En la tienda habían insistido en ponerle el nombre, pero él prefirió no esperar.

—Lo sé —dijo Smart.

—Ah.

—Henry Heath. Hemos sacado al tipo de la cama.

—¡Ah…!

—Por suerte, conservaba su dirección.

Smart llenaba la habitación con su presencia. El inspector Chase lo miraba como un hurón.

Nadie había mencionado ningún asesinato aún, así que el señor Bowling decidió que sería procedente soltar una risita perpleja y decir:

—En fin, me temo que no estoy entendiendo nada… ¿A qué viene todo esto?

—No nos ha preguntado dónde hemos encontrado el sombrero —señaló Smart con cierto retintín al tiempo que miraba de reojo a Chase.

—No lo ha hecho —confirmó este.

—No lo he hecho —repitió Bowling, con la velocidad y el ritmo adecuados—. Estoy impaciente por saberlo.

Justo cuando se lo decían, la llave de la belga sonó en la puerta.

—Caray —se sorprendió el señor Bowling a la perfección—. No me digan… ¿Con el cuello roto? Qué espanto…

—Mmm —repuso el inspector jefe Smart.

Sin moverse de donde estaba, siguió explicándole que habían

estado algo atareados recorriendo todos los pisos, y había novecientos tres, para confirmar dónde estuvieron todos los inquilinos la noche anterior, pongamos, entre las diez y las once.

—En mi caso, es fácil —replicó Bowling con sagacidad, creía—. ¡Estuve aquí! ¿O no? Un momento… Sé que cené algo en el Coach and Horses, en Notting Hill Gate, y que luego fui a visitar a… Bueno, a una conocida, a Brook Green, en el número 66, la señorita Mason. Pero, en cuanto a la hora exacta, les seré sincero: ¡para eso soy un desastre!

—Mmm. En cualquier caso —Smart miró a Chase de reojo, pero con énfasis—, creo que será mejor establecer sus movimientos con precisión, señor Bowling, ¿no le parece?

Bowling dijo ah, claro, por supuesto, lo que el inspector considerase, él no sabía nada sobre aquellos procedimientos.

—Pero ¿no quieren sentarse? —los invitó a los dos, percatándose del ruido que hacía la belga en la cocina, que sin duda estaba liada con los cristales rotos de la noche anterior, otro detalle del que se había olvidado. «De veras —pensó—, cómo me alegro de haber acabado con el asunto de los asesinatos. Si me libro de esta, me dedicaré a algo que no requiera tanta atención en los condenados detalles». La belga seguía trajinando con los cristales, y Bowling temía que, en cualquier momento, entrase e interrumpiese lo que le estaba diciendo el inspector, que era que el difunto señor Farthing parecía haberse visto envuelto en una pelea.

—Aunque no creemos que lo asesinaran allí —aclaró Smart, que usó esa desagradable palabra por primera vez—. Creemos que lo asesinaron poco antes y que luego llevaron el cadáver a la tienda.

—¿Sí? —El señor Bowling, con gesto grave, lo animaba a seguir.

—Además, lo del robo falso resulta lamentable. —El inspector no era nada lisonjero—. Una chapuza, en mi opinión. Pero no quiero aburrirle con los pormenores, señor Bowling. Al menos, de momento.

—Ah…

—El problema son las horas —dijo Smart—. Ya que parece que no puede precisar del todo esta cuestión, supongo que no le importará acompañarme a la comisaría. ¿Tenía algún plan especial para hoy?

Al señor Bowling se le había secado la boca. Antes de que pudiera decir que le dedicaría todo el día al inspector si era preciso, la belga entró en el salón.

Bowling la miró de soslayo para ver qué llevaba en las manos, pero solo era su desayuno.

La mujer lo dispuso todo con la meticulosidad acostumbrada, sin mostrar el menor signo de sorpresa al ver que tenía visita y sin dar ninguna pista de lo que había hecho con los cristales.

—¿Se le ha roto un panel de la puerta? —preguntó Smart a continuación.

—Sí…

—Supongo que es fácil darle una patada sin querer. En fin —añadió luego el inspector—, imagino que querrá desayunar, señor Bowling.

Sin embargo, como le dio la sensación de que aquellos dos iban a quedarse allí mientras lo hacía, Bowling dijo en tono despreocupado:

—La verdad es que no tengo hambre.

—Bien —repuso Smart de inmediato—. ¿Vamos a comisaría, entonces? Sé que allí estarán muy agradecidos por su ayuda.

Y salió delante.

La belga no mostró sorpresa alguna, pero al señor Bowl
ing le desconcertó darse cuenta de que el inspector Chase se quedaba rezagado.

—Seguro que en la comisaría estarán encantados de ofrecerle una taza de té —iba diciéndole, curiosamente, el inspector jefe Smart—. Y tal vez un sándwich si con la espera le entra el gusanillo.

El señor Bowling, que había recibido una educación muy cara en la que le enseñaron que la vida era un viaje largo y divertido lleno de emociones y oportunidades, nunca se había imaginado que le harían

pasársela entera en un cuartito verde con barrotes en la ventana y una especie de rejilla que sugería que otros podían verte desde fuera, pero por la que tú no veías nada. Según transcurrían las horas y seguía allí, sentado en una silla dura como una piedra o paseándose de un lado a otro o llamando para preguntar a un policía si alguien podía traerle más cigarrillos, vio toda su vida pasar por delante de sus ojos, como se decía que les pasaba a los que se estaban ahogando. «Y yo estoy casi ahogado», había deducido hacía ya un buen rato. A la una le llevaron un poco de conejo estofado con zanahorias y le dijeron que podía enviar a alguien a que le comprase cerveza. Pero no estaba para beber alcohol. Tampoco para comer, y al principio ni tocó el plato, pero al final lo probó, cuando ya se había quedado frío, solo porque creyó que no hacerlo podría volvérsele en contra. Con el sadismo propio de los japoneses, habían dejado la mesa llena de papel y plumas para escribir. Pero él se decía: «Ya he hecho una confesión y no voy a hacer otra. ¡Pfff! ¡Voy a luchar!». Estaba allí, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, pensando: «Este es el momento más difícil de mi vida». Pero también sabía que, para colgar a un hombre, hacían falta pruebas sólidas; incluso para acusarlo.

Aunque, claro, en ese sentido, debía de haber muchas y no les resultaría difícil encontrarlas con sus métodos modernos.

Habían ido a casa de la señorita Mason. Para confirmar las horas. Smart le había dicho que habían ido poco después de llevarlo a él allí. Hacía horas. Meses. Años.

El maldito reloj daba las tres.

«Supongo que creerán que voy a desmoronarme por la incertidumbre», pensó.

Con aire decidido, se paseó de un lado a otro silbando *Los calcetines Roleson*.

La puerta no se abrió hasta las cuatro.

«Allá vamos», se dijo Bowling, y se dejó llevar por unas escaleras al piso de arriba, a una estancia bien enmoquetada donde había dos hombres y un fuego crepitante en la chimenea. Acababa de decidir que iba a mostrar cierto razonable pero cauteloso enfado por el hecho de que lo tuvieran retenido de aquella forma tan pasmosa, y durante todo el día, solo porque quizá se había olvidado el sombrero una noche en el club y Farthing lo habría cogido, cuando algo le hizo dar un pequeño respingo. Su vista fue a caer en el hombre que tenía más cerca, que estaba a punto de marcharse. Era el inspector jefe Thwaite, de Knockholt.

Aquello lo pilló desprevenido y contuvo la respiración. Fue como cuando Mickey Mouse estudiaba con cuidado una trampa y murmuraba: «¿Humm?», y se adentraba aún con más cautela en la oscuridad de la despensa.

El señor Bowling tampoco confió en la aparente cordialidad de Thwaite cuando le dijo:

—Usted y yo nos conocemos, ¿verdad? Por la desafortunada muerte de Delius Nandle…

Y se percató de que no le tendía la mano. Se limitó a inclinar la cabeza, deteniéndose un momento, y se fue sin decir una palabra más.

Bowling se dio la vuelta y quedó frente a un personaje con el que, lo supo enseguida, no se podía jugar sucio.

—Tome asiento, señor Bowling —dijo aquel individuo con voz pausada mientras hacía un leve gesto con la mano.

Ha encendido algo, pensó Bowling. Todo lo que diga lo estarán transcribiendo en la habitación de al lado.

—Gracias —contestó.

Se sentó, cruzó las piernas en actitud relajada e hizo el esfuerzo de

no fumar cuando el otro le ofreció la posibilidad. No, gracias. No iba a hacer nada que pudiera denotar nerviosismo.

El comisario pensó: «Es curioso que todos renuncien a fumar aquí arriba, ¡como para demostrar que no tienen nada por lo que estar nerviosos!».

El tipo, que sí estaba fumando, se reclinó en su silla y continuó:

—Siento haberle retenido tanto tiempo, Bowling, pero lo cierto es que ha llamado mucho nuestra atención.

Hubo un silencio.

El señor Bowling observaba al otro con disimulo. Veía un rostro ovalado muy inteligente, con buen color, y un impecable cabello gris peinado hacia atrás. Sus ojos eran como las aguas profundas de un río en pleno invierno.

«El típico policía —se dijo con cinismo—. ¿Por qué no va al grano?». Se estaba poniendo de mal humor.

—Me halaga, desde luego —lo retó, pero enseguida se contuvo. Sonrió. No tenía sentido enfadarse…

El comisario estaba mirando unos papeles.

—Aquí tengo su declaración, todo lo que le ha dicho al inspector Smart esta mañana cuando ha llegado.

—¿Sí?

—A la señorita Mason también se la ha interrogado esta mañana.

—¡Ah!

—Y ha firmado una declaración en la que afirma que estuvo con usted desde las ocho de la tarde hasta aproximadamente las once menos veinte. —El rostro del señor Bowling se contrajo de forma casi imperceptible («¿Cómo…?»)—. Hemos comprobado que, de ser así, pudo usted llegar al club de *squash* de Addison Heights sobre las once menos diez, tal y como usted dijo. —Alzó la vista—. Puede que le deba una disculpa, en ese caso, por retenerle aquí, pero entenderá que ha sido muy impreciso respecto a este asunto cuando nos ha dicho que estaba en su piso entre las diez y las once.

El señor Bowling se debatía con sus pensamientos.

—Bueno…

—Todos somos imprecisos con algo —comentó el comisario mientras consultaba su reloj de pulsera.

Bowling, aturdido, miró su propio reloj y rellenó aquel extraño silencio levantándose de la silla.

—Entonces… —aventuró—, ¿puedo irme?

Se oía el tictac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea, y el comisario se puso en pie muy despacio y rodeó el amplio escritorio hasta quedarse junto al fuego.

—Sí —replicó con brusquedad—. Después de que le haya dicho esto: no es fácil colgar a un hombre en este país. —Y, mirando fijamente a Bowling, añadió—: ¿Lo sabe?

»Quiero que recuerde una cosa, Bowling. Ha llamado nuestra atención. Y eso significa mucho en Scotland Yard, como más de un hombre libre pero culpable podría decirle. Estamos muy interesados en su anterior residencia (por ejemplo, la del número 40…). Lo que ocurrió, por el momento, se me escapa. Thwaite también está muy interesado en usted; téngalo en cuenta. Y tenga en cuenta que podríamos volver a encontrarnos algún día, los tres. Cualquier día. Mañana. Pasado mañana. El año que viene.

»¡El largo brazo de la ley! Y, además, estuvo usted trabajando un tiempo en una compañía de seguros, donde tenía muchos clientes. Creo que fue más o menos en la época en que mataron a su esposa cuando conoció a un hombre, un tal señor Watson, de Fulham.

La tarde iba cayendo una vez más y los rincones de aquella enorme habitación se oscurecían. Fuera, Londres seguía con su agitada actividad y se dirigía, pensara uno en ello o no, hacia el final de la guerra y hacia los terribles problemas de la paz. El señor Bowling se sentía como se había sentido de niño cuando el director del internado le recordó con frialdad que era un caballero, y que más le valía no olvidarlo nunca, e incluso le había dicho que jamás debía

comportarse como un aprendiz de carnicero, pues eso destruiría la idea de que Inglaterra fue siempre una nación de comerciantes; si era imposible trabar amistad con aquellos que regentaban comercios, ¿cuánto más difícil no sería trabajar para ellos? ¿Dónde encontraban amistad entonces los miembros de la pequeña aristocracia rural empobrecida? El comisario mencionó, con voz gélida, el nombre de su antiguo internado. Fue el golpe más duro de todos. Lo habían arrancado de aquella escuela, y de sus muy alabados privilegios, para arrojarlo… ¿dónde? A lo más crudo del mundo, y a lo más voluble, un mundo que tenía menos cabida que nunca para un caballero, a menos que este tuviese dinero y buenos contactos. Al señor Bowling le parecía que aquello era cruel. Y no podía pensar: «Pero el carácter, ¡así como el talento!, debe sobreponerse a todo eso. Un caballero no es un asesino, ¿verdad? Simplemente va a la parroquia, si tiene un mínimo sentido de la decencia». Se sentía abatido. Deseó estar en la iglesia, solo, tocando el órgano. Con el mar agitado y las gaviotas chillando. Luego pasearía por las dunas de la playa, con la señorita Mason, que habría hecho un bizcocho casero para el té.

—Qué bien se está aquí —diría, como un niño—. ¡Tan lejos de Londres y de la guerra!

Ya no diría: «Pronto tendré que volver a hacer algún trabajo de guerra».

—Dejará de haber guerras —tal vez diría ella— cuando la gente deje de forzar las cosas. ¡No estamos destinados a lograr mucho en este mundo! Tocar bien el órgano es suficiente, ¿no?

—Sí —asentiría él, complacido.

… Se dio cuenta de que el comisario seguía hablándole a él, de pie, delante del fuego, como un Yavé humano, y lo señalaba con su largo brazo desde el otro lado de la habitación. Sus palabras, quedas y frías, le fustigaban la espalda y lo abrasaban por dentro. Se sentía viejo y acabado, y el dolor de un hombre gritando y retorciéndose

sobre el potro de tortura no podría haber sido mayor. Era una angustia lacerante y desgarradora.

Se hizo un silencio. Le sudaban las manos. No parecía haber nada que pudiera decir. ¿Cómo iba a explicarse? Mantuvo la mirada fija en el suelo. No jugaría limpio si se mostrase sincero ahora. Mejor seguir pareciendo lo que debía de parecer: otro miserable con suerte al que no podían encarcelar.

¿Con suerte?

Se dio la vuelta y se fue. Un poco tambaleante, bajó las escaleras y salió a la calle, a la acogedora penumbra del anochecer.

¿Con suerte?

Caminó y caminó, hundido en su agonía. Se veía a sí mismo como santo y pecador y, por extraño que fuese, le parecían la misma cosa. Se vio de rodillas en la fría orilla del río, no del Ganges, sino del Támesis, y mientras se lavaba las manos el agua se teñía de rojo, pero las manos se le volvían blancas. Solo pensaba: «Ella me ha salvado. Pero no estará ahí, esperándome. ¿Cómo podría?». No se atrevería a mirarla.

Capítulo XXII

Pero sabía que iría a ver si podía descansar una vez más en aquel cuartito, ahora vacío.

Abriría la puerta y entraría.

Exhausto y aterido de frío, avanzó penosamente y dando traspiés en la oscuridad, con los ojos angustiados y la mente atormentada, pensando y cantando. Un castigo acorde con la gravedad del crimen… ¡Un castigo igual que el crimen!

Porque ¿qué castigo podía ser peor que la absoluta soledad en la que se encontraba ahora?

E, incluso si consideraba posible el milagro de que ella aún le fuese leal, ¿qué mayor castigo que saber que cualquier día, en cualquier momento, las garras de la ley podrían lanzarse sobre él para arrancarlo de sus brazos y gritar: «Ha llegado tu hora, adelante»?

Y, sin embargo, ¡cómo rezaba por que le fuera concedido eso! Por eso mismo, para que tuvieran un breve tiempo de felicidad juntos, por saber lo que era el amor, después de tanta lucha.

Estaba convencido de que aquello no era para él, ni siquiera eso. Y, cuando llegó a su puerta y no había nadie en el porche ni en el recibidor, el silencio pareció corroborarle la verdad que lo aterraba. La lamparita de noche estaba encendida al fondo, como antes, junto a una corona de flores.

Al resplandor amarillo de aquella luz, vio que la puerta de la señorita Mason estaba entreabierta y parecía hablarle.

«Se ha ido, pobre iluso —decía—. ¡Tómate tu tiempo!».

Despacio, extendió una de sus enormes manos criminales hacia aquella puerta y vio la devastada imagen de sí mismo, allí de pie, suplicando a la oscuridad, mientras la empujaba para abrirla del todo.

Pero allí estaba, en su silla, igual que antes, cosiendo. Ahora, con la misma convicción con la que él había sabido que ella no estaría allí, comprendió que tenía que estar, esperando desde siempre ese momento. El paquete había desaparecido, y con él la culpa de Bowling, pero ella seguía allí, con un aire bastante tímido y cohibido, diciéndole, con esa voz poco armónica pero muy amable:

—Buenas tardes, señor Bowling.

Y ya no dijo más.

Aquello era en verdad demasiado para un hombre, pensó. Se sentía avergonzado más allá de lo indecible, pero incapaz de controlarse, y de inmediato cayó de rodillas a su lado, junto al fuego —sin mirarla a la cara, pero cerca—, y se echó a llorar. Era un sonido terrible y angustioso que ni siquiera sus enormes manos criminales podían detener. Los hombros le temblaban y se sentía traspasado por una nueva y alarmante felicidad.

Ella se limitó a seguir cosiendo y parecía bastante incómoda cuando él trató de decirle, entre sollozos:

—Lo siento tantísimo, señorita Mason…

Entonces dejó la labor a un lado y, con voz dulcísima, le dijo:

—Ay, señor Bowling.

Y lo rodeó, tímida, con los brazos. Era algo que jamás había hecho con un hombre y solo consiguió que sus sollozos sonaran más desesperados y angustiosos.

Intentó consolarlo por todos los medios, pero los dos seguían igual, llamándose siempre señorita Mason y señor Bowling, y los dos

muy amables y preocupados el uno por el otro.

Siguieron así, junto al fuego, mucho tiempo, ella como acunándolo suavemente y diciéndole con la misma voz amable:

—Ay, señor Bowling, no llore más. ¡Podemos ir a pasear junto al mar! Y charlaremos con mi padre. Estoy segura de que todo va a salir bien.

Lo mecía adelante y atrás e intentaba quitarle las manos de la cara. Ni una sola vez mencionó la palabra «asesinato»; ¡eso sí que era educación! Solo le suplicaba:

—No llore más, por favor. ¡Me pone muy triste! Ea, ea… Ea, ea…

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII